

El buey adventista



Más otros relatos
de milagros en Rusia

BRADLEY BOOTH

El buey adventista

Más otros relatos de milagros en Rusia

BRADLEY BOOTH

ASOCIACIÓN CASA EDITORA SUDAMERICANA
Av. San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste,
Buenos Aires, República Argentina

El buey adventista
Más otros relatos de milagros en Rusia
Bradley Booth

Título del original: *The Seventh-Day Ox and Other Miracle Stories From Russia*, Review and Herald Publ. Assn., Hagerstown, MD, E.U.A., 2011.

Dirección: Martha Bibiana Claverie
Traducción: Adriana Itin de Femopase
Diseño: Andrea Olmedo Nissen
Ilustraciones: Propiedad de Shutterstock

Libro de edición argentina
IMPRESO EN LA ARGENTINA - Printed in Argentina

Primera edición
MMXIII – 4,5M

Es propiedad. Copyright de la edición original en inglés © 2011 Review and Herald Publ. Assn. Todos los derechos reservados.
© 2013 Asociación Casa Editora Sudamericana. La edición en castellano se publica con permiso de los dueños del Copyright.

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

ISBN 978-987-701-142-5

Booth, Bradley

El buey adventista : Más otros relatos de milagros en Rusia / Bradley Booth / Dirigido por Martha Bibiana Claverie. – 1ª ed. - Florida : Asociación Casa Editora Sudamericana, 2013.
220 p. ; 21 x 14 cm.

Traducido por: Adriana Itin de Femopase

ISBN 978-987-701-142-5

I. Historias de fe. 2. Cristianismo. I. Claverie, Martha Bibiana, dir. II. Itin de Femopase, Adriana, trad. III. Título.

CDD 230

Se terminó de imprimir el 02 de diciembre de 2013 en talleres propios (Av. San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires).

Prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación (texto, imágenes y diseño), su manipulación informática y transmisión ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia u otros medios, sin permiso previo del editor.

DEDICATORIA

Este libro está dedicado a los fieles cristianos de Rusia que sacrificaron tanto por la difusión del evangelio, y a las criaturas de Dios, que los ayudaron a hacerlo.

CONTENIDO

El buey adventista 9

Biblias para el desayuno..... 127

Pan del cielo..... 177



El buey adventista



CAPÍTULO 1

Nickolai Panchuk fijó la vista en las cuatro paredes de la celda que lo rodeaban. El gélido concreto gris lo hacía sentir como atrapado en una tumba, frío, asustado... y solo.

¿Qué pasaría con él? ¿Cuál sería su suerte? Se había negado a cooperar con la KGB hasta ese momento; se había negado a traicionar el paradero de otra incipiente iglesia, que había ayudado a organizar solo un mes antes. No era una iglesia grande, solamente un grupo de creyentes en la ciudad de Kiev, la capital de Ucrania; pero Nickolai se había negado a entregar la lista de sus miembros a la KGB.

Y ¿quién lo culparía? El mensaje del evangelio se estaba esparciendo tan rápido que cada pocos meses Nickolai organizaba un nuevo grupo de creyentes. En ese momento, era el pastor de once congregaciones similares.

Los grupos, generalmente, se reunían para adorar en casas, sub-suelos y galpones. Pero, entre quince y veinte miembros parecía ser el número mágico, antes de que se considerara que el grupo fuera demasiado grande. Los lugares donde se reunían eran demasiado pequeños para contener a mayor cantidad de personas. Y, además, a todos les gustaba la sensación de familia próxima que sentían al formar parte de un grupo de cristianos adventistas del séptimo día.

Nickolai se apoyó contra la fría pared de su celda y cerró los ojos. La paz que sentía al adorar con creyentes como él era pago más que suficiente por el dolor y las penurias que había afrontado durante los últimos meses. No era fácil, pero se estaba acostumbrando. La KGB ya lo había acorralado cinco veces, tratando de extraerle información acerca de los miembros de la Iglesia Adventista del Séptimo Día que se reunían en grupos dispersos en los pueblos y las aldeas de la región. Dos veces habían ido a su casa, y tres veces lo habían confrontado públicamente para humillarlo y tratar de hacerlo hablar.

La KGB necesitaba esa lista crucial de miembros de iglesia. Sin ella, todo era una operación de ensayo y error para ellos, como encontrar agujas entre la paja de una parva.

Afortunadamente para Nickolai, la KGB de la región en la que vivía era lo suficientemente decente como para no involucrar a su familia. Otros pastores en Rusia no habían tenido tanta suerte. Nickolai había oído historias terribles de lo que la KGB, en ocasiones, hacía con la intención de hacer hablar a los pastores.

No obstante, Nickolai se había mantenido firme y decidido, en su promesa de dejar todo en las manos de Dios. Su fe era firme. No traicionaría a los miembros de su iglesia ni su confianza, sin importar cuál fuera el costo para él o para su familia.

Pero, esta vez el interrogatorio era diferente; era obvio que la KGB tenía en mente otra cosa para él. Cuando llegó al centro de operaciones de la KGB, lo habían sentado en una silla y lo habían mantenido despierto durante dos días. Habían usado las conocidas luces brillantes frente a los ojos; habían usado la técnica de los gritos; y hasta amenazas de adónde lo enviarían, para ayudar a corregirlo. Pero, todo había sido inútil. Nickolai había permanecido impávido e inmovible. Sus tácticas no lo intimidaban. Lamentablemente, la KGB era más que persistente. ¡Tenían determinación! Solamente se podía adivinar lo que pasaría a continuación; aunque Nickolai sentía que no hacía falta ser un genio para captarlo.

Él era considerado enemigo del Estado. Los cristianos estaban en los primeros lugares de la lista de rebeldes que necesitaban ser reformados y remodelados para la sociedad. Si se los castigaba lo suficiente, quizá finalmente “verían la luz”; esas eran las palabras que utilizaban desde el de más arriba hasta el de más abajo. Pero, Nickolai pensaba que pocos de los que estaban en los rangos superiores del Ejército se molestaban en mostrar interés por lo que pasaba *realmente* con pastores como él. En tanto los métodos de la KGB produjeran resultados, poco les importaban los “detalles”.

Nickolai se preguntaba qué hora sería. No tenía reloj, y las es-

casas comidas que le traían eran la única indicación del tiempo que pasaba; aunque estaba seguro de que había pasado ya varios días en esa celda. Para Nickolai, el tiempo parecía haberse detenido.

De pronto, oyó el sonido de pasos que se acercaban por el largo pasillo de concreto. Los pasos se detuvieron frente a su celda, y oyó el ruido de una mano al tratar de meter la llave en la cerradura.

—¡De pie! —ordenó una voz.

Nickolai se puso de pie rápidamente, a tiempo para ver una figura grande y fornida que llenó la puerta. Una sola lamparita de cuarenta watts iluminaba el pasillo, y arrojaba sombras inquietantes más allá de la fornida figura. Nickolai supuso que el hombre era uno de los guardias que le había estado trayendo la comida desde que había llegado.

—El jefe quiere verte!

Nickolai esperó a que el guardia le diera alguna orden más específica, pero el hombre grande simplemente tiró de él hasta sacarlo al pasillo, y lo empujó en la dirección que quería que fuera.

Subieron por unas escaleras de cemento, y luego caminaron por otro pasillo hasta que llegaron a una sala grande, con un gran escritorio y dos sillas de respaldo recto. Aparte de eso, la única otra cosa que había en la habitación era una lamparita que alumbraba débilmente desde muy arriba, en el cielorraso.

Detrás del escritorio, estaba sentado un oficial que intimidaba en un uniforme verde grisáceo, con una carpeta de cartulina abierta, sobre el escritorio, delante de él. Ni siquiera se molestó en levantar la vista cuando Nickolai entró, sino que continuó con la mirada fija, sobre anteojos con marco de carey, en el contenido de la carpeta. Sobre el escritorio, había también un vaso de licor y una botella de vodka, y un cigarrillo largo pendía de su boca.

Nickolai se quedó parado. No se atrevía a sentarse en la otra silla. Sin duda, lo que vendría era mejor recibirlo de pie.

—¡Predicador! —el oficial escupió la expresión que había estado usando con Nickolai durante los últimos días—. ¿Ha pensado más en mi propuesta?

El oficial no miró a Nickolai a los ojos, y Nickolai se sintió agradecido por ello: el contacto visual era un código de intimidación de la KGB. Si un prisionero respondía a ese gesto haciendo contacto visual, se entendía que la víctima estaba lista para llegar finalmente a algún tipo de acuerdo. Y, para Nickolai, eso era imposible: él sabía que nunca llegaría a un acuerdo, en los términos de la KGB, de revelar la lista de los miembros de iglesia de su distrito. ¡Jamás! ¡Nunca, ni en un millón de años!

Pero, el oficial estaba esperando. Y Nickolai sabía que no podía hacer otra cosa, excepto decirle al “Jefe” exactamente lo que le había respondido antes. Había tomado una decisión: no cedería; no habría “trato”. Para él, no había otra opción, y sabía que el oficial pronto se impacientaría por esa razón.

—Lo lamento, señor, pero no puedo acceder. Mi Dios y mi conciencia no me lo permiten.

El oficial alejó la carpeta de sí y cruzó los brazos sobre el pecho. Nickolai tenía los ojos fijos en la pared detrás de la cabeza del oficial; pero, se daba cuenta de que el hombre lo miraba fijamente por encima de sus anteojos, y eso lo ponía nervioso.

CAPÍTULO 2

—¿Es eso todo lo que tiene para decir en su defensa? —gruñó el oficial de la KGB.

Nickolai vaciló solamente un momento.

—¡Señor! Esa es mi decisión final.

El oficial sacudió la cabeza.

—Habla en serio, ¿no es cierto?

Se quitó el cigarrillo de la boca y le dio unos golpecitos, que hicieron caer un montón de cenizas al piso.

—Sí, señor.

—Es un hombre testarudo.

El oficial sacudió la cabeza nuevamente y suspiró, con frustración.

—Hemos usado todos los métodos habituales y todas las maneras diplomáticas que conocemos.

Volvió a ponerse el cigarrillo en la boca, y aspiró profundamente.

—Ojalá estuviera de nuestro lado, predicador. Eso haría mi trabajo mucho más sencillo.

Predicador. Nickolai se animó a sonreír, ante el sobrenombre que el oficial le había dado. Y *¿diplomacia?* Su manera de interrogar no tenía nada de diplomática. Las víctimas de la KGB tenían opciones, sí, eso era cierto, pero eran muy unilaterales. Uno podía permitir que lo persuadieran y acceder, o afrontar las consecuencias.

El oficial terminó su cigarrillo y se sirvió otro trago de vodka. Sorprendentemente, extendió el vaso en dirección a Nickolai, pero Nickolai declinó beber con un simple:

—Gracias, señor, pero no bebo.

El oficial refunfuñó y dejó el vaso sobre la mesa con fuerza, derramando la mitad del vodka sobre la carpeta que tenía frente a él. Su humor había cambiado rápidamente, de cálido a amargo.

—Bueno, veo que no estamos yendo hacia ninguna parte, predicador. ¡Tengo cosas más importantes que hacer que perder mi tiempo aquí, con usted! —dijo, levantando la voz—. ¡Pareciera que le estoy hablando a una pared, por todo el bien que está haciendo esta conversación!

—¡Lo hemos mantenido despierto martillando contra usted continuamente, pero usted no se quiebra! ¡Le hemos ofrecido sobornos y cargos en nuestra organización! ¡Hemos estado dispuestos a levantar algunas de las restricciones que le pusimos en los encuentros anteriores, pero usted siempre nos da la misma respuesta! ¡Es obvio que no nos va a dar ninguna ayuda!

El oficial levantó su mano, para sacudir su dedo frente a Nickolai.

—¡Estoy cansado de estas tonterías! Esperábamos poder hablar

con usted y buscarle la vuelta a toda esta situación, pero ya veo que está más terco que nunca.

Sacó un pañuelo del bolsillo de su uniforme, y lo usó para limpiar el vodka derramado, antes de cerrar la carpeta.

—Su caso queda fuera de mis manos. Mis superiores esperan resultados, y si no los puedo conseguir, entonces tendrá que pagar el precio.

Su voz se calmó nuevamente.

—Usted me agrada, Nickolai. Pero si no podemos llegar a un acuerdo, no hay nada que yo pueda hacer para salvarlo.

Era la primera vez que usaba su nombre, desde que Nickolai había llegado a la prisión cinco días antes.

—Me han dado instrucciones de que le informe que usted ha sido sentenciado a trabajar en un campo de prisioneros en Siberia. A menos que esté listo a responder a nuestras preguntas, no hay nada más que yo pueda hacer.

Para sorpresa de Nickolai, el oficial se puso de pie y le extendió la mano.

—Buena suerte, predicador. ¡Que su Dios lo acompañe!

Hizo un gesto hacia la puerta, hizo una seña al guardia, y luego se sentó una vez más, para completar sus papeles.

Mientras Nickolai se daba vuelta para irse, le pareció advertir una mirada de compasión en los ojos del oficial de la KGB; pero sabía que debía de estar equivocado. Los oficiales de la KGB eran conocidos por su corazón duro, y por su inquebrantable determinación a extraer información de sus víctimas.

Nickolai fue llevado de regreso a su celda. Mientras la puerta se cerraba detrás de él, comenzó a pensar en su situación. Las cosas no pintaban bien. No había dudas de que había tomado la decisión correcta; pero ¿a qué costo? No tenía idea del tiempo que había sido sentenciado a pasar en los fríos páramos de Siberia. ¿Años? ¿Décadas? ¿Hasta su muerte?

Se atemorizaba al pensar en la temida sentencia que tanto ate-

rraba a cualquier prisionero: ser desterrado a la frontera siberiana. Las temperaturas de Siberia durante el verano podían ser frescas y húmedas, con enjambres de moscas negras y enormes mosquitos sedientos de sangre por todas partes. Y sin pueblos ni asentamientos en esa vasta estepa, había oído decir que era imposible escapar de allí. Había pocas posibilidades de supervivencia, si un prisionero intentaba siquiera huir.

Pero, lo que más temía un prisionero era los inviernos en Siberia. Las temperaturas podían descender hasta más de 50 grados bajo cero; y con el viento cortante que recorría su camino por esa tierra, las condiciones de vida eran impensables.

Nickolai comenzó a tiritar en su celda, de solo pensar en lo que le esperaba en el futuro. Todavía había tiempo para volver a pensarlo todo; había tiempo para cambiar de idea y escapar de la suerte que lo esperaba.

Pero, por supuesto, Nickolai sabía que nunca haría eso. No podía hacerlo. Iba contra todo aquello en lo que creía y que había defendido durante toda su vida. Lo más importante ahora era su fidelidad al mayor Poder presente en su vida. La KGB rusa podía quitarle el púlpito; podían quitarle su libertad y hasta su salud. Pero, nunca podrían quitarle su elección de servir a Dios y ser fiel a él.

Y ahora, por recomendación de la policía secreta, el Gobierno comunista iba a exiliarlo en una prisión de frontera en Siberia. Era un precio alto que pagar. Pero Nickolai no tenía dudas, en su mente, de que Dios estaría con él.

No abandonaría su decisión de proteger los nombres de los miembros de sus iglesias. Seguiría hablando de Dios, sin importar dónde viviera. Él testificaría de Dios sin importar el costo.

Y ¿quién sabe? Quizás el Espíritu Santo podría utilizarlo para hacer mayores cosas por Dios de lo que había hecho hasta el momento. El tiempo lo diría.

CAPÍTULO 3

Nickolai despertó sobresaltado, al sentir que el ingeniero aplicaba los frenos de aire a la hilera de vagones del tren. El sol todavía no había salido, pero algunos rayos color magenta asomaban por el horizonte, mientras Nickolai miraba somnoliento por la ventanilla del tren. Tan solo unas pocas horas antes, el suave vaivén del tren lo había arrullado en un sueño intermitente. Esposado al asiento, había sido difícil estirarse hacia una posición cómoda.

Se sentó rígidamente, y notó que la mayoría de los demás pasajeros todavía dormía. Algunos se habían estirado sobre los camarotes superiores; otros, a lo largo de los asientos inferiores, igual que él; mientras había quienes se habían desparramado sobre el piso en los pasillos.

La tarde anterior, dos soldados habían abordado el tren con Nickolai y otros dos prisioneros, en dirección a la ciudad de Omsk. Sabían pocos detalles acerca del viaje, excepto que finalmente terminarían en un campo de prisioneros en Siberia.

Nickolai trató de permanecer con una actitud positiva, a pesar del ambiente incómodo, que incluía estar esposado todo el tiempo, excepto cuando necesitaba usar el baño; pero hasta en esos momentos, un guardia vigilaba del otro lado de la puerta. No era mucho, pero Nickolai estaba agradecido por la pequeña bolsa de pan y la lata de agua que los presos recibían todos los días. Las raciones eran escasas, pero mientras el tren avanzaba hacia el este, la mente de Nickolai volvía al conocido versículo de la Escritura: "Se le dará su pan, y sus aguas serán seguras" (Isa. 33:16). Las palabras del texto lo consolaban, cuando pensaba en el cumplimiento literal de esa promesa.

El viaje era tedioso, pero Nickolai sabía que aun en este tren debía estar listo para hablar de Dios y testificar de su fe. En algún momento de la primera mañana en el tren, Nickolai comenzó a

conversar con un hombre de mediana edad, sentado junto a él. El rostro del hombre se veía cansado y demacrado, aun después del descanso de la noche. Cuando Nickolai expresó su interés y preocupación, el hombre se presentó como Yuri, y le contó que estaba volviendo a su hogar en el pequeño pueblo de Krasnodon. Él trabajaba en la ciudad de Kharkov, pero su esposa y sus hijos vivían en Krasnodon y se ocupaban de las huertas en la dacha de la familia. Era difícil para todos estar separados todo el tiempo; pero, como la mayoría de las familias en Ucrania, era la única manera de poder mantenerse económicamente.

Yuri había recibido hacía poco una carta de su familia, diciéndole que su esposa estaba enferma y que tomara el siguiente tren a Krasnodon.

—Tiene hemorragias, generalmente de la nariz —le contó Yuri—. Los médicos han hecho todo lo que podían, pero la situación no es buena. Una vez, el año pasado, sangró tanto que tuvo que quedarse en cama más de una semana, para recuperar sus fuerzas.

Hizo una pausa, y luego continuó diciendo:

—Su estado nuevamente es muy grave, y no sabemos qué es lo que le produce las hemorragias ni cómo detenerlas. Tengo miedo de perderla, y eso me asusta más que cualquier otra cosa que haya tenido que enfrentar en mi vida.

La voz del hombre se volvió sombría.

—A ella la atemoriza mucho, también —agregó, mientras Nickolai pudo ver el temor escrito en su rostro—. La muerte es un lugar oscuro; nadie sabe qué le pasa a una persona cuando muere.

Nickolai escuchó al hombre, y observó una desesperada necesidad en sus ojos. Se daba cuenta de que este hombre necesitaba consuelo. Si podía darle aunque fuera un rayo de esperanza, sabía que eso lo ayudaría.

Así que, Nickolai comenzó a contarle historias de Jesús y del poder sanador que puede traer Dios a una vida. Explicó a Yuri que no necesitaba preocuparse por la muerte, porque el Creador de la

vida la había conquistado. Jesús, el Hijo de Dios, había muerto por los pecados del mundo, y luego resucitó de los muertos. Él está en el cielo ahora, y tiene el poder de conceder el regalo de la vida eterna a todos los que lo acepten.

—¿Eres sacerdote? —preguntó Yuri de repente—. Hablas de Dios como si lo conocieras bien; y hablas del futuro como si ya lo hubieras visto.

Nickolai sonrió cálidamente.

—Soy pastor —admitió—, y amo mucho a Dios. Y, en cuanto al futuro, tengo un libro maravilloso que me dice qué esperar, de manera que pueda estar preparado para ello cuando venga.

—Me gustaría que pudieras venir a mi pueblo —dijo Yuri—. A mi esposa le gustaría mucho conocerte; estoy seguro. Quizá puedas ayudarla con su enfermedad.

Fue en ese momento que Nickolai compartió con Yuri y el resto de los pasajeros la razón por la que estaba en ese tren, como prisionero. Les habló de sus iglesias y de cuánto amaban todos a Jesús. Les contó de su negativa a entregar a la KGB la lista de todos sus miembros.

Nadie decía nada, mientras Nickolai contaba su historia. Por las miradas en sus rostros, se daba cuenta de que muchos de los pasajeros simpatizaban con él en su situación, y por la injusticia de su sentencia. Por supuesto, nadie se animaba a expresar sus verdaderos sentimientos, por temor a ser acusados de simpatizantes y terminar en un campo de prisioneros, igual que Nickolai.

Yuri inclinó la cabeza, abatido, cuando entendió que Nickolai no podría ir hasta su casa a orar por su esposa, como hubiese deseado. Sin embargo, sus siguientes palabras sorprendieron hasta a Nickolai.

—¿Estarías dispuesto a orar por mi esposa en este momento? —preguntó.

Los ojos de Nickolai se llenaron de lágrimas, al ser testigo de la medida de fe que Yuri había alcanzado en los pocos minutos durante los cuales habían estado conversando.

El vagón quedó en silencio, mientras Nickolai inclinaba la cabeza y oraba por la esposa enferma de Yuri, y por sus hijos. Parecía como si el Cielo se hubiese acercado, y el Espíritu de Dios se encontrara allí.

Cuando Nickolai terminó de orar, notó que los demás pasajeros tenían miradas solemnes. Era como si entendieran el dolor de Yuri; pero, también parecía que la oración de Nickolai los había conmovido personalmente.

Cuando el tren se acercó a Krasnodon más tarde ese día, Yuri agradeció a Nickolai por la oración que había ofrecido en favor de su esposa y de su familia. Y expresó su decepción porque nunca más lo volvería a ver.

—Anímate —desafió Nickolai a Yuri—. Un día, nos encontraremos nuevamente, en el cielo.

Con este anuncio, varios de los pasajeros comenzaron a prestar atención nuevamente, y algunos fueron a sentarse cerca de donde Nickolai y Yuri conversaban.

—Porque Jesús nos ama tanto, nos dejó algunas palabras especiales. Él no quiere que nos desanimemos, mientras esperamos que venga para llevarnos a su hogar.

—“No se turbe vuestro corazón” —comenzó diciendo Nickolai—, “ustedes creen en Dios, crean también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay. Si no fuera así, yo os lo hubiera dicho. Voy a preparar un lugar para ustedes, y si me fuere a preparar un lugar para ustedes, vendré otra vez y los recibiré a mí mismo, para que donde yo estoy, ustedes también estén”.

Mientras el tren se detenía en la estación, Nickolai oró una vez más por la esposa y por los hijos de Yuri, y luego por cada persona presente en ese pequeño círculo sobre el tren. Y, nuevamente, Nickolai suplicó que el Médico maestro hiciera por la esposa de Yuri lo que los médicos no podían hacer. Nuevamente, sintió al Espíritu Santo allí. Fue una experiencia inspiradora y formidable.

Había muchas lágrimas en los rostros cuando Nickolai terminó su oración, y muchos abrazos y apretones de mano. Era como si

Nickolai fuera un apóstol cristiano, que se despedía de sus miembros fieles en uno de sus viajes misioneros alrededor del mundo.

CAPÍTULO 4

Durante los siguientes días en el tren, Nickolai acercó a muchas personas más a Dios. Varios entregaron sus corazones a Jesús y llegaron a ser cristianos. Nickolai no podía bautizarlos, pero los animó a buscar un pastor adventista y pedirle que lo hiciera.

Luego de que el tren estuvo viajando hacia el este durante varios días, finalmente llegaron cerca de la ciudad de Omsk. Nickolai había oído que los prisioneros serían transferidos a otro tren en Omsk, pero esa fue toda la información que pudo conseguir. Nadie le había dicho todavía cuán lejos viajarían o cuánto tiempo les tomaría el viaje completo. A juzgar por la distancia hasta el puerto en el Mar del Norte y por la velocidad del tren, que avanzaba tan lentamente, Nickolai pensó que el viaje les llevaría, por lo menos, diez días.

Cerca de la puesta de sol del sexto día, el tren llegó a Omsk, una ciudad conocida por su industria y por su producción de petróleo. En menos de una hora, Nickolai y los otros prisioneros fueron transferidos a un tren que se dirigía hacia el norte. Cuando oscureció, el tren ya avanzaba a través de las planicies hacia el Mar del Norte, y Nickolai se había acomodado nuevamente para el resto del viaje.

En este tramo del viaje, casi no había otros pasajeros, porque viajaban en un tren de carga. De hecho, aparte de los tres prisioneros y los dos soldados que los vigilaban, las únicas otras personas sobre el tren eran el ingeniero, el fogonero y una media docena de otros trabajadores que ocuparon sus lugares cerca del final de la formación.

Nickolai y sus dos compañeros presos estaban encerrados en el

vagón de la correspondencia. Les habían colocado pesados grilletes en las piernas, así como en las muñecas, para que no pudieran escapar. Nickolai sonrió para sí mismo, mientras miraba por la ventana del vagón del correo y observaba el paisaje que pasaba lentamente. Aun si pudiera escapar en este páramo, ¿adónde iría?

Mientras el tren avanzaba hacia el norte, el terreno se hizo todavía más plano y salpicado de pantanos llenos de musgo. Ya no se veían árboles, en ese desolado terreno.

Durante tres largos días, el tren avanzó lentamente hacia el norte, a través de una tundra infestada de mosquitos, rodeando pequeños lagos cenagosos. Pero, solamente una o dos veces Nickolai vio siquiera una pequeña aldea. Alcanzó a espiar a algunas manadas de renos, y de vez en cuando unos pocos cazadores que las seguían. Nickolai se preguntaba cómo sería estar en la tundra abierta. ¿Tendría libertad, en la prisión, para ir y venir como quisiera, o lo tendrían encerrado la mayor parte del tiempo? Era en esos momentos cuando Nickolai cuestionaba las decisiones que había tomado las semanas anteriores.

No obstante, luego recordaba su misión. Era un pastor para Dios, y un evangelista para el mundo. Si Dios lo necesitaba en Kiev, entonces allí predicaría de Dios. Si Dios lo quería en un tren llevando esperanza y la luz de la salvación a los desanimados, entonces esa era su tarea. Y si Dios lo quería en un campo de prisioneros en Siberia, iría allá.

Este tipo de actitud fortalecía la fe de Nickolai, y le daba valor para enfrentar lo que su imaginación le decía que podría venir.

En algún momento de las tempranas horas de la mañana del tercer día, el ingeniero aplicó los frenos. Mientras Nickolai se despertaba, el tren fue frenando hasta que se detuvo por completo. El sol todavía no había salido, pero, bajo el resplandor del amanecer, Nickolai podía ver claramente el paisaje.

No había estación de tren, no había aldea; ni siquiera una casa de barro o un corral para caballos. En el resplandor de la luz de la luna, era obvio que no había nada además de musgo, líquenes y unos matorrales de pastos de la tundra de Siberia occidental. El

paisaje parecía más desolado de lo que alguna vez había visto.

El aire estaba húmedo y fresco. Había llegado el mes de junio y, con él, los días más largos en el país del norte. De hecho, estaban tan cerca del norte que nunca se ponía oscuro por la noche. En esa época del año, el sol se ponía alrededor de las 11 de la noche, escondiéndose bajo el horizonte norte, y salía nuevamente alrededor de las 3:30 de la mañana.

Los tres prisioneros bajaron del tren y, con ellos, los dos soldados que los vigilaban. Los soldados arrojaron una media docena de paquetes del vagón de la correspondencia, y se los dieron a los presos, para que los llevaran.

Mientras el tren partía y desaparecía hacia el norte, quitaron los grilletes y las esposas a los prisioneros. No tenía sentido huir. Estaban a miles de kilómetros de sus hogares y a centenares de kilómetros de la estación de tren o de la aldea más cercana.

Andryi, uno de los prisioneros, se enojó.

—¿Tenemos que caminar? —protestó.

—¡Así es! —dijo uno de los guardias, apuntando su rifle a la cara de Andryi—. ¡Aquí se termina el tren para ustedes! ¡El resto del camino es a pie! Y, en caso de que no lo hayas notado —gruñó—, ¡nosotros, los guardias, deberíamos ser los que nos quejamos, no tú! Nosotros también tenemos que caminar, y ni siquiera somos criminales.

Andryi frunció el ceño.

—Bueno, ¿cuán lejos queda? —murmuró.

El otro soldado dio un paso al frente con impaciencia.

—Si caminamos rápido, podremos llegar al campamento tarde esta noche. Y, si yo fuera tú —gruñó—, no pensaría en hacer muchas paradas para descansar. Los lobos de la tundra, aquí, son bastante grandes. Estamos en junio, por lo que quizá no estén demasiado hambrientos, pero no queremos correr riesgos. He visto cómo algunos de esos lobos grandes atacan a un caballo ellos solos.

—¡Muévanse! —gritó el primer guardia, apuntando con su arma

hacia el este—. ¡El campo de prisioneros queda en esa dirección! ¡En marcha!

Y, con eso, los hombres comenzaron a caminar en la húmeda oscuridad; sin linternas ni antorchas, solo con la luna en el cielo hacia el sur, el tenue horizonte hacia el norte y las estrellas que todavía brillaban en la mañana temprana.

CAPÍTULO 5

Salió el sol, y los hombres continuaron caminando a través del paisaje siberiano. El tiempo era bastante agradable, aun con el sol brillando con toda su fuerza. Soplaban una ligera brisa, pero no lo suficientemente fuerte como para evitar que los mosquitos, las moscas negras y los jejenes se arremolinaran alrededor de los hombres.

Nickolai y los otros hombres no se habían bañado hacía tiempo, y esto terminó siendo un repelente natural contra los insectos. Las moscas y los mosquitos encontraron que el olor ácido de la transpiración era desagradable, y solo se posaban por unos pocos segundos, antes de seguir su camino.

Lamentablemente, esto no detenía a los jejenes, que eran los peores. Eran tan pequeños que costaba verlos, pero allí estaban. Se metían en los ojos, en los oídos y en la nariz de los hombres. Se colaban entre los pliegues de sus ropas y entre el cabello. Parecía que no había lugar a salvo de estos molestos insectos.

Entonces, Nickolai se embadurnó con barro de los pantanos la cara, el cuello y las manos, para evitar que los insectos lo picaran. Cuando los demás vieron cómo protegía el barro a Nickolai, siguieron su ejemplo.

Existía un sendero apenas visible a través de la tundra, que Nickolai pensó que debía ser la ruta hacia y desde el campo de prisione-

ros. No era un sendero fácil de seguir, especialmente con todos los pantanos que había por todas partes; y rodear esos terrenos cenagosos y esponjosos resultaba cansador.

No había un alma en todos los alrededores. A medida que avanzaba el día sin señales de vida humana, un pánico muy extraño se apoderó de Nickolai. Sentía como si estuviera caminando por el borde del último desierto de la Tierra, adonde solo existía soledad absoluta. No podría existir vida humana en este lugar olvidado por Dios.

Pero, luego recordó su resolución y su misión. Sin importar adónde se dirigiera, Dios lo necesitaba allí. “Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones, y entonces vendrá el fin”. Estas palabras pertenecían a uno de sus pasajes favoritos de las Escrituras, y le recordaban su compromiso con Dios. La idea lo calmó un poco, y después de un rato pudo recuperar su compostura.

Los hombres caminaron sin parar hasta la noche, pero como el sol se ponía tan tarde en esta época del año, el camino estaba claramente iluminado. Y entonces, justo antes de que el sol desapareciera tras el horizonte, Nickolai vio unos edificios a la distancia.

Los hombres apresuraron el paso. Habían llegado hasta allí. Después de once días de pan y agua, y esposas en las manos, su viaje casi había terminado.

Al acercarse al campamento y cuando el atardecer del verano ártico se acercaba, con sus sombras que se alargaban, todavía había luz suficiente para que Nickolai evaluara el lugar.

Parecía que el campamento tenía una cocina y un comedor, y por supuesto, barracas en las que vivían los prisioneros. Había otros galpones y cobertizos también, y una enorme huerta, quizá de una hectárea de tamaño. Y en el medio del campamento había un edificio, que parecía el edificio de la Administración.

Pero, lo que más sorprendió a Nickolai fue los materiales de construcción. La mayoría de los edificios no estaban contruidos con madera, sino con terrones de pasto. Había oído hablar de lugares

así, donde se cortaba la tierra con sus raíces herbosas, en bloques, y se la amontonaba como ladrillos para hacer paredes, pero Nickolai no lo había visto antes con sus propios ojos.

La mayoría de los edificios estaban contruidos con esos terrones, excepto la cocina y el edificio de la Administración. La madera usada en el campamento, seguramente, había sido traída con un carro tirado por un caballo; no había otra manera de llegar hasta allí, pensó Nickolai.

Las construcciones de los edificios eran bastante sencillas, con altas chimeneas que sobresalían de los empinados techos de metal corrugado, diseñados para que dejaran caer las fuertes nevadas siberianas. Puertas y ventanas pequeñas mantenían las aberturas de los edificios al mínimo. No había duda de que esto ayudaba a conservar el calor, que Nickolai sabía que sería necesario en los largos y fríos inviernos que lo esperaban.

Frente al edificio que parecía la Administración, una bandera de la Unión Soviética, con la hoz y el martillo característicos, flameaba suavemente en la brisa. Nickolai sentía que, aun en esta región tan alejada, los prisioneros y los guardias por igual tenían un sentido de patriotismo y de orgullo nacional.

Cuando el grupo de cinco llegó al campamento, causó bastante revuelo. Era tarde, pero aun así los prisioneros y los guardias comenzaron a salir de las barracas y de los otros edificios. Era obvio que la mayoría de ellos se había levantado de la cama, pero no parecía importarles.

Este era el primer contacto que tenían con alguien de afuera en varios meses. Todos se reunieron alrededor de ellos, curiosos por dar una mirada a los nuevos prisioneros. Los soldados traían correspondencia para los oficiales y los guardias, y hasta había unas pocas piezas de correspondencia para algunos de los prisioneros. Pero, la mayoría de los internos estaban contentos con solo ver caras nuevas y oír las últimas noticias.

Cuando toda la emoción se calmó un poco, el director de la pri-

sión apareció en pijama. Observó a los prisioneros con ojos inyectados de sangre. Parecía que había estado bebiendo, cosa que no sorprendió a Nickolai: aun en este lugar había vodka.

En Rusia, había vodka en todas partes. La gente lo bebía para olvidar sus penas y sus problemas. También, lo usaban con fines medicinales, derramándolo sobre cortes y heridas e infecciones. Hasta lo usaban en sus autos en invierno, para evitar que las mangueras de los radiadores y del combustible se congelaran.

Y seguramente el director de esta prisión lo utilizaba para olvidar la soledad del lugar. Mientras, Nickolai estudiaba el rostro del oficial. Se preguntó dónde estaría la familia de este hombre. ¿Tendría esposa? ¿Tendría hijos? Parecía tener cuarenta y pocos años. ¿Se lo consideraba un oficial militar? El hombre parecía haber descuidado su apariencia, pero Nickolai no tenía idea de cuál sería la norma para los oficiales en lugares como estos. ¿A alguien le importaba la apariencia del oficial? Nickolai pensó que quizá no.

En el resplandor del atardecer, Nickolai podía ver la incipiente barba del hombre. Su cabello era entrecano, y Nickolai tuvo que sonreír. El hombre, por lo menos, tenía una cabeza llena de cabello. Nickolai deslizó su mano sobre el poco cabello que le iba quedando, recordándose a sí mismo que él tenía menos cabello que el director, aunque este parecía mayor.

El director saludó a los prisioneros bruscamente, y luego se dio vuelta, para dirigirse nuevamente a su habitación. Con un gesto de su mano, los envió con un guardia, a hacer un breve recorrido por el campamento.

Nickolai se sorprendió al descubrir que había, aproximadamente, trescientos prisioneros en el campamento. La prisión no parecía tan grande como para albergar ese número, pero, a juzgar por lo amontonados que estaban los camarotes en las barracas, podía creerlo. Unos veinte a treinta prisioneros se amontonaban en una pequeña habitación, solo lo suficientemente grande como para albergar a unos diez o doce. El único espacio que Nickolai podía llamar

propio era su camarote, que medía poco más de 1,50 de largo. Unas tablas cortadas de manera irregular formaban la base y la estructura de la cama.

Nickolai frunció el ceño, mientras miraba a su alrededor y contemplaba el techo de chapa de las barracas. Le gustara o no, este sería su nuevo hogar. Cuanto antes se acostumbrara a él, mejor le iría.

CAPÍTULO 6

Cerca de la medianoche, Nickolai finalmente se acostó en su camarote, con los pies colgando fuera de la cama. No podía dormir, mientras su mente corría una carrera tratando de adaptarse a lo extraño de este nuevo lugar.

Nuevamente, Nickolai se sintió abrumado por la soledad del lugar y la sencillez del campamento. No había murallas ni alambre de púas, ni torres para los guardias. Los guardias ni siquiera llevaban armas. La misma naturaleza de la prisión desafiaba toda lógica de lo que podía y debería esperarse del lugar.

Obviamente, había una cadena de mando desde arriba hacia abajo, como Nickolai descubriría muy pronto. El director supervisaba el campamento de prisioneros y respondía a los oficiales del Gobierno que estaban por encima de él. Bajo él, estaban los oficiales inmediatos, a cargo de distintas funciones en el campamento. Había cuatro oficiales. Uno estaba a cargo de los guardias y, por lo tanto, indirectamente de los prisioneros. Otro estaba a cargo de los equipos de trabajo, y así sucesivamente.

Y los prisioneros también respondían a un tipo de jerarquización que existía entre sus propias filas. Los que habían estado más tiempo en el campamento parecían tener superioridad sobre los demás; pero no siempre. Si un hombre era lo suficientemente gran-

de, fuerte, o amenazador, podía obtener poder y prestigio entre los prisioneros.

Pero, sin importar cuál fuera la jerarquía del prisionero, escapar era imposible. Nickolai estaba seguro de eso. Aun en época de calor, intentar algo así sería totalmente tonto. Para comenzar, la comida sería un problema, aun si se pudiera evadir a los guardias, que, sin lugar a dudas, serían enviados en su persecución. ¿Cuánto alimento habría que llevar, para lograr sobrevivir la marcha hacia la civilización, que estaba a cientos y cientos de kilómetros?

Nickolai sabía que había animales que vivían en las llanuras abiertas, pero eran muy pocos. Manadas de renos pastaban en los campos, como había observado desde el tren en movimiento; pero Nickolai dudaba de que un solo hombre, a pie y sin armas, pudiera atrapar un reno, más allá de cuán desesperado estuviera.

Por supuesto, también estaban los lobos de la tundra, las liebres árticas, los búhos, y muchos tipos de ratones y lemingos, que le habían dicho que vivían en esta región. Pero, todos ellos eran considerados inmundos, de acuerdo con las normas bíblicas. Nickolai sabía que, aunque pudiera cazarlos, no podría obligarse a comer ese tipo de carne, sin importar cuán hambriento estuviera.

La idea de huir era absurda, en el mejor de los casos. Y ¿qué sentido tenía, después de todo? Todos estaban juntos en este remoto lugar: el director, los oficiales del campo, los guardias y los prisioneros. Para poder sobrevivir a la dureza del ambiente, cada uno debía hacer su parte, aun si había un orden jerárquico. Necesitaban unos de otros.

Y eso tendría que bastar, por ahora. Era todo lo que podía esperar. Estaba aquí, en este remoto lugar del mundo, y no conocía a nadie. A nadie le importaba lo que le pasara a él. Parecía que no había nadie con quien pudiera hablar de su soledad. Sus compañeros de prisión tendrían que ser sus confidentes y compinches. Ellos tendrían que ser sus amigos.

Pero incluso así, mientras daba vueltas tratando de dormirse,

su mente entraba en pánico y gritaba en protesta: *¿Cómo me metí en esto?*

“Por favor, Señor —se oyó rogando en un susurro—, oro para que mi tiempo aquí no sea en vano. Que puedas usarme para hablar a los otros prisioneros. Que puedan ver a Jesús en mí. Si puedo presentarles el evangelio y dejarles ver a Jesús en mí, eso valdría todo el dolor y la decepción de tener que estar aquí.

“Que pueda testificar a los guardias, Señor. Aunque me maltraten, permíteme soportar sus insultos y abusos como tú lo hiciste, ¡sin quejarme! Que ellos vean que soy diferente; que la paz del cielo esté en mi rostro.

“¿Y el director? —prosiguió—. Es un oficial ruso, entrenado en los caminos de los militares. En su mundo, no hay Dios. Por favor, Señor, hazle saber, más allá de cualquier sombra de duda, que tú existes. Si yo puedo ser esa persona que lo ayude a verte a ti y a tu gracia salvadora, me sentiría honrado y dispuesto a hacerlo”.

Nickolai comenzó a sentir que la dulce paz del Cielo se cernía sobre él. Era como una poción mágica, que circuía todo su cuerpo. Su oración en la celda de la prisión y sobre el tren había sido que Dios pudiera utilizarlo dondequiera que estuviera, en el lugar donde Dios pudiera usar sus servicios.

“Señor, ayúdame a mantener mi valor. Y permíteme ser fiel a ti y a la iglesia que amo —susurró—. Aquí estoy; no puedo hacer otra cosa. Que Dios me ayude. Amén”, dijo, citando las famosas palabras de Lutero.

En algún momento del crepúsculo del sol de medianoche, finalmente Nickolai se durmió. Y luego llegó la mañana.

CAPÍTULO 7

Nickolai se sentó derecho sobre las tablas de madera de la cama en la que había dormido. Trató de aclarar la niebla de su mente, cansada para entender el lugar que lo rodeaba. ¿Adónde estaba? ¿Qué estaba haciendo aquí?

—¡De pie, hombres! ¡No tenemos todo el día, para estar en la cama tejiendo sueños! ¡Hay trabajo que hacer! ¡De pie!

Nickolai oyó un golpe y un quejido a solo unos pocos pasos. Se dio vuelta, para ver un montón de tablas de uno de los camarotes, y un hombre debajo de ellas. Sobre él, un guardia lo observaba como desde una torre, mientras rayos del sol matutino brillaban desde la puerta abierta detrás de él.

Ahora, Nickolai recordaba dónde estaba.

El guardia caminó hasta donde estaba Nickolai, pero Nickolai se puso de pie corriendo, y estuvo en posición de firme antes de que el guardia pudiera golpearlo a él también.

—¡Eso está mejor! —gruñó el guardia, en lo que Nickolai imaginó como un tono de satisfacción—. ¡Tienen treinta segundos para formarse delante de la cabina! Mejor aún, veamos cómo lo hacen en veinte.

Sin pensarlo siquiera, Nickolai corrió afuera, hacia el sol de la mañana temprana, que ya asomaba sobre el horizonte nororiental. Aun así, era muy temprano. Nickolai calculó que no podrían ser más de las 5 o 5:30 de la mañana.

Entrecerró los ojos por el brillo del sol, y se preguntó cómo salía tan temprano el sol allí, en el norte. Pero, por supuesto, con la inclinación del eje de la Tierra durante los meses de verano, estos lugares tan al norte tenían mucha más luz diurna que las ciudades que estaban más al sur, como Moscú o Kiev, donde él vivía.

Cuando el guardia salió de las barracas, Nickolai todavía estaba tratando de abrocharse la camisa y acomodarse los pantalones. Por

suerte tenía botas, y no zapatos con cordones, o no podría haber salido tan rápido al patio con toda la ropa puesta.

Nickolai se miró. Es verdad que su ropa no estaba totalmente acomodada, y la camisa no estaba abotonada completamente, pero sintió alivio al ver que de alguna manera había logrado vestirse en los pocos segundos que les había dado el guardia.

Nuevamente Nickolai trató de sacarse de encima la niebla de sus ojos y de su mente. No había manera de escapar de la realidad de este ambiente. Estaba en un campo de prisioneros, en alguna parte de Siberia, al final de un largo viaje en tren desde el oeste.

Y una cosa era segura: si iba a sobrevivir en este lugar desolador en el fin del mundo, tendría que aprender a levantarse a tiempo. En realidad, levantarse bastante antes de que lo llamaran sería mejor, todavía.

Esta era su primera mañana en el campo, y parecía que se esperaba que conociera todas las reglas y los reglamentos del lugar. Pero, Nickolai estaba aprendiendo rápidamente la regla que hacía sombra a todas las demás: “¡Nunca llegues tarde!”

Luchó para tener pensamientos positivos, mientras estaba parado en posición de firme en la fila ordenada de prisioneros frente a las barracas. La idea de tener que hacer esto cada día durante los siguientes cinco, diez o tantos años, como llevara a las autoridades de la KGB decidir que lo habían castigado suficiente, era casi más de lo que podía soportar.

—Por llegar tarde, muchachos, pueden saltar el desayuno hoy —ladró el guardia—. ¡Eso les enseñará a no quedarse dormidos!

Nadie se movió.

—¡Bueno! ¿Qué están esperando? —gruñó, mientras los prisioneros lo miraban—. Tienen sus grupos de trabajo. ¡Vayan a hacer sus tareas!

—¡Ustedes tres! —agregó de repente, señalando a Nickolai y a los otros dos presos nuevos—. ¡El alcaide quiere verlos inmediatamente!

Los tres se miraron con las cejas levantadas, pero cuando el guar-

dia se dio vuelta y se alejó, se encogieron de hombros y simplemente se dirigieron al edificio de Administración. A Nickolai le pareció extraño que a los hombres de su barraca los hubieran sorprendido durmiendo. ¿No estaban acostumbrados a la vida en el campamento? ¿No estaban acostumbrados a levantarse temprano todos los días; o solo era una muestra de fuerza para Nickolai y los otros presos nuevos?

Y ¿por qué no los estaban acompañando a la oficina del director? Todo parecía muy extraño. Pero Nickolai recordó entonces cuán informal era todo allí. Supuso que se esperaba que cada uno se las arreglara solo, y que se ocupara de sus tareas.

Nickolai fue el último de los tres en ser llamado a la oficina del alcaide. Mientras estaba parado en posición de firme afuera, en el pasillo, se preguntaba cómo sería esta prisión. ¿Qué podía esperar? ¿Lo interrogarían nuevamente? ¿Sería maltratado porque era cristiano?

Cuando Nickolai finalmente se encontró en la oficina del director, se asombró por lo sencillo que era el lugar. Aunque el alcaide era un coronel del ejército ruso, no había casi nada que decorara esa oficina; solo un escritorio de roble de tamaño mediano, tres sillas, una única lámpara a queroseno y unos pocos libros en una biblioteca polvorienta.

t –Tuvo un encontronazo con la KGB.

Nickolai esperó; pero no dijo nada, puesto que la afirmación del alcaide era un comentario, más que otra cosa.

–Nickolai Panchuk –el alcaide colocó la carta oficial nuevamente en el sobre, encima de su escritorio–. ¡No tengo respeto por los predicadores! ¡En lo que a mí concierne, ustedes, los predicadores, son todos un montón de rebeldes!

El director golpeó el escritorio con el puño.

–¡Ustedes piensan que pueden cambiar el mundo! –gruñó–. Bueno, ¡tengo noticias para usted! ¡Nuestra patria está bien así como está! La Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas es la

nación más grande que el mundo haya conocido. ¡No necesita ninguna ayuda! –dijo el alcaide mirando a Nickolai con los ojos entrecerrados– ¿Entiende eso, Panchuk?

–¡Sí, señor!

Aunque Nickolai era cristiano y no estaba de acuerdo con las tácticas que usaba el Gobierno, estaba orgulloso de ser ciudadano de la URSS. Escuchar su himno nacional o ver a los atletas competir por la gloria de la patria le hinchaba de orgullo el pecho.

El oficial se inclinó hacia atrás en su silla.

–Le diré qué, Panchuk –parecía haberse calmado un poco–. Olvidemos qué es lo que lo trajo aquí, en primer lugar. Si sigue mis órdenes en este campamento, no le daré problemas. Dejemos las cosas pasadas en el pasado. ¿Qué le parece?

El director comenzó a clasificar los papeles que se encontraban sobre su escritorio.

Nickolai se preguntó si este hombre comprendía plenamente las acusaciones que se habían presentado en su contra. Seguramente que sí, ¿no? El hombre tenía el legajo de Nickolai. ¿Estaba enterado de las iglesias secretas? ¿Esperaría que Nickolai le diera la lista de los miembros de iglesia?

Por supuesto, Nickolai sabía que él nunca le entregaría esa lista al alcaide. ¡Ni siquiera si lo golpeaban! Ni aunque lo mataran. Pero, por supuesto, el alcaide no sabía eso. Nickolai se preguntó si debía traer ese tema a la luz ahora. Por otro lado, quizá fuera mejor que el oficial lo averiguara por su cuenta.

–¡Señor, quiero cooperar! –dijo Nickolai con el rostro impasible, mientras se paraba en posición de firme y fijaba la mirada delante de él.

El director se puso de pie repentinamente.

–Bien, Nickolai. Me alegra oír eso –una pequeña sonrisa rodeaba los bordes de su boca–. Ahora lo voy a enviar a la carpintería. Trabaja con Vadeem, el carpintero del campo. Hay mucho trabajo para hacer –anunció.

—Y recuerde, Panchuk —agregó, mientras le señalaba el camino—. Siga las órdenes, y usted y yo nos llevaremos bien.

CAPÍTULO 8

Nickolai no podía creer a sus oídos. ¿Eso era todo? ¿Ningún interrogatorio? ¿Nada de preguntas insistentes, para sacarle “al predicador” la información tan largamente buscada?

Esto era demasiado bueno para ser verdad. No podía ser tan fácil. Y Nickolai estaba seguro de que habría enfrentamientos en el futuro.

Al darse vuelta para salir, Nickolai de pronto recordó su mayor problema: el sábado. Se le exigiría que trabajara durante las horas del sábado. Eso era lo que sucedía cuando eras prisionero.

Nickolai se preguntó: “¿Debería decir algo acerca de eso ahora o esperar hasta el sábado, cuando eso se convirtiera en un problema?”

Instintivamente, Nickolai supo que era mejor ocuparse de ello inmediatamente, mientras todavía tenía el valor para hacerlo y la atención del alcaide.

—Señor —Nickolai se detuvo y se dio vuelta—. Hay una cosa que podría ser un problema.

Pero, el director de la prisión ya se estaba ocupando de otras cosas.

—Recuerde, Panchuk. Nada de problemas. Simplemente, obedezca las órdenes, y usted y yo nos llevaremos bien.

Y con eso, el alcaide lo despidió con la mano.

Nickolai se quedó unos momentos más, preguntándose qué debía hacer. Pero se dio cuenta de que no serviría de nada presionar por el tema ahora. El alcaide no estaba de humor para escuchar, y quizá no fuera el momento apropiado para esa discusión. Dios tenía

su propio cronograma con respecto a cuándo ocuparse de estas cosas, reflexionó Nickolai. Pensó que era mejor que Dios actuara de la manera que viera mejor. En silencio, oró: “Ayúdame a saber cuándo es el momento”.

Nickolai salió en busca de Vadeem, y lo encontró en la carpintería. El carpintero del campamento todavía tenía un penetrante olor a ajo en el aliento, y el olor le hizo sentir hambre. El ajo era uno de sus alimentos preferidos, y saber que lo habían privado del desayuno hacía que fuera el doble de difícil ir a trabajar y esperar la comida del mediodía.

Pero Vadeem tenía mucho trabajo para Nickolai, así que eso casi lo hizo olvidar la sensación de queja y los gruñidos de su estómago. El comedor necesitaba más bancos de madera. También, había que reemplazar algunas tablas en el piso de la oficina de Administración y había que arreglar la puerta del comedor.

Finalmente, llegó la hora del almuerzo. La comida era sencilla, pero a Nickolai no le importaba. Estaba contento de tener algo caliente en el estómago. El cocinero había preparado una sopa de verduras con remolacha, cebolla y repollo. Era la comida más celestial que Nickolai recordara haber comido alguna vez. Y el pan negro ruso tenía sabor a torta para Nickolai, después de haber pasado tantos días en el tren con tan poco para comer.

Esa tarde, Vadeem le dijo a Nickolai que tenían que reparar unos barriles grandes de madera que usaban para el agua y que estaban cerca de la cocina. Cada barril tenía capacidad para unos doscientos litros de agua, y estaba hecho de duelas de roble. Nickolai tenía que volcarlos de lado, para hacerlos rodar hasta la carpintería, donde Vadeem los repararía.

En su viaje de vuelta en busca del segundo barril, Nickolai vio un carro tirado por un buey, que se había detenido junto a la cocina. En el carro había dos grandes barriles de madera llenos de agua, que habían traído desde un manantial que quedaba a más de un kilómetro de distancia. Oleg, el conductor del carro, estaba gritándole al buey,

tratando de que tirara del carro un poco más, para poder bajar los barriles en la cocina. Pero, el buey no avanzaba ni un paso.

Quizás el buey estaba cansado de traer el agua; o tal vez, simplemente, estaba siendo terco. O posiblemente estuviese cansado del trato que recibía de su conductor.

De cualquier manera, obviamente era un enfrentamiento. Y parecía que tanto el buey como su conductor estaban decididos a ganar. Cuando el conductor sacó su picana de cuero y comenzó a azotar al buey en la cara, Nickolai saltó y se puso en acción. Sabía que probablemente no fuese muy inteligente involucrarse, puesto que era su primer día en el campamento, pero no podía soportar ver cómo se maltrataba a un animal.

—¡Deténgase! —le gritó al conductor—. Es obvio que el buey es demasiado terco, para su propio bien. ¿Por qué no intentamos algo diferente?

Nickolai trató de no mirar al conductor. Estaba metiéndose, quizá, donde no lo querían, pero sintió que tenía que intentarlo.

—¿Cómo se llama? —preguntó como con indiferencia, mientras se acercaba al buey y le daba unas palmadas en el pescuezo, grueso y musculoso.

—Maksim, supongo —respondió el prisionero—. Nunca uso su nombre, pero supongo que se así se llama.

—Los animales son como las personas —dijo Nickolai—. Les gusta que los convenzan para hacer algo, no que les peguen hasta someterlos.

Nickolai palmeó nuevamente el pescuezo del buey, y se acercó a susurrarle algo a la oreja. Luego, tomó el cabestro alrededor del cuello del buey y tiró hacia adelante, mientras continuaba hablándole al animal.

La técnica dio resultado. En cuestión de segundos, el buey había tirado del carro unos metros, hasta que el conductor pudo descargar los barriles y colocarlos sobre unas plataformas fuera de la cocina.

Esa noche, después de la cena, Nickolai fue a los establos, donde encontró a Maksim masticando silenciosamente el pasto de los pantanos de la tundra. Nickolai se sentó al lado del animal, y lo

observó mientras comía. Le tenía lástima. De alguna forma, pensó que entendía cómo debía de sentirse Maksim. La función del buey era trabajar todos los días, día tras día, semana tras semana, sin descanso. Ese parecía ser el único propósito para su vida.

Y era un prisionero, al igual que Nickolai. No era su propio jefe. No podía ir y venir según le placiera. Su trabajo era acarrear agua del manantial, y probablemente lo haría hasta el día de su muerte.

Luego de esa primera visita nocturna a Maksim, Nickolai se dirigía al establo todas las noches, para llevarle algo de la cocina al buey. A veces, era una remolacha o una rodaja de repollo; otras, solo una pequeña zanahoria. Pero eran las charlas que tenía con Maksim lo que más ayudaba a Nickolai.

Nickolai estaba seguro de que él era el mayor beneficiado con las visitas que hacía a Maksim, pero el animal parecía disfrutar de la compañía, también. Las conversaciones unilaterales ayudaban a Nickolai a lidiar con el dolor de estar tan lejos de su hogar. Cuando sentía que iba a entrar en pánico por causa de la soledad que amenazaba con abrumarlo, el viejo Maksim lo miraba con sus grandes ojos marrones, y solo lo escuchaba.

Y así comenzó a crecer la relación entre Nickolai y Maksim. Era un maravilloso tónico para el espíritu de Nickolai, y lo ayudó a soportar el desánimo de esos primeros días en el campamento.

CAPÍTULO 9

A medida que la semana avanzaba, Nickolai sabía que el problema del sábado no iba a desaparecer. Tendría que enfrentarlo. Varias veces se preguntó cómo darle la noticia al alcaide, pero no parecía haber ninguna buena manera de hacerlo, ni un buen momento tampoco. El alcaide se mantenía aislado, y no invitaba a muchos

visitantes a su oficina. Una cosa era cierta: tenía el legajo de Nickolai en su oficina, y tarde o temprano, probablemente, lo usaría contra él.

El sábado no había sido un problema específico en el registro de Nickolai. Lo que lo había metido en problemas había sido su falta de disposición para cooperar con la KGB y darle la lista de los miembros de su iglesia. Pero ¿sería ahora el sábado un problema? Nickolai se imaginaba que lo sería, puesto que el director le había “recordado” que el obedecer las reglas del campamento era sumamente importante. Y Nickolai no había escuchado que hubiera días libres para descansar o recrearse.

Cuando pasó el jueves y llegó el viernes, Nickolai sabía que el enfrentamiento era inminente.

El sábado por la mañana, mucho antes de que los gallos comenzaran a cantar sobre el gallinero, Nickolai estaba levantado, inquieto, y esperando que se revelara la voluntad de Dios.

“¿Qué es lo que me tienes reservado? –susurró Nickolai, mientras se arrodillaba en las sombras de la madrugada en la barraca de pasto—. Sé que quieres que sea testigo tuyo, y sé que quizá tendré que sufrir por ti; pero, ¿cómo sabré cuáles son tus planes para mí?”

Pero la voz de Dios se mantenía extrañamente silenciosa, y Nickolai se dio cuenta de que este era uno de esos momentos en los que, simplemente, tendría que esperar que Dios lo guiara.

Cuando oyó que los demás prisioneros de su barraca comenzaban a moverse, sabía que el momento se acercaba rápidamente. Y como Dios no le había dicho qué hacer, Nickolai tomó una decisión: saldría para el momento de pasar lista, pero no iría a desayunar ni a trabajar. Luego de que se pasara lista, volvería a la barraca a ayunar y orar. Sin importar lo que sucediera, esta era su decisión y la mantendría.

Y así fue. Era como si Dios hubiese estado esperando a que Nickolai tomara su decisión acerca del sábado y luego actuara de acuerdo con ella. Fue este momento de decisión el que dio a Nickolai la seguridad que le había estado faltando toda la semana. De repente

podía ver las cosas con claridad; como si se hubiera abierto una ventana de oportunidad.

Estaba en el umbral de otro gran momento en su vida. Sentía que las cosas se iban a poner muy difíciles para él, ahora que había tomado esta decisión, pero deseaba mantenerla, de todas maneras.

Luego de que se pasara lista, hizo exactamente lo que había planeado. Volvió a la barraca, se arrodilló sobre el duro piso de tierra junto a su camarote y comenzó a orar. Y cada momento que pasaba lo acercaba más a la confrontación inevitable que él sabía que vendría.

Pero, no llegó tan pronto como esperaba. Y debería haberlo adivinado. Nadie sabía que no se había presentado a trabajar, excepto Vadeem. Y el carpintero quizá simplemente haya pensado que habían asignado a Nickolai a trabajar en otro lado ese día.

Sin embargo, finalmente llegó el momento de la verdad. A mitad de la mañana, Nickolai oyó a uno de los guardias, que hablaba con otro prisionero fuera de la barraca.

—¿Dónde está Panchuk? —exigió una voz grave.

—No lo he visto —fue la repuesta.

Era casi el mediodía cuando finalmente encontraron a Nickolai en la barraca. En ese momento, le pareció que todo el mundo se desplomaba.

—¿Qué estás haciendo aquí? —demandó el guardia—. ¿Estás enfermo?

Nickolai sabía que si decía que estaba enfermo probablemente lo dejarían tranquilo ese día; pero eso no arreglaría el problema. La siguiente semana estaría nuevamente en la barraca, y la probabilidad de que estuviera enfermo dos sábados seguidos ciertamente parecería sospechoso. Nickolai sabía que necesitaba enfrentar el tema del sábado ahora. Necesitaba hacerle frente, sin importar las consecuencias. Era el único camino.

—No estoy enfermo —dijo simplemente, poniéndose de pie.

—Entonces, ¿por qué está aquí? —preguntó el guardia con incredulidad, como si estuviera esperando algún tipo de respuesta ridícula.

—No puedo trabajar hoy porque es el séptimo día, el sábado del Señor mi Dios.

—¿El séptimo qué? —gritó el guardia, quedándose como paralizado.

—El séptimo día es el santo sábado de Dios, y se me prohíbe trabajar en él. La Biblia es muy...

—¡La Biblia!

Nickolai fue interrumpido por el guardia. Era obvio que el guardia no se esperaba esto, y eso dio la oportunidad a Nickolai de ampliar un poco más su explicación.

—La Biblia es la Palabra santa de Dios, y en ella él me dice que debo adorarlo en sábado, el séptimo día de la semana, en honor de la creación del mundo.

Nickolai hubiera querido decir algo más, pero sabía que el guardia nunca le permitiría terminar. Y tenía razón.

—¡No sé de qué está hablando! —interrumpió el guardia nuevamente, saliendo finalmente de su confusión—. ¡No importa qué día sea! ¡Aquí trabajamos todos los días! ¡De pie, Panchuk! ¡No voy a tener haraganes en estas barracas!

Pero, Nickolai no hizo el menor movimiento, y esto enfureció aún más al guardia.

—¡Ya te enseñaré a desobedecer órdenes! —gritó nuevamente, mientras el rostro se le ponía morado de ira y sacaba una porra de su cinturón con la que comenzó a golpear a Nickolai en la cabeza y en los hombros.

Nickolai no tuvo tiempo para hacer otra cosa, fuera de cubrirse la cabeza con las manos y los brazos. Dolía, pero pudo evitar los golpes más fuertes.

—¡Ahora, sal a trabajar! —gritó el guardia— ¡Vadeem te está buscando!

Tanto Nickolai como el guardia estaban respirando fuerte para este momento, pero Nickolai siguió sin moverse.

—Lo siento, pero no puedo trabajar —Nickolai repitió las mis-

mas palabras calmadamente—. Se me prohíbe trabajar en el día santo de Dios.

Ante esto, el guardia perdió el control con una sarta de maldiciones y comenzó a pegarle sin misericordia con los puños. Luego, lo tomó del cuello de la camisa y lo arrastró hacia afuera, al patio de las barracas.

Para este momento, la conmoción era tan grande que otros prisioneros se pusieron a mirar, para ver qué era todo ese ruido.

—¡Ya vamos a ver qué es esto de tu sábado del séptimo día! —gritó el guardia descontroladamente—. ¡Te vamos a llevar al director, y vamos a ver qué dice él de todo esto! ¡Él sabrá qué hacer contigo!

CAPÍTULO 10

Momentos más tarde, Nickolai estaba frente a la oficina del Alcaide. Aunque todavía estaba de pie, daba pena mirarlo. Su cara estaba comenzando a hincharse, por la golpiza que había recibido en la cabeza. Uno de sus ojos se estaba poniendo negro, casi le habían arrancado la camisa, y tenía todo el cabello cubierto de tierra y paja.

—¿Qué significa esto? —exigió el alcaide, saliendo de su oficina.

Cuando vio a Nickolai, comenzó a caminar alrededor de él una y otra vez.

—¡Él insiste en que no puede trabajar hoy porque es algún tipo de día santo! —espetó el guardia.

—Día santo, ¿en serio? Bueno, Yuri —el alcaide se volvió hacia el guardia—, veo que has tratado de iluminar a este hombre en cuanto al comportamiento en nuestro campamento. Debes ser felicitado.

Para este momento, Nickolai apenas podía ver, por el ojo que se le estaba cerrando por la hinchazón. Estaba sufriendo por la de-

cisión que había tomado de guardar el sábado como el día santo de Dios, pero no le importaba. Este era un pequeño precio que pagar, comparado con el sufrimiento que Jesús había padecido por Nickolai. ¿Qué mal podía hacerle sufrir un poquito por él?

El director de la prisión se dirigió nuevamente a Nickolai.

—¿Qué tienes para decir en tu defensa, alborotador?

—Es verdad —admitió Nickolai.

Aunque no podía ver con claridad, fijó la vista en el frente, sin mirar directamente al alcaide.

—Bueno, espero que hayas aprendido tu lección.

Su voz sonaba dulce como la miel, mientras se paraba frente a Nickolai, pero por debajo de ella Nickolai sentía que el hombre podía ser cruel.

—¿Estás listo para volver al trabajo? —se paró frente al prisionero, casi tocándole a Nickolai la cara con su nariz.

—Es el día santo de Dios. No puedo trabajar en sábado.

Los ojos del alcaide se volvieron fríos y acerados.

—¿No puedes trabajar? —preguntó simplemente, con la voz tranquila.

Pero, Nickolai se daba cuenta de que debajo de su exterior calmado había desdén, y sentía que lo peor todavía estaba por venir.

—No en el día santo de Dios.

—¿Esa es tu respuesta final?

—Sí, señor.

—Las consecuencias serán severas.

La voz del alcaide todavía era calmada, pero la tensión iba en aumento.

—Es mi decisión, señor. Estoy dispuesto a sufrir el castigo.

—Y lo harás.

El director se volvió hacia Yuri con hielo en la voz, y un brillo frío en los ojos.

—Ve a buscar el látigo a mi oficina. Desnuda al predicador hasta la cintura y átalos al mástil. Ya veremos cuán fuerte es este chico.

Nickolai era valiente, pero le resultó difícil no gritar de dolor. El alcaide convirtió a Nickolai en un espectáculo, mientras lo azotaba sin misericordia con el látigo. Nickolai finalmente se desplomó sobre el piso, inconsciente; y solo fue en ese momento que el alcaide se detuvo lo suficiente como para recuperar el aliento.

Se secó la transpiración de la frente y entregó el látigo a Yuri.

—Suéltelo. Cuando vuelva en sí, podrá encontrar su camino hasta las barracas.

Y, con eso, el director volvió a su oficina. Yuri lo observó mientras se iba, sin sorpresa, pero con un poco de solemnidad ante la exhibición de furia del director. Hacía mucho tiempo que el alcaide no golpeaba así a un prisionero, y le resultaba un poco inquietante ver cuánto lo había disfrutado el director.

Él mismo había golpeado a Nickolai minutos antes, pero ahora se daba cuenta de lo que podía hacer la ira, si no se la controlaba. Era una mezcla extraña de sentimientos, y le resultaba difícil explicar el enojo que él y el alcaide sentían hacia estos prisioneros.

Cuánto tiempo estuvo Nickolai en el piso, nunca lo supo. El sol estaba bajo en el cielo cuando finalmente recuperó la conciencia, y apenas podía moverse. La sangre se le había secado en la espalda, pero las moscas se estaban haciendo una fiesta. Luego de unos momentos, finalmente logró ponerse de pie y volver lentamente, tambaleando, hasta las barracas. Cuando llegó allí, se desplomó sobre su cama y se quedó dormido, exhausto.

Al día siguiente, sentía la espalda como carne picada, pero logró ponerse de pie. Pudo lavarse la sangre del rostro, pero no podía estirarse hasta alcanzar su espalda. La camisa le cubría las heridas de la espalda, pero su rostro estaba azul y negro, y todos podían verlo.

No le causó asombro que los demás prisioneros lo evitaran: era demasiado arriesgado hacer lo contrario. Después de todo, ¿quién querría hacerse a migo de un predicador tonto, que prefería ser azotado antes que ceder a las exigencias del alcaide? Cualquiera de ellos podía ser considerado simpatizante, si lo atrapaban hablando con Nickolai.

Durante los días siguientes, Nickolai se fue fortaleciendo. Las heridas sanaron lentamente, pero su valor crecía cada día. Había pasado la prueba. Había sido fuerte por Jesús. No había cedido, aunque sabía que sufriría por ello.

A medida que pasaban los días, los otros prisioneros siguieron evitándolo, pero le pareció ver débiles miradas de admiración dirigidas hacia él. El martes vino y se fue; luego, el miércoles y el jueves. Nickolai comenzó a pensar en el siguiente sábado. ¿Cuál sería su suerte? ¿Lo respetaría el director, por su postura en relación con el sábado? ¿Le otorgaría el privilegio de descansar, como había pedido?

Tristemente, Nickolai no podía ver que lo peor todavía estaba por venir. Y era mejor así. Necesitaba volverse un poco más fuerte todavía, antes de que la marea de mal de Satanás lo volviera a golpear con toda su fuerza.

CAPÍTULO 11

Nickolai se preocupó durante toda la semana por lo que pasaría el sábado de mañana. Sabía que no debería preocuparse, pero temía por lo que podía pasar. Pensaba que estaría dispuesto a recibir más del mismo trato que ya había recibido, pero sus heridas todavía no se habían curado totalmente de los azotes del alcaide. Si lo azotaban nuevamente, las heridas volverían a abrirse, y solo podía imaginar lo que sería el dolor, entonces.

Para el viernes de noche, sin embargo, su fe era fuerte, y estaba decidido a ponerse del lado de Dios y enfrentar lo que le estuviera reservado al día siguiente. Si Dios le daba el valor y la fuerza para proseguir, Nickolai estaba decidido a ser fiel a Dios sin importar lo que ocurriera.

El sábado amaneció fresco y claro. Nickolai no sabía a qué hora se había despertado. No tenía reloj, pero podía darse cuenta, por los ronquidos en la barraca, de que era temprano, mucho más temprano que su hora habitual de levantarse.

Por sus heridas y moretones en la espalda, Nickolai había estado durmiendo sobre su estómago, pero ahora rodó fuera de la cama y se arrodilló.

“Por favor, Señor —oró—. Hazme digno de la persecución que puedo tener hoy. Sé que es algo pequeño, comparado con lo que tú hiciste por mí, así que, lo haré contento”.

Cuánto tiempo estuvo sobre sus rodillas, no podía decirlo, pero de repente la voz grave de Yuri estaba despertando a todos en la barraca, como si fuera el Día del Juicio.

—¡De pie, hombres! ¡Fuera de la cama!

Yuri les dio a algunas de las camas una feroz patada, sacando a los prisioneros volando de ellas.

De un salto, Nickolai se puso de pie, pero no antes de que Yuri lo viera.

—¡Bien ahí, Panchuk! Es lindo ver que esta mañana no vamos a tener ninguna de tus tonterías. ¡Puedo ver que has vuelto a tus cabales!

Nickolai sonrió débilmente, pero no dijo nada. Él sabía que los problemas ya estaban llegando, pero ¿qué debía decir? No importaba lo que dijera, todo esto le explotaría en la cara.

Todos los prisioneros salieron al sol de la mañana y esperaron sus órdenes después de que se pasó lista. El oficial a cargo del mantenimiento y las reparaciones del campamento leyó una lista de tareas para el día. Varios de los prisioneros de la barraca de Nickolai debían trabajar con un equipo de trabajo que ayudaría a sacrificar a algunos renos que habían sido traídos el día anterior. Más o menos una docena de animales se habían separado, de alguna manera, de la manada mayor y se dirigieron al oeste, hacia el campamento en el cual los guardias los divisaron con sus prismáticos.

Otros prisioneros fueron enviados a cortar ladrillos de pasto, para construir otra barraca que se levantaría pronto. Se había rumo- reado que en un mes llegaría un nuevo grupo de prisioneros, y las barracas existentes ya estaban llenas hasta rebalsar.

—Y, Panchuk —Yuri miró directamente a Nickolai—, tienes que reportarte con Vadeem inmediatamente después del desayuno. Tienen que reparar el techo del comedor.

Nickolai siguió con la vista fija en el frente. Había llegado el momento que más temía y, por supuesto, no estaba sorprendido. ¿Comenzarían nuevamente los enfrentamientos y los golpes?

—¡Bueno! ¿Qué estás esperando? —exigió Yuri, mientras Nickolai seguía con la mirada fija en el frente y sin moverse.

Abrió la boca para hablar, pero la cerró nuevamente. ¿De qué serviría? Iban a maltratarlo de todas maneras, sin importar lo que hiciera.

Pero, entonces recordó su promesa a Dios de que hablaría del Señor dondequiera que fuera, o sea lo que fuere que le pidieran hacer.

Nickolai respiró hondo.

—No puedo trabajar hoy, porque es el séptimo día, el sábado del Señor mi Dios.

El rostro del guardia mostró una mirada confusa de exasperación, que luego se convirtió en fastidio.

—¡Predicador! ¡Tienes que estar bromeando! —espetó.

Los otros prisioneros se quedaron mirando a Nickolai, y sacudieron la cabeza en silencio.

Yuri venció finalmente su silencio y gruñó:

—¿Así que has decidido ser estúpido nuevamente? ¡Ya veremos!

Tomó a Nickolai del brazo y marchó con él hasta la oficina del alcaide, y lo dejó parado en el pasillo, justo delante de la imponente puerta.

Nickolai, finalmente, juntó el coraje suficiente como para golpear la puerta. Quizás el director no estaba, deseó Nickolai. Tal vez estaría ocupado haciendo algo más importante.

Pero pronto se abrió la puerta y, cuando el director vio a Nickolai, una mirada de incredulidad se dibujó en su rostro.

—¿Qué quiere, Panchuk? —dijo, mientras sacudía la cabeza incrédulamente— ¡No me diga! ¡Ha decidido ser terco nuevamente!

El alcaide fue directamente al grano. Era como si supiese, de alguna manera, que Nickolai se iba a negar a trabajar nuevamente en sábado, pero sin haberse permitido imaginarlo.

Nickolai abrió nuevamente la boca para hablar, pero el alcaide lo interrumpió.

—¡Está bien! ¡Si así lo quieres! ¡Ven conmigo! —se puso de pie, caminó hasta la puerta y luego siguió por el pasillo.

Nickolai parecía estar paralizado en el lugar, mientras observaba cómo se marchaba el alcaide.

CAPÍTULO 12

El alcaide se dio vuelta con impaciencia.

—¡Panchuk! ¡Muévase! —dijo con brusquedad—. ¡No se quede atrás!

Nickolai rápidamente siguió al alcaide mientras salían del edificio. ¿Qué sucedería ahora? ¿Le daría un pase para no trabajar ese día? ¿Le permitiría descansar y adorar, de acuerdo con sus convicciones?

El alcaide caminó hasta uno de los cobertizos de pasto y abrió la puerta. Era el establo donde ponían al viejo Maksim, y olía así. No había ventanas en el edificio, así que el interior parecía oscuro y cavernoso. Esto no pintaba bien. Sin duda, para Nickolai, las cosas iban de mal en peor. ¿Lo golpearían nuevamente? ¿Lo torturarían? Nickolai se encogió de miedo. ¿Lo iban a matar?

De pronto, Nickolai entró en pánico. Durante sus oraciones, temprano por la mañana, su imaginación había perdido el control,

pensando en todos los tipos de abuso que sabía que podían ocurrirle, pero realmente no había pensado en la muerte. La muerte siempre le había parecido algo remoto aquí, donde había tanto trabajo para hacer. En un campamento como este, donde los prisioneros hacían todo el trabajo, no tenía sentido ejecutar a un prisionero.

Nickolai sabía que este tipo de lógica bordeaba la locura. Tenía que controlarse. Observó mientras el alcaide caminaba hasta un rincón del oscuro establo, donde había un cajón grande de madera. No parecía tener más de un metro de largo o de alto, y posiblemente medio metro de ancho.

El corazón de Nickolai comenzó a latir salvajemente en su pecho, como si fuera un animal enjaulado. ¿Era este el final? Trató de tranquilizar su corazón, que latía alocadamente, pero no había tiempo para pensar. No había tiempo para reconcentrarse.

Entonces recordó su oración de esa mañana y su promesa a Dios. Él había prometido sufrir lo que fuera por Dios, así que, ¿por qué no ahora? ¿Por qué no esto? Fuere lo que fuese que el alcaide le tuviera preparado, no podía ser peor de lo que Jesús había sufrido por él.

El alcaide levantó la tapa del cajón de madera. Aún en las sombras tenues, Nickolai podía ver que el cajón estaba vacío.

—Métase —ordenó el alcaide.

—¿Meterme? —dijo Nickolai, como en eco.

El alcaide no respondió, pero gesticuló con la cabeza hacia la caja.

—¿La caja? ¿Se supone que tengo que meterme en esa caja?

—¿Tengo que deletreárselo? ¡Sí, tiene que meterse en la caja!

El establo parecía hacerse eco de la quietud de ese momento.

—¡Ahora, muévase! ¡No tengo todo el día!

Nickolai le dio una última mirada al alcaide y dio un paso hacia el cajón. Levantó una pierna y se metió. Era más pequeño de lo que parecía.

—¡Siéntese! —ordenó el alcaide.

Mientras la tapa caía con fuerza sobre él, una lluvia de polvo sofocó a Nickolai, haciéndolo estornudar.

—Espero que le guste su nueva casa —dijo el alcaide, mientras se daba vuelta para irse.

Las tablas de madera del cajón eran gruesas, por lo que parecía casi imposible escapar por allí. Además, ¿qué lograría con eso? El alcaide construiría una caja más fuerte para contenerlo.

Había oído de cajones como estos, que se usaban para mantener encerrados a los prisioneros, pero este cajón tenía tantas telarañas que parecía no haber sido utilizado en años. Quizás usaban el cajón para los criminales más duros. Posiblemente los otros prisioneros se habían portado bien y no se metían en problemas, como Nickolai.

La luz proveniente de la puerta abierta le mostró a Nickolai que había grietas en los costados del cajón. No tendría problemas para respirar, pero iba a ser difícil evitar que se le acalabrarán las piernas. No podía pararse ni acostarse, así que, no podía estirar las piernas.

Nickolai quería darse por vencido, pero sabía que esa no era una opción; no cuando se había prometido a sí mismo que sería fiel a Dios y que sería un testigo resuelto. El sufrimiento era la menor de sus preocupaciones. No confiar en Dios era su mayor preocupación, en este momento.

Nickolai cerró los ojos y se apoyó contra la pared interna de la caja. Sabía que esta no sería una experiencia placentera. De hecho, prometía ser totalmente insoportable. ¿Cuánto tiempo esperarían hasta sacarlo de la caja? ¿Días? ¿Semanas? ¿Le traerían comida? ¿Le darían agua? ¿Lo dejarían salir para ir al baño?

“Por favor, Señor, no permitas que me desanime —oró—. No permitas que mi fe falte”.

A medida que pasaban las horas, la luz desde la puerta del establo cambió de dirección, y finalmente comenzó a apagarse. Más o menos en ese momento, Oleg, el conductor del carro tirado por bueyes, entró en el cobertizo guiando al viejo Maksim. Oleg le dio alimento y agua al animal, y se fue. Nickolai pensó que Oleg podría al menos haberle ofrecido agua a él, pero se dio cuenta de que debería habérselo pedido. ¿Qué había estado pensando? Oleg, pro-

bablemente, ni siquiera sabía que Nickolai estaba encerrado en el cajón del cobertizo.

—Hola, Maksim —dijo finalmente Nickolai al buey, tratando de animarse—. Espero que tu día haya sido mejor que el mío.

Mientras Nickolai estaba sentado en la caja, podía oír al viejo buey masticando el pasto de los pantanos en su pesebre. Pensó en cuánto tenía que trabajar el buey, como bestia de carga cada día, y se dio cuenta de que sentía lástima por el buey.

En este momento, pensó, alegremente cambiaría mi lugar por el del buey. Aunque tuviera que tirar de un carro lleno de barriles con agua desde el manantial a un kilómetro de distancia, eso sería mejor que estar sentado en este cajón todo un día.

CAPÍTULO 13

Mientras la oscuridad se asentaba, los mosquitos llegaron en hordas. Picaron a Nickolai en el cuello y en la cara, hasta que finalmente dejó de espantarlos y se dio por vencido. En el momento, lo peor de estar en la caja eran los mosquitos; pero sentía que no poder estirar las piernas sería una pesadilla.

Finalmente, se quedó dormido. No durmió bien con los mosquitos en todas partes, pero algo durmió.

En algún momento de la noche se despertó, y no pudo volver a dormirse. Tenía la boca seca, no había bebido agua en todo el día y se preguntaba cuándo le traerían un poco. ¿Se habían olvidado los guardias de que necesitaría agua? También tenía hambre; ¿quién sabe cuándo podría comer nuevamente?

Pero, lo que más le preocupaba era la circulación en sus piernas. Para este momento, sus tobillos y sus pies estaban insensibles, con la rigidez de sus piernas dobladas tan cerca de su cuerpo. Trató de

hacer que la sangre fluyera hacia sus piernas, pero era difícil, porque el cajón era muy pequeño. No había lugar suficiente para estirarse.

En momentos como este, deseaba haber sido más pequeño. Si no se hubiera sentido tan miserable, Nickolai habría sonreído ante tal idea. Ser un poco más bajito le hubiera dado más lugar para ejercitarse, en el pequeño cajón.

Pero, no había alivio para el entumecimiento, que siempre volvía a la parte baja de sus piernas. Finalmente, comenzó otra vez a orar, como lo había hecho docenas de veces desde que lo habían encerrado en la caja. Era lo único que le hacía sentir mejor. Eso y los versículos de las Escrituras que repetía, le traían consuelo.

Cuando finalmente salió el sol, sentía que había sido la noche más larga de su vida. Cuando vino Oleg a sacar a Maksim, Nickolai le pidió si podía darle agua. Oleg se sobresaltó, al oír la voz de Nickolai desde la caja.

—¿Qué estás haciendo allí? —preguntó Oleg, mirando hacia las sombras—. ¿El alcaide te metió en esa caja?

—Sí—Nickolai sentía un poco de vergüenza, pero decidió que no ocultaría la razón—. Me negué a trabajar ayer porque era sábado, así que me metió aquí, para castigarme.

—Escuché que te habían castigado, pero no sabía dónde estabas—Oleg sacudió la cabeza—. Es mejor que no te dé agua. Quizá no les guste.

—¿Puedes pedirle a uno de los guardias que me traiga agua, entonces? Deben de haberse olvidado que estoy aquí. No ha venido nadie excepto tú, desde que me metieron aquí ayer.

—Veré qué puedo hacer.

Pero, los guardias nunca aparecieron con agua; ni con comida, tampoco. Todo el día Nickolai trabajó para mantener sus piernas en movimiento, y todo el día oró. Ya se daba cuenta de que iba a pasar mucho tiempo en esa caja. Pero, no sabía muy bien qué esperar, porque el alcaide no le había dicho cuánto tiempo debería permanecer en la caja.

Cada vez que oía pasos, pensaba que podía ser alguien que venía a traerle agua o alimento, o a dejarlo salir de la caja, para poder estirar las piernas.

En algún momento de esa tarde, llegó un guardia al cobertizo, a fin de darle a Nickolai una lata de agua, pero no le trajo alimento. El agua se sentía fresca y mojada para sus labios y garganta resecos. Y, aunque estaba muy sediento, Nickolai decidió sabiamente guardar un poco del agua para más tarde.

Oleg llegó con Maksim más tarde esa noche, y nuevamente Nickolai se alegró de tener la compañía de alguien con quien hablar, aunque fuera solo un buey.

Pasó la noche en completa incomodidad. Los mosquitos hacían que fuera casi imposible dormir; y, por supuesto, el dolor de sus piernas entumecidas era lo peor.

Nickolai deseaba poder salir de la caja para usar el baño, pero nadie lo dejaba salir, así que la caja pronto tuvo un olor desagradable. Tristemente, no había nada que Nickolai pudiera hacer en relación con esto.

Las horas pasaron lentamente, luego de que Oleg y Maksim se fueran temprano a la mañana siguiente, y volvieran luego de que hubiera oscurecido. Nuevamente vino un guardia trayendo agua, pero nada de comida. Llegó la noche una vez más, y para ese entonces Nickolai tenía que usar toda su fe y energía tan solo para orar. ¿Alguien se interesaba en él? ¿No tenía valor su vida?

¿Y en cuanto a Dios? ¿Le importaba el sufrimiento de Nickolai? Nickolai conocía la respuesta a esta última pregunta, pero para este momento sentía lástima de sí mismo. Dios podía ayudar a aliviar su sufrimiento, pero no estaba eligiendo hacerlo. Por supuesto que habría una buena razón para ello.

A lo largo de todos estos largos días llenos de dolor, de soledad y fe frustrada, Nickolai se aferró de las promesas bíblicas en las que siempre había creído. Satanás quería hacerlo sufrir, pero Dios lo amaba más de lo que podía imaginarse. Había una batalla que se libraba

entre el bien y el mal; una zona de guerra en la que Nickolai estaba sufriendo tanto dolor y persecución como Satanás podía producir.

Jesús sufrió por mí con un dolor indescriptible. ¿Por qué tiene que ser mi experiencia diferente de la de él? Nickolai trataba de aumentar su valor con estos pensamientos, pero era difícil.

Al igual que en la historia de Job, Nickolai sabía que parte del dolor y la angustia no podía explicarse excepto a la luz de la guerra invisible que se libraba en el mundo sobrenatural. Cuando lo pensaba de esa manera, esto parecía ayudarlo más que cualquier otra cosa.

Una cosa era cierta: mientras Nickolai estuviera encerrado en la caja, podía descansar en sábado. No era exactamente el lugar donde habría elegido pasar el día del Señor, pero, por lo menos, no tenía que trabajar. Sin importar la manera en que Nickolai lo mirara, tenía que admitir que era una bendición disfrazada.

CAPÍTULO 14

Pasó el fin de semana, y llegó el lunes y pasó. Para este entonces, la idea de comida casi había desaparecido de la mente de Nickolai. No había comido en nueve días. Era como si su cuerpo se hubiera deslizado a otro mundo, donde no le era necesario comer. Por supuesto que se estaba debilitando cada día, pero el estar en la caja no demandaba demasiado movimiento, así que tampoco necesitaba demasiada energía.

Sin embargo, sentía el latido sordo de dolor en sus piernas, y eso atemorizaba a Nickolai más que cualquier otra cosa. Durante los primeros días en la caja, el dolor había sido bastante fuerte cada vez que movía las piernas. Ahora no podía hacerlas mover por su propia voluntad. Era como si tuviera pedazos de madera pegados a su cuerpo a la altura de las caderas; casi no podía sentir las más. Utilizaba sus brazos para moverlas cada día, muchas veces al día.

El martes de la segunda semana, el olor en la caja era nauseabundo más allá de toda descripción, y las moscas estaban por todas partes. Era una pesadilla viviente. Nickolai ya no se preocupaba por el alcaide; ya no se preocupaba por el agua o el alimento. Solo oraba pidiendo a Dios que le diera las fuerzas para sobrevivir otro día.

Alrededor del mediodía del décimo día, Nickolai oyó pasos. Espió entre las tablas, y vio al alcaide parado en el umbral. Yuri, el guardia de las barracas, estaba con él.

—Abre la caja —dijo el alcaide.

Eso fue todo. Era como si esto fuera una mera formalidad en la vida y en los deberes del director de un campamento de prisioneros.

Para Nickolai, había sido la peor experiencia de su vida.

Yuri abrió la tapa del cajón.

—¡Oh! —balbuceó, mientras se tapaba la boca con la mano—. ¡Hueles a podrido! ¡Sal de la caja! —ordenó, sacudiendo la cabeza con disgusto—. ¡Puedes irte!

Pero Nickolai no podía pararse.

Yuri extendió los brazos y sacó a Nickolai de la caja. Cuando vio que Nickolai no podía caminar, su cara se puso seria y una mirada de compasión llenó sus ojos. Ayudó a Nickolai a llegar hasta un montón de paja, y dejó que se recostara allí.

—Estaré bien —le aseguró Nickolai, con una sonrisa débil.

En ese momento, quería estar a solas para poder gritar de dolor, si necesitaba hacerlo. Durante diez días no había podido mover bien sus piernas, y ahora el dolor de moverlas era casi tan insoponible como haberlas tenido acalambradas en la caja.

A lo largo de todo el resto de ese día, Nickolai estuvo acostado sobre la paja, tratando de recuperar sus fuerzas y flexionando sus piernas, para poder caminar sobre ellas. Yuri le trajo un plato de lata con sopa a la hora de la cena, y Nickolai logró comer unos bocados. No era tonto, como para intentar comérsela toda. Después de haber estado tanto tiempo privado de alimento, sabía que su estómago nunca podría manejar tanta comida.

Antes de la puesta de sol, Oleg y Maksim volvieron de su largo día de acarrear agua. Una vez más, Nickolai sintió una cercanía especial con el buey y se alegró por su compañía. A medida que caía la noche, Nickolai ni siquiera intentó volver a las barracas, sino que se quedó en el establo, con Maksim. De hecho, cuando el buey finalmente se acostó sobre la paja, Nickolai se arrastró hasta él, para calentarse con el cuerpo del viejo animal.

Nickolai pronto se quedó dormido tan profundamente que ni siquiera sintió los mosquitos que se arremolinaban en torno a él. Sorprendentemente, esa noche no lo molestaron. Quizá fuera por el hecho de que oliera tan mal.

A la mañana siguiente, Nickolai se sentía mucho mejor. Podía pararse y hasta caminar un poquito. El guardia le trajo más comida, un plato de sopa y algo de pan negro. Nuevamente, Nickolai tuvo cuidado respecto de la cantidad que comía, pero logró comer más que el día anterior.

Se lavó y luego se fue a trabajar con Vadem; aunque se dio cuenta de que no podía levantar muchas cosas. No tenía fuerza en los brazos o las piernas, y se cansaba fácilmente.

—¡No es para asombrarse!—Vadem miró a Nickolai como si el predicador estuviera loco—. ¡Debes de haber pedido morir!—lo reprendió—. ¿Qué se te dio por someterte a diez días de tortura en esa caja?

Nickolai trató de explicarle su amor por Dios, y el amor de Dios por la raza humana. Trató de explicarle su sagrada devoción al sábado. Pero, Vadem solo sacudía la cabeza incrédulamente y hablaba entre dientes.

El jueves de mañana, Nickolai ya caminaba bastante bien, aunque rengueaba un poco. Llegó el viernes y, por primera vez desde que lo habían sacado de la caja, Nickolai se permitió pensar en lo que le traería la mañana siguiente. Para él, el sábado era un día muy especial, ya fuera que estuviera en la iglesia o en un solitario campamento de prisioneros. Sin embargo, el sábado también significaba que iba a tener que enfrentar nuevamente al alcaide. ¿Qué haría esta vez el oficial de alto rango?

La primera vez, tanto Yuri como el alcaide lo habían golpeado con severidad. El segundo sábado lo habían encerrado en un cajón durante diez días. La tercera vez, ¿se darían por vencidos o continuarían la persecución?

Nickolai se preguntaba cuánto podrían empeorar las cosas. Estaba seguro de que habría otra confrontación con el alcaide, y la temía. Pero, también sabía que debía permanecer fiel a Dios, sin importar lo que sucediera. No podía darse por vencido ahora. El sábado era la bendición especial que Dios le daba. Con todo su corazón quería honrar ese día santo, y al Dios creador que lo había diseñado.

CAPÍTULO 15

La noche estaba avanzando lentamente hacia las primeras sombras del amanecer, cuando Nickolai se despertó repentinamente. No podía decir qué fue lo que lo despertó. No era el ruido de los demás en la barraca; todavía dormían. Aunque Nickolai estaba seguro de que sus penosos ronquidos lo habrían mantenido despierto toda la noche, si no hubiera estado tan cansado.

No era el sonido de los pájaros. Había muy pocas aves cantoras allí, en las estepas siberianas.

Nickolai se preguntó si su mente, que trabajaba horas extras, era lo que lo había despertado sobresaltado. Y ¿qué podía esperar? La dura experiencia que había vivido en las últimas dos semanas había sido horrible. ¡Terriblemente molesta!

Y ¿cuál sería el siguiente *round* con el alcaide? Nickolai temía que sería tan terrible como los anteriores. Quizá, peor.

Pero estaba tranquilo, sorprendentemente, y se sentía raro. Por cierto no le deleitaba la idea de pasar más tiempo en una caja, si eso era lo que el alcaide le tenía reservado. Pero, por alguna razón,

no sentía que necesitara huir de la siguiente prueba que el alcaide trajera. De hecho, sentía muy poca ansiedad respecto de ella.

Entonces, ¿por qué no podía dormir? Quizá necesitaba más fortaleza; la fortaleza que solo podía obtener a través de la oración.

Nickolai se deslizó fuera de la cama y sobre sus rodillas, para orar a su Padre celestial. Era maravilloso poder llamar a aquel que podía darle ayuda en tiempo de necesidad; maravilloso, sentir la presencia del Espíritu Santo arrodillado al lado de él sobre el duro piso de tierra, al lado del angosto camarote.

Cuánto más oraba, más seguro estaba de que iba a sufrir más. No sería librado de los problemas. No sería librado de la humillación y del dolor. Así no era como generalmente funcionaban las cosas para Nickolai, y ahora lo aceptaba. Su fe podía vacilar cuando estaba cansado, o se sentía solo o débil; pero esta mañana, en el fresco amanecer del verano siberiano, todo parecía estar bien.

Demasiado pronto el sol salió, y se oyó la llamada de los guardias a las cinco de la mañana, para levantarse. Los prisioneros, lentamente, comenzaron a moverse en las barracas, y a salir de la cama para evitar que los guardias entraran y los sacaran por la fuerza.

Para Nickolai, había amanecido otro sábado, y nuevamente se encontró parado en posición de firme frente a la barraca. Yuri nuevamente despidió a los hombres después de pasar lista. Pero, esta vez mantuvo la mirada sobre Nickolai.

Nickolai sabía que no tenía sentido prolongar la agonía del momento. No se movió y, por supuesto, Yuri lo notó. Yuri se acercó hasta donde Nickolai estaba de pie y se paró, separando sus grandes pies delante del prisionero.

—Por favor, no me digas que vas a negarte a trabajar nuevamente —exigió, exasperado—. ¡Porque, si es cierto, pienso que probablemente me he encontrado con el hombre más tonto de la historia!

Yuri continuó mirado fijamente a Nickolai, con algo parecido al asombro en el rostro. Trató de esconderlo, pero permaneció allí el tiempo suficiente como para incomodar a los dos.

Y entonces el guardia pareció recobrar su aplomo, al tiempo que parecía dejar de lado ese sentimiento.

—¡Olvídalo! —gritó—. ¡Ve a la oficina del alcaide ahora mismo!

Nickolai sabía que Yuri estaba enojado, y realmente tenía derecho a estarlo. ¿Qué sabía él acerca de Nickolai o de su Dios? ¿Qué sabía sobre el amor del Creador por sus hijos, o de la devoción que Nickolai sentía por este Dios que había venido a morir por el hombre? Todo lo que Yuri sabía era que este terco pastor cristiano estaba creando problemas e interrumpiendo la rutina del campamento.

En unos segundos, Nickolai cruzó las instalaciones y estuvo de pie ante la puerta de la oficina del alcaide.

—¿Qué está haciendo aquí, Panchuk? —los ojos del alcaide se achicaron de sorpresa, escepticismo e ira, todo al mismo tiempo.

Pero, Nickolai no dijo nada. Se quedó parado en posición de firme, con la mirada fija al frente. ¿Qué podía decir?

—¡Te hice una pregunta, predicador!

Nickolai sabía que no podía atreverse a esperar para contestar al iracundo alcaide. Pero ¿cómo podía hacerle entender al alcaide por qué quería honrar el séptimo día de la semana? El alcaide era el producto de una sociedad que enseñaba que no había tal cosa como un Dios amante y personal. Había estado trabajando en el ejército durante décadas, y había sido adoctrinado con el concepto de que la única respuesta real para la vida era la fuerza militar.

—No puedo trabajar hoy, señor —comenzó Nickolai—. No puedo deshonrar el santo sábado de Dios.

El rostro del alcaide se retorció de ira. Apretó los dientes y descargó su puño sobre el escritorio.

—¡Eres imposible, Panchuk! ¡Nunca, en toda mi vida, he conocido a un hombre con tu terca estupidez! —se puso de pie y empujó a Nickolai por la puerta abierta—. ¡Guardia! —gritó, mirando hacia el pasillo—. ¡Saque a este hombre de mi oficina y llévelo a la caja!

Se podía oír el sonido de pies corriendo, y luego Yuri estaba allí, con una mirada de incredulidad en el rostro.

—Lleve a Panchuk de vuelta a la caja, Yuri. Le gusta tanto que quiere pasar otros diez días allí.

Yuri dejó caer la cabeza, y finalmente hizo señas a Nickolai de que lo siguiera hasta el establo. Cuando llegaron a la caja, levantó la tapa y le indicó con la cabeza que se metiera.

Cuando la tapa cayó sobre Nickolai y el polvo se acomodó, el “predicador” tuvo tiempo para pensar en su decisión.

No lo lamentaba. No tenía de qué arrepentirse. Sabía que estar encerrado en una caja iba a ser incómodo y doloroso, pero no estaba preocupado. Por alguna extraña razón, no sentía ansiedad ni temor por los diez días que le esperaban. Todo parecía tan extraño; no podía explicarlo.

Sabía que algunos días iba a sentirse solo y abandonado, sin duda; pero aquí y ahora estaba decidido a que no culparía a Dios. No era culpa del Señor que él estuviera en esta pequeña prisión en una caja. Era culpa del diablo; y del alcaide, por supuesto.

CAPÍTULO 16

Nickolai sabía que Satanás estaba enojado con él por su fidelidad bajo persecución, y por su deseo de guardar el sábado. Estaba enojado con Nickolai por todo lo que había hecho, como pastor, para ayudar a difundir el evangelio. El enemigo estaba frustrado por la forma en que la iglesia había estado creciendo en Kiev y en los pueblos vecinos allí, en Ucrania, bajo el liderazgo de Nickolai. ¿Podía alguien sorprenderse de que Satanás hiciera todo lo que estuviese a su alcance para detener la obra?

Era Satanás el que había incitado a la KGB a perseguir a Nickolai cuando vivía en Kiev. Satanás había enviado a Nickolai a la tundra siberiana como prisionero, para aislarlo durante mucho tiempo;

el resto de su vida, quizá. Y ahora le estaba haciendo la vida más difícil todavía, encerrándolo en una pequeña caja, donde no había lugar suficiente ni siquiera para estirar las piernas.

Pero, no importaba. Nada de esto importaba ahora. Nickolai podía cumplir su pena en la caja por amor al evangelio. Cuántas veces más tendría que hacerlo, nadie lo sabía. Esperaba que esta fuera la última vez. Pero, Nickolai sabía que solamente se engañaba a sí mismo si pensaba eso. El alcaide estaba enojado y ofendido, porque nada de lo que había dicho o hecho había funcionado para hacer que Nickolai cambiara de idea y obedeciera sus órdenes. Despreciaba la obstinación de Nickolai, y tendría que pagar el precio por ello.

Sin embargo, si Nickolai iba a ser terco por algo, quería ser terco en favor del evangelio de Jesús. Había decidido, en su mente, que sobreviviría a lo mejor y a lo peor que el alcaide le diera. Y lo haría gozosamente.

Mientras la mañana se convertía en tarde y la tarde en noche, Nickolai se consoló a sí mismo orando y citando las Escrituras. Mientras la oscuridad descendía sobre el establo, Nickolai podía sentir la rigidez, que lenta pero seguramente volvía a sus articulaciones. Intentó mantener en movimiento sus rodillas. También decidió cantar, para mantener firme el ánimo. Su voz no era muy buena, pero le vino a la mente la letra de un himno conocido:

“Salvo en Jesús, salvo en Jesús, ¿quién de él podrá apartarme? Bajo sus alas, mi alma estará salva y segura por siempre”.

Las palabras obraron como un tónico, y Nickolai se dio cuenta de que eran la magia que necesitaba para mantenerse animado. De hecho, toda esa primera noche, cuando se despertaba y trataba de doblar las rodillas que se le iban endureciendo, tarareaba algunas palabras del himno: “Bajo sus alas, bajo sus alas...” Y luego volvía a dormirse, en un sueño sorprendentemente reparador.

Por supuesto, cuando se despertó a la mañana siguiente, le llevó un buen tiempo devolver la circulación a sus piernas nuevamente.

Todo ese día y la noche siguiente recordó la promesa que se

había hecho a sí mismo y a Dios. Una y otra vez se recordaba que estaba decidido a ser fiel a sus creencias. Podría soportar la incomodidad de la persecución por amor a Jesús, sin importar cuál fuera el precio. Él manejaría el dolor por medio de la oración y citando promesas bíblicas, y cantando himnos cuando necesitara un empujón espiritual.

El dolor se volvió intolerable después de solo dos días, pero la valentía de Nickolai continuó siendo firme. Pasó el tiempo recordando las bendiciones que Dios le había dado, y los buenos recuerdos que tenía de su familia y de su iglesia.

La rutina era la misma. A la mañana, Nickolai observaba entre las tablas cómo Oleg venía a buscar a Maksim para ir a trabajar. A la noche, los veía retornar, cansados después de hacer muchos viajes hasta el manantial que quedaba a un kilómetro. Nickolai se acostumbró al sonido del buey, que masticaba pasto de los pantanos, y su respiración regular mientras dormía. Era un consuelo tener a otra criatura viviente cerca de él; alguien que quizás entendiera lo que era ser un prisionero contra su voluntad.

Pero, una cosa era diferente esta vez: Yuri se hizo el hábito de traerle una lata de agua a Nickolai y un pedazo de pan negro ruso una vez por día. Eso era todo; pero era mejor que nada, y Nickolai estaba casi seguro de que le traía el pan a escondidas. También había detectado una nota de simpatía por parte de Yuri; pero, con certeza, el guardia no lo admitiría.

Si el alcaide compartía alguno de los sentimientos de Yuri, los escondía bien. Cualquiera que fueran las cicatrices que hicieron que el alcaide fuera como era, eran profundas, y Nickolai se sentía mal por el hombre.

Cerca del mediodía del décimo día, se abrió la tapa de la caja nuevamente. El aire fresco y la luz fueron un *shock* para “el predicador”, y nuevamente lo primero que vio fue el rostro del guardia.

Yuri sostenía un pañuelo sobre su nariz y su boca, mientras sacudía la cabeza, disgustado.

—No te entiendo, predicador —le dijo en voz baja—; y probablemente nunca lo haré.

Nuevamente, Yuri dejó a Nickolai acostado sobre el piso del establo. Una vez más, Nickolai se arrastró hasta un montón de paja en el rincón. El doloroso alivio de poder estirar las piernas era intenso, pero esta vez comprendía el dolor. Se estaba acostumbrando a estar en la caja. Esta vez, se estaba adelantando al juego.

Cerca de la puesta de sol, Oleg volvió al establo con Maksim. Cuando desenganchó al viejo Maksim, el buey caminó hasta el establo por propia voluntad; después de todo, era su hogar. Se detuvo un momento mientras pasaba por donde estaba Nickolai, y olió a la hedionda criatura acostada en la cama de paja.

Nickolai observó cómo el buey comía su cena y luego se acostaba en la suave paja, al lado de él. Varias veces, Nickolai pensó en arrastrarse otra vez hasta la barraca, pero cada vez que trataba de arrodillarse se dejaba caer, dolorido, nuevamente sobre la paja. Estaba demasiado débil como para llegar a la puerta del establo, y menos todavía podría recorrer la distancia hasta las barracas.

Pero, no le importaba. No tenía nada que perder, de una manera o de otra. De hecho, dormir al lado del cuerpo caliente de Maksim era una ventaja durante las noches más frías.

Mientras Nickolai se dormía de agotamiento, una vez más tarareó débilmente las familiares palabras: "...salvo y seguro por siempre".

CAPÍTULO 17

Al día siguiente, Nickolai logró ponerse de pie y renguear de regreso a las barracas. No podía ir hasta el comedor para comer, pero Yuri le trajo un poco de *borsch* y pan negro.

Nickolai trató de agradecerle al guardia, pero Yuri le hizo un ademán con la mano, como si no quisiera siquiera oírlo.

El miércoles por la tarde, Nickolai pensó que probablemente podría trabajar un poco, si no tenía que levantar nada pesado o caminar demasiado. Nadie lo estaba siguiendo para ver si trabajaba o no, pero él sentía que sería una forma de decirle algo al alcaide, si podía trabajar algunas horas antes de la puesta del sol del miércoles.

Ya estaban a mitad de semana, y el sábado estaba asomando por el horizonte semanal. Llegaría, y tenía la sensación de que el alcaide lo metería nuevamente en la caja. Ahora era una batalla de voluntades entre él y el alcaide, y parecía que este quería ganar esta confrontación a cualquier precio. Y, si no podía hacerlo, ciertamente iba a convertir esta experiencia en algo doloroso para Nickolai.

Pero, con dolor o sin él, Nickolai también quería ganar esta guerra, que ahora se había transformado en una guerra entre la fuerza del Gobierno *versus* la fidelidad a Dios.

Nickolai trabajó un poco el miércoles, y todo el día jueves y el viernes. Para este momento, algunos de los otros prisioneros lo estaban mirando de una manera especial. Todos sabían que estaba completamente comprometido con su Dios, pero Nickolai estaba seguro de que muchos de ellos no tenían idea de la relación entre esto y estar sentado en una caja de madera durante diez días cada vez. ¿Era un fanático religioso? ¿Un loco? ¿Era un prisionero político, tratando de sentar una declaración política de principios?

Tarde o temprano, Nickolai sabía que iba a tener la oportunidad de compartir su historia. Tarde o temprano, alguien le preguntaría, y Nickolai podría contarles por qué estaba tan comprometido con servir a su Dios. Pero, por ahora, los demás solo observaban y se preguntaban acerca de la fe vigilante de Nickolai.

Y, cuando llegó el sábado, las cosas sucedieron exactamente como Nickolai sabía que sucederían. Lo metieron nuevamente en la caja.

Le asombraba que el alcaide siguiera con su estrategia de disciplina. Cada vez que metían a Nickolai en la caja, no podía trabajar

durante diez días, y luego le llevaba por lo menos dos días recuperarse, para volver a trabajar... antes de que lo pusieran nuevamente en la caja. Si el alcaide quería dirigir un campamento eficiente, encerrar a Nickolai durante estos períodos tan prolongados no estaba funcionando. Por lo menos, no si quería hacer que Nickolai trabajara.

Toda la cuestión no tenía mucho sentido. Pero, tampoco tenía mucho sentido para Nickolai toda la estrategia del Gobierno soviético. ¿Por qué obligar a una persona o a un grupo de personas a abandonar algo que estiman? Era como tratar de obligar a un hombre a volverse en contra de su propia familia. Pero, por supuesto, al alcaide no le importaría eso. Él no tenía religión. Nunca comprendería la fortaleza de la fidelidad de Nickolai hacia su Dios y hacia su familia de la iglesia. Si lo hubiera hecho, nunca habría seguido peleando contra la increíble e inmutable devoción hacia el servicio a su Dios.

Y así fueron las cosas, mientras las cortas semanas del verano se convertían en el frío del otoño. Las heladas llegaron en agosto, y una nevada ligera a comienzos de septiembre. Mientras estaba en la caja, Nickolai no podía quedarse dormido durante largos períodos de tiempo. Cada pocos minutos tenía que despertarse, para mover los brazos y las piernas en el intento de mantener la circulación.

Cuando llegaron los fríos días del invierno a fines de octubre, Nickolai se preocupó. ¿Cómo iba a sobrevivir? ¿Cómo mantendría la temperatura, encerrado en una pequeña caja?

Nickolai no estaba seguro de que tuviera importancia alguna. Si moría, moría. Si era el momento de dar su vida por Jesús, entonces estaba en paz con su suerte.

Pero, aunque estaba resignado a esta posibilidad, estaba igualmente seguro de que Dios tenía un plan para su vida; algo preparado para él como testigo de Dios, aunque estuviera encerrado en una caja.

Era en momentos como estos cuando las Escrituras se convertían en el consuelo más grande de Nickolai. Sus pasajes preferidos eran

los Salmos 23, 91 y 140. Estos capítulos maravillosos lo ayudaron a concentrarse en la batalla real que se estaba librando: la batalla entre el bien y el mal.

Yuri debió de haber sentido lástima por Nickolai otra vez, porque una mañana, cuando trajo agua y pan al predicador, también le trajo dos frazadas gruesas. Había sido una noche especialmente fría, y el gesto trajo calor y gratitud a Dios y a Yuri al corazón de Nickolai. Las frazadas no lo mantendrían muy caliente, pero le quitarían el filo a las frías noches invernales.

Toda el agua del campamento se estaba congelando ahora. Aun los barriles de agua que traían cada día del manantial se congelaban para la mañana siguiente. Durante los primeros días del invierno, Petya, el cocinero, a la mañana rompía la gruesa capa de hielo en los barriles. Pero, cuando llegaron las temperaturas reales del invierno y estas bajaron a menos de cero grados, el agua se congelaba totalmente en cuestión de horas. Petya comenzó a pedir a Oleg que trajera los barriles al interior de la cocina.

Por causa de las temperaturas extremas, Nickolai sabía que no podía permitir que su agua se enfriara. Si dejaba que el agua comenzara a congelarse, le bajaría la temperatura corporal aun más todavía, cuando la tomara. Desde ese momento en adelante, supo que tenía que tomarla enseguida cuando Yuri le trajera su lata de agua.

Las horas de luz diurna eran pocas ahora, y las noches eran más largas. El aliento de Nickolai producía bocanadas de vapor cuando respiraba, y cuando se cubría la cara con la frazada, rápidamente se formaba una capa de escarcha. Cómo mantuvo el calor en esas temperaturas heladas, nunca lo supo; pero una cosa era segura: con Dios, todas las cosas son posibles. Él era la ayuda siempre presente en las dificultades.

CAPÍTULO 18

Un día, casi al terminar la tarde, Yuri apareció inesperadamente en el establo. Empujó y tiró del cajón de madera de Nickolai, hasta ubicarlo en un rincón oscuro del establo, alejado de la puerta, por donde a veces soplaban vientos helados cuando la puerta quedaba abierta.

Nickolai se asombró de la facilidad con la que Yuri movía la caja. Pero, luego se dio cuenta de que ya no era el hombre corpulento que había sido una vez. Aun a través de su abrigo, podían palpase las costillas. Cuando Yuri comenzó a amontonar paja alrededor del cajón, Nickolai se conmovió. La paja haría maravillas para aislarlo contra el frío aire invernal. Ahora, más allá de toda sombra de duda, sabía que al guardia realmente le importaba lo que le ocurriera.

—Gracias —fue todo lo que dijo Nickolai.

Pero, los dos sabían lo que tal gesto podía significar verdaderamente para Nickolai. Podía salvarle la vida.

Nickolai estaba seguro de que Yuri estaba actuando por cuenta propia, y de que el alcaide no sabía nada de las acciones bondadosas de Yuri. La comida que le traía, el agua, las frazadas y la paja amontonada alrededor de su caja, todos eran sencillos actos de bondad, pero nadie podía malinterpretarlos.

Los fríos días del invierno se transformaron en una primavera mojada. Sin poder moverse dentro de la caja donde estaba encerrado, el aire húmedo enfriaba a Nickolai hasta los huesos. No sabía qué era peor, si los días helados que le paralizaban hasta el cerebro, o los días húmedos de la primavera que le entumecían hasta los huesos.

Cuando finalmente llegó el verano, y sus encierros de diez días en la caja continuaban, volvieron los insectos, y también los recuerdos de sus primeros días en la caja. Nuevamente, se le hinchó la piel por las picaduras de los mosquitos, las moscas negras y los jejenes. Sorprendentemente, a pesar de las temperaturas exteriores

moderadas, muchos días bajo el techo de chapa del establo se volvían agobiantes de calor. Esto le trajo nuevamente problemas con la limpieza, ya que no se le permitía a Nickolai salir de la caja para ir al baño. Y, por supuesto, esto empeoraba el problema de las moscas.

Todo ese verano Nickolai soportó las sesiones de encierro en la caja de madera. Todo ese verano se acercaba al sábado con una fidelidad obstinada y una tenacidad que impresionaron hasta al alcaide. Si Nickolai hubiera podido ver cómo afectaba realmente al alcaide, se habría sentido muy alentado.

No obstante, el alcaide no se daba por vencido, y Nickolai volvía a la caja cada sábado. Soportaba su sentencia de diez días, era liberado, y luego sufría un gran tormento mientras intentaba recuperar el uso de sus piernas. Entonces pasaba un par de días trabajando con Vadeem en distintos proyectos y reparaciones en el campamento, antes de ser encerrado nuevamente en la caja.

Al llegar el otoño y transformarse en invierno, Nickolai llegó a ser conocido como el predicador de la caja. Odiaba pensar que estaba desperdiciando su tiempo en la caja, y algunos días se preguntaba cuál era el plan de Dios a largo plazo. Había oído hablar de santos que habían sufrido en prisión durante veinte o treinta años, y temía por la posibilidad de esa suerte. Pero, ni siquiera eso parecía desanimarlo ya. Parecía formar parte de la rutina de Nickolai ahora; una parte de quién era y de en quién se había convertido.

La mayoría de los días ya no estaba seguro de qué sería lo mejor: si vivir otro día, y sufrir el deterioro lento y doloroso de su cuerpo mediante esa tortura, o experimentar una muerte rápida, que terminara con su vida terrenal.

Pero, nuevamente, no importaba realmente. ¿Acaso su vida no había sido otra cosa que una larga prueba de persecuciones por causa del evangelio? ¿Por qué cuestionar el plan de Dios ahora? Nickolai confiaba verdaderamente en su Padre celestial. Algún día, todo sería claro. Mientras tanto, trataba de no hacer demasiadas preguntas filosóficas acerca de su calidad de vida o del plan general de Dios

para él. Seguía citando textos bíblicos que prometían respuestas algún día, y esto le daba las fuerzas necesarias para soportar otro día.

“A los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados” (Rom. 8:28), se recitaba a sí mismo innumerables veces, mientras estaba en la caja.

Todos los versículos que había memorizado a lo largo de su vida volvían ahora a su memoria, y estos eran una verdadera fuente de consuelo en su tiempo de necesidad.

“No temas en nada lo que vas a padecer. He aquí, el diablo echará a algunos de vosotros en la cárcel, para que seáis probados, y tendréis tribulación por diez días” (Apoc. 2:10). Esta parte del versículo siempre hacía sonreír irónicamente a Nickolai. Sabía que el versículo era más simbólico que literal, pero igualmente le daba satisfacción el pensar que Juan el Revelador había usado la misma cantidad de días, en su profecía, que la que Nickolai tenía que sufrir cada vez en la caja.

“Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida” (vers. 10). Esa era la parte del pasaje que siempre le daba la mayor esperanza. Le recordaba que nada importaba realmente en la vida, excepto permanecer fiel a Dios.

Por ello, testificar de Dios en una prisión comunista era verdaderamente un privilegio. Por lo que Nickolai sabía, no había otros cristianos en el campamento. Casi no podía creerlo, pero, hasta el momento, nadie lo había dado a conocer o se había atrevido a demostrarlo, aunque fuera para animarlo.

Pero, si su testimonio en favor de Jesús podía traer aunque fuera a un alma a Cristo, sentía que habría valido la pena. Todo el dolor y las dificultades que había soportado servirían para algo; no habrían sido por nada. Y, quién sabe, si un hombre fuera traído a Jesús, quizás otros lo seguirían.

Otro frío invierno siguió al otoño, y luego la primavera se abrió camino hasta el campamento. Un día de primavera, cuando Nickolai fue sacado una vez más de la caja, quedó allí tirado sobre la paja,

mirando por la puerta del establo. Había llegado el mes de mayo, y aunque este momento del año todavía era bastante frío, el sol y el claro cielo azul calentaron su corazón.

Mientras Nickolai flexionaba lentamente sus piernas, tratando de sacar los calambres de sus rodillas, agradeció a Dios por la vida. Agradeció a Jesús por la posibilidad de ser un testigo viviente en favor de Cristo, en lugar de ser un mártir. Era asombroso que pudiera soportar tales dificultades sin resentirse de la dirección de su Padre celestial; pero, eran las famosas frases de las Escrituras las que siempre lo mantenían con una actitud positiva hacia la vida. Una de sus favoritas pertenecía a los escritos de Pablo.

“He aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación” (Fil. 4:11).

Y eso, por supuesto, era lo que siempre determinaba la diferencia. ¿Cómo no hacerlo? Nickolai había entregado su vida totalmente a Dios, y Dios le estaba dando justo lo que necesitaba día tras día, hasta que llegara el momento justo de revelarle la siguiente fase de su plan divino.

CAPÍTULO 19

U nas pocas semanas más tarde, aparecieron en el campamento de prisioneros visitantes extraordinarios. Tres oficiales militares entraron a caballo en el campamento, y era obvio, por su apariencia, que uno de ellos era un coronel de alto rango en el ejército. Venían desde la lejana Nizhniy Nóvgorod.

Pronto, se hizo evidente que estaban allí con la finalidad de inspeccionar el campamento. El alcaide hizo todo lo posible por hacer brillar el campamento; aunque no tenía nada notable de qué jactarse. Era un campamento común, en el medio de la nada, sobre las

estepas siberianas, con unos trescientos prisioneros y sin ningún criminal político notorio.

Pero, los visitantes al campamento eran poco comunes, así que, dar un “tour” a estos visitantes especiales era lo más grande que había ocurrido en el campamento durante años. Les mostraron los cuarteles de los oficiales, la cocina y el comedor, y las barracas. Nickolai podía oír la conversación, mientras el *tour* los llevaba cerca de los establos.

—¿Qué hay allí adentro? —preguntó el coronel, señalando el cobertizo de techo bajo donde estaba la caja de Nickolai.

El alcaide dio una mirada a la puerta abierta del establo. Había puesto a Nickolai en la caja hacía tres días, pero había esperado poder evitar explicar la situación al coronel.

—¡Oh, aquí es donde ponemos a los peores criminales! —respondió, con aire despreocupado—. Los castigos severos mantienen bajo control a los insubordinados.

—¿Qué clase de castigo?

—Oh, de distintos tipos —dijo el alcaide, retorciéndose un poco. El oficial entró en el cobertizo y miró hacia las sombras.

—Los mantenemos encerrados en cajas como esta —el guardia señaló la caja de madera donde estaba Nickolai, en el rincón.

—¿Cuántos prisioneros hay encerrados en este momento? —el oficial era dolorosamente persistente, y Nickolai se daba cuenta de la incomodidad en la voz del alcaide.

—Bueno, tenemos un solo hombre aquí, en este momento.

—Y ¿por qué está aquí, específicamente?

—Por negarse a realizar sus tareas.

El oficial se acercó más a la caja de madera, pero inmediatamente dio un paso atrás, cuando su nariz captó un asomo del hedor nauseabundo que provenía de la caja.

—¡Uff! —exclamó—. Y ¿cuánto tiempo lo ha estado castigando por este tipo de insubordinación?

—Mmmmm —el alcaide se rascó la cabeza—. Solo ha estado tres días esta vez, pero está aquí por lapsos de diez días.

—¿Lapsos de diez días? —el coronel parecía escéptico—. ¿Y dice que no quiere trabajar? ¿Cuántas veces se ha insubordinado?

—Bueno, nos ha estado dando trabajo desde que llegó al campamento —los ojos del alcaide corrían desde la caja hasta el coronel—. Cada vez que lo dejamos salir, vuelve a desobedecer, así que lo metemos nuevamente en la caja.

El coronel miró nuevamente la caja.

—Y ¿cuántas veces han intentado esto?

—Hmmm, creo que lo hemos estado haciendo durante casi dos años.

El coronel miró incrédulamente al alcaide, con la boca abierta.

A través de la ranuras en la caja, Nickolai miraba como se desarrollaba toda la escena y, con el aliento contenido, esperaba que continuara la conversación. Se estaba haciendo cada vez más notorio que el coronel no aprobaba esta forma de maltrato, y también parecía que iba a reprender al alcaide por ello.

—¿Dos años?

—Sí, señor.

—¿Ha tenido a este hombre encerrado en esta pequeña caja por períodos de diez días, en forma reiterada, durante los últimos dos años? ¿Eso debió de haber sido, por lo menos, cuarenta o cincuenta veces!

El alcaide parecía avergonzado. Hizo una pausa, y luego respondió, finalmente:

—Bien, sí; creo que es así.

—¿Quiere decirme que ha estado encerrando a este hombre en esta caja durante dos años, y no ha hecho ningún bien? ¿Aun con este tipo de castigo, todavía sigue desobedeciendo, o siendo insubordinado, o como sea que lo llame! —el coronel estaba irritándose más, cada minuto que pasaba—. ¿Alguna vez se le ocurrió, oficial, que podría haber una buena razón para que este hombre no siga sus órdenes? Quiero decir, ¿dos años, y todavía no recapacitó!

El alcaide parecía confundido, apabullado y asustado, todo al mismo tiempo.

—Bueno, ¿se le ocurrió?

—¡No; no, señor! No se me ocurrió, pero ahora que usted lo dice, ¡parece bastante ridículo!

—¡Ridículo! —gruñó el coronel, casi gritando—. ¡Claro que suena ridículo! ¡Totalmente ridículo, si me lo pregunta! ¡Estoy comenzando a preguntarme quién es el inteligente aquí! ¡Por cierto que no es usted! —continuó, fulminando al alcaide con la mirada—. ¡Debería revocarle el cargo, por manejar las cosas así! ¡Esto no es disciplina! ¡Es, simplemente, tortura! ¡Nosotros, los oficiales rusos, podemos ser duros y malos como gatos monteses, pero no somos animales!

CAPÍTULO 20

El coronel se volvió abruptamente hacia la caja.

—¡Abran la caja! —ordenó, con la voz todavía irritada de enojo—. ¡Abran la caja inmediatamente!

Yuri se adelantó, y abrió el candado que mantenía la caja cerrada. Levantó la tapa y extendió los brazos para ayudar a Nickolai a ponerse de pie.

Habían pasado solo tres días desde que habían puesto a Nickolai en la caja, pero sus piernas ya parecían de goma. Trató de ponerse de pie sin tambalear, pero no pudo; no tenía la fuerza para hacerlo. Con tan pocos días entre sus tiempos en la caja, lentamente había perdido la capacidad de recuperarse rápidamente, y cada vez sus piernas se atrofiaban un poco más.

—¡Aquí! ¡Acuéstenlo sobre este montón de paja, aquí! —ladró el coronel—. ¡Y tráiganle un vaso de agua! —dijo, mientras con la mano alejaba las moscas y el hedor que impregnaba el cobertizo—. ¡Y traigan un balde con agua, para que pueda lavarse!

El coronel se volvió hacia Nickolai y sacudió nuevamente la cabeza.

—¿Cómo te llamas, joven?

—Panchuk, señor. Nickolai Panchuk.

El oficial continuó mirando bondadosamente a Nickolai.

—¿Es verdad lo que dice el alcaide, que no quieres trabajar?

—No, no es verdad —Nickolai tragó un poco de agua de la taza que Yuri le alcanzó—. Yo quiero trabajar. Trabajaré más que los otros prisioneros, si es necesario. Me levantaré temprano y trabajaré hasta tarde en la noche; pero... pero no puedo deshonrar a Dios y trabajar en su santo sábado.

El coronel levantó las cejas.

—El séptimo día de cada semana es el *sabbath* de Dios —continuó Nickolai, viendo la oportunidad de testificar nuevamente acerca de su amado sábado—. Me educaron para guardarlo como día santo, y no puedo violar mi conciencia, señor. No puedo trabajar el séptimo día de cada semana, porque sería desobedecer los Mandamientos de Dios.

Nickolai quería ser respetuoso para con el oficial, pero en ese momento estaba tirado sobre un montón de paja. Era difícil mantenerse en posición de firme o hacer un saludo al coronel, mientras estuviese tirado sobre el piso de un establo. Su nerviosismo se dejaba ver en su rostro.

—Tranquilo, prisionero —vino la orden tranquilizadora del coronel, mientras contemplaba a Nickolai—. ¿A qué se dedicaba, antes de venir a este campo?

—Era pastor, señor. Esa fue la razón por la que me mandaron aquí; en primer lugar, porque no le entregué la lista de mis miembros de iglesia a la KGB.

La voz de Nickolai vaciló, y casi se quebró por la emoción mientras agregaba:

—¡No podía hacerlo, señor! Habría traicionado la confianza que mis miembros depositaron en mí, como su líder espiritual.

Nickolai se sentía raro. ¿Por qué estaba abriéndole su corazón a un oficial desconocido del ejército? Se sentía inquieto y aliviado, al mismo tiempo. No podía explicarlo, pero de alguna manera parecía ser lo que tenía que hacer en ese momento.

—¿Así que trabajarás, solo que no trabajarás en sábado, en tu *sabath*, como lo llamas?

—Sí, señor. Trabajaré mucho, desde antes de la salida del sol hasta después de que oscurezca, para compensar el trabajo del sábado.

El coronel miró al alcaide.

—¿Tiene algún trabajo así? ¿Un trabajo que se pueda hacer algunos días y otros no? ¿Un trabajo que se pueda hacer en menos días si este hombre trabaja más horas cada uno de esos otros días?

—Bueno, está el agua que hay que traer desde el manantial que está a un kilómetro —dijo el alcaide luego de pensar un momento.

Miró al coronel y dijo:

—Necesitamos barriles de agua, y generalmente lleva, a un hombre con un buey, siete días acarrear suficiente agua para el campamento. Suficiente para beber, cocinar y para que los hombres se laven.

El alcaide miró a Nickolai acostado allí, sobre la paja, y luego al coronel.

—Supongo que podría intentarlo. El hombre que lo hace ahora trabaja desde el amanecer hasta el atardecer, y apenas tiene tiempo para traer los nueve o diez barriles de agua que necesitamos, en promedio, por día. Si Panchuk quiere levantarse y trabajar antes del amanecer cada día y trabajar después de que oscurece, quizá pueda lograr traer suficiente agua hasta el viernes de noche. Lo dudo, pero podemos intentarlo.

El alcaide tenía una mirada cínica en los ojos, pero eligió sus palabras cuidadosamente delante del coronel.

Al oficial se le iluminó el rostro.

—Listo, entonces, Panchuk. Es un trato. Veamos qué puede hacer. Mañana es martes. El alcaide dice que si puede traer suficiente agua hasta el viernes de noche, entonces puede tener su día libre. Cinco días de trabajo en cuatro. Si puede hacerlo, entonces el sábado es su día libre.

Y luego el coronel, con una mirada seria en los ojos, miró fijamente a Nickolai.

—Si no puede mantener su lado del trato, tendrá que acarrear agua los sábados también, en su *sabbath*, como lo llama. ¿Está claro?

—Absolutamente.

—Tengo curiosidad, Panchuk —el coronel examinó el rostro de Nickolai, que, aunque estaba lleno de dolor, tenía la paz del cielo.

—Usted se ha negado tercamente a trabajar en su *sabbath* —continuó diciendo—. ¿Qué pasa si llega el sábado, y usted no ha completado la cantidad de agua? Tenemos un trato y, sin embargo, de alguna manera tengo la sensación de que probablemente elegiría volver a la caja antes que trabajar y violar su día santo.

Nickolai pensó en la pregunta antes de responder al oficial militar ruso más bondadoso que había conocido alguna vez. Eligió sus palabras con cuidado, porque quería honrar la fe que el coronel había puesto en él, y la disposición del alcaide de darle una oportunidad de probarse a sí mismo.

—Si yo honro a mi Dios, él me honrará a mí, señor. Él sabe que deseo adorarlo por medio de la oración y la meditación tranquila en ese día, así que estoy poniendo mi confianza en él, y él me dará la fuerza para completar el desafío. Trabajaré la mitad de la noche, si hace falta, solo para completar mi parte del trato y para asegurarme mi derecho a adorar a mi Dios en ese día.

—¿Sabe qué? Creo que lo hará —asintió el coronel, y le sonrió bondadosamente.

La generosidad del hombre hizo que Nickolai se sintiera animado interiormente, y le dio esperanza de que todo obraría para bien, después de todo. Parecía que esta era la oportunidad que había estado esperando; la posibilidad que había estado deseando durante dos años; la posibilidad de mostrarles a todos la soberanía de su Dios.

Nickolai descansó el resto del día, tratando de precalentar sus piernas y lograr que sus rodillas funcionaran nuevamente. Para la puesta de sol, se sentía bastante bien; sin embargo, mientras estaba acostado esa noche en su camarote en la barraca, pensó en la distancia hasta el manantial. Era alrededor de un kilómetro; quizás un poquito más. Eso

haría un total de casi tres kilómetros por viaje. Nickolai suponía que le llevaría entre dos y media y tres horas cada carga de agua.

Por lo que había visto, el carro tirado por el buey tenía capacidad para dos barriles por vez, así que, eso significaba que tenía que acarrear cinco cargas por día, para cubrir la cuota diaria de agua. Pero, necesitaba acarrear suficiente agua para completar la cuota del sábado, también. No había duda en cuanto a eso: Nickolai sabía que tendría que acarrear, por lo menos, una o dos cargas extra por día, para lograrlo.

Con la cabeza dándole vueltas, tomó tiempo para orar antes de dormirse. “Señor, ayúdame a no preocuparme. Ayúdame a tener la energía que necesito para enfrentar este asombroso desafío. Es realmente un desafío que viene directo desde las cortes celestiales”.

CAPÍTULO 21

Antes de que la salida del sol iluminara el cielo oriental a la mañana siguiente, Nickolai estaba en el establo ayudando a Oleg, el conductor del carro, a enganchar al viejo Maksim. Oleg trabajaría con Nickolai ese día, para enseñarle la rutina de acarrear agua desde el manantial.

Nickolai sabía que esta era su oportunidad de obtener privilegios sabáticos, y de ser un poderoso testigo a favor de Dios. Durante dos años, había sido confinado repetidamente en la caja de madera durante diez días cada vez, porque no trabajaba los sábados. Pero, había permanecido fiel a sus convicciones y había sufrido todo lo que el alcaide le lanzara.

Ahora, Dios había provisto una manera de escapar de la caja de tortura, con su fe todavía intacta. Era hora de que Nickolai testificara de una manera diferente.

Había mucho en juego. ¿Ayudaría Dios a Nickolai a hacer lo que parecía imposible? ¿Podrían Nickolai y Maksim acarrear la cantidad de agua necesaria para siete días, en solo seis días de trabajo cada semana? Y esta semana, la tarea era más formidable todavía: agua para cinco días, en solo cuatro.

Para Nickolai, haría falta un milagro. Pero eso era, después de todo, lo que Dios hacía. De eso se había tratado la ocupada vida de Nickolai como pastor. Los interrogatorios que le había hecho la KGB habían sido en relación con esto; y su eventual sentencia a este campo de prisioneros y su encierro en la caja, por negarse a trabajar en sábado. Y con eso se relacionaba su liberación y su nueva tarea con Maksim. La vida de sacrificio y de servicio a Dios de Nickolai había sido de un milagro tras otro, y Nickolai dudaba de que los milagros fueran a detenerse ahora. Había demasiado en juego.

Y así fue como Nickolai y Oleg partieron hacia el manantial, atravesando las áridas estepas. Les llevó más de una hora hacer la travesía, mientras caminaban trabajosamente detrás del buey, de lento andar.

—¿No podemos hacer que este viejo buey se apure un poco? —se quejó Nickolai, mientras el carro se movía pesadamente entre las ciénagas y los pantanos—. ¡Si camina a esta velocidad todo el día, ni siquiera vamos a lograr nuestras cinco cargas al final del día!

—Oh, vamos a llevar el agua; pero el viejo Maksim nunca me ha prometido que lo haríamos antes de la noche. A menudo, volvemos caminando trabajosamente después de que ha oscurecido. ¡Tú lo sabes! ¡Tú estabas allí, en el cobertizo, y fuiste testigo de eso muchas veces!

Nickolai se quedó mirando a Oleg, con una expresión de asombro en el rostro. Si no podían ni siquiera completar la cantidad de cargas regulares en un día, ¿cómo podrían traer al campamento los barriles extras que se necesitaban? Oleg sacudió la cabeza.

—¡Me parece que pensaste que este iba a ser un trabajo fácil! —resopló.

—Ah, no, no en realidad; pero, estaba esperando que pudiéramos hacer que Maksim caminara un poquito más rápido.

Oleg hizo una mueca y sacudió la cabeza nuevamente

—Mira, lamento que hayas tenido que estar encerrado en esa caja, y me alegra que el coronel te liberara; pero este asunto de traer más barriles de agua para tener un día libre es una locura. El viejo Maksim, aquí, no sabe nada de eso. Todo lo que sabe es que cuando quiere caminar, camina. ¡Y cuando quiere caminar más lento, no hay nada que puedas hacer para apurarlo!

Nickolai quería decir algo, pero no lo hizo.

—¡Sé lo que estás pensando! —siguió diciendo Oleg—. ¡Estabas pensando que, como eres un predicador, tu Dios hará algún tipo de milagro! Tengo razón, ¿verdad? —dijo Oleg dando una palmada al buey en las ancas.

—Pensaste que tu Dios bajaría del cielo y le haría cosquillas a Maksim en la oreja, o alguna otra cosa, para hacerlo mover más rápido, ¿no es cierto? ¡Y entonces Maksim correría como un rayo y acarrearía el agua al campo en seis días! ¿O quizás en cinco?

Oleg todavía sacudía la cabeza. Su reacción parecía bastante lógica. ¿Podría Nickolai esperar algo menos? Había pensado que los demás prisioneros lo admirarían por mantenerse fiel a sus creencias; pero, tal vez, ese no fuera el caso. Quizá no sentían respeto por un hombre que no quería trabajar, especialmente si estaba pidiendo un día libre de cada siete. Todos los hombres trabajaban mucho, y estaban en el campo de prisioneros contra su voluntad. Ellos, al igual que el director, no sabían nada acerca del Dios de Nickolai ni de la devoción que él sentía por su Hacedor.

Nickolai no tenía nada más para decir, así que caminó el resto de la distancia en silencio. ¿Qué sentido tenía?

Los primeros rayos del sol estaban comenzando a asomar sobre el horizonte cuando llegaron al manantial. Nickolai ayudó a Oleg a sumergir los baldes de madera en el pozo de agua y a volcarlos en los barriles que estaban sobre el carro.

No era un trabajo difícil, pero varias veces Nickolai se salpicó agua de los baldes sobre él. El aire de la mañana estaba fresco toda-

vía, y el agua fría hizo que Nickolai tiritara. Se dio cuenta de que, si quería mantenerse seco, iba a tener que aprender cómo volcar más agua en los barriles y menos sobre sí mismo. Además, si era descuidado, le llevaría mucho más tiempo llenar los barriles.

Oleg puso las tapas de madera a los dos barriles, y luego le dio un empujoncito a Maksim con su palo. Nickolai se alegró al ver que Oleg ya no usaba su látigo de cuero para golpear a Maksim. En lugar de ello, usaba un palo, para guiar al buey y señalarle qué quería que hiciera.

El viaje de regreso al campamento llevó todavía más tiempo, porque el carro estaba cargado con los barriles llenos de agua. A veces, Nickolai trataba de apurar a Maksim, pero el buey se resistía a estos esfuerzos; de hecho, cualquier intento de apurarlo parecía hacer que se moviera más lentamente.

Si Nickolai pudiera haberse metido debajo del arnés para ayudar a Maksim a tirar más rápido del carro, creía que lo habría hecho con gusto. Pero, como estaban las cosas, Oleg y él estaban a merced de Maksim y de sus caprichos de avanzar a su propio paso. Al final, Nickolai se dio cuenta de que Oleg tenía razón: no había nada que pudieran hacer, fuera de caminar pacientemente al lado del carro.

CAPÍTULO 22

En el campamento, trabajaron para descargar los barriles del carro, tratando de no desparramar nada de la preciosa agua. Era una rutina sencilla, pero Nickolai ya quería estar en camino nuevamente. Lamentablemente, al comenzar el proceso otra vez, ni Maksim ni Oleg parecían tener apuro por moverse al paso que quería Nickolai.

Para ese momento, Nickolai estaba comenzando a pensar que preferiría trabajar solo que acompañado por Oleg; de hecho, estaba seguro de ello. Mientras ambos llenaban los barriles la segunda vez y encaminaban a Maksim de regreso hacia el campamento, Nickolai comenzó a formular un plan.

¿Por qué mantener ocupados a dos hombres, haciendo un trabajo que podía hacer uno solo? La tarea estaba resultando ser mucho más fácil de lo que Nickolai había anticipado. El viejo Maksim hacía la mayor parte del trabajo, de todas maneras.

Nickolai esperó para decir lo que pensaba hasta que descargaron los dos barriles de agua en la cocina.

—Estuve pensando —se animó Nickolai—... es un camino largo hasta el manantial, y parece ser un tremendo desperdicio de mano de obra que ambos caminemos hasta allá. Ya me enseñaste lo que necesito saber, y el resto está en manos de Maksim. ¿Por qué no me dejas intentarlo solo? Si tengo problemas, te aviso cuando vuelva.

Nickolai se secó la transpiración de la frente con la manga, y se pasó la mano por el cabello.

—¿Te parece que puede funcionar?

—Hmmm, probablemente, tengas razón —admitió Oleg, mientras fijaba su vista en los barriles vacíos que acababan de cargar en el carro.

Luego, miró a Nickolai:

—Es probable que no tengas ningún problema.

Y así comenzó Nickolai su nuevo trabajo en soledad, y puso sus energías en ello. Tan pronto como estuvo fuera del alcance de los oídos de sus compañeros, comenzó a hacer lo mejor que podía para lograr que Maksim apresurara el paso. Pero, al viejo Maksim no le gustaba que lo apuraran. Nickolai intentó unas pocas veces apurarlo con el palo, pero después de algunos centenares de metros, el viejo Maksim hacía más lento su paso, hasta casi detenerse.

Al final, Nickolai reconoció una vez más la verdad de lo que Oleg había dicho: era imposible apurar al viejo Maksim. Caminaba

lo que quería caminar, y se detenía cuando lo deseaba. Y, a menos que se azotara sin misericordia al buey, nada cambiaría las cosas.

Hicieron varios viajes más hasta el manantial, pero cuando el día llegó a su final, también lo hizo la energía de Maksim. Cerca del final, caminaba cada vez más lento. Ahora Nickolai se sentía completamente frustrado, y si toda la situación no hubiera sido tan patética, podría haberse reído.

A Nickolai se le hizo claro que a Maksim no le importaba cuántas cargas pudiera traer antes del anochecer; era solo un animal. Pero, animal o no, de alguna manera parecía que Maksim era solamente otro prisionero. Lo estaban obligando a trabajar contra su voluntad. Lo enganchaban a un carro todas las mañanas, y lo hacían ir y venir todo el día hasta y desde el manantial. Esa era la vida de un prisionero en el campo de prisioneros, ¿verdad? Trabajo, trabajo, trabajo...

Nickolai y Maksim pasarían cada día trabajando como máquinas, como si los hubieran hecho para eso. Quizá no les gustara, pero lo harían de todas maneras porque eso era lo que todos hacían allí, en las estepas barridas por el viento de Siberia.

Pero, todo eso era solamente retórico. Al final de cada día, Nickolai necesitaba haber completado más que su cuota de cinco carros de agua. Para el final de la semana necesitaba diez barriles extra de agua o tendría que soportar más dolor y aislamiento en la caja. ¡Esta era su oportunidad! Esta era la oportunidad que Nickolai había estado esperando durante los dos años que había estado encerrado en la caja de madera.

Así que, fuera que Maksim quisiera moverse más rápido o no, necesitaban traer toda esa agua extra antes del viernes de noche. Si tenían que acarrear agua durante la mitad de la noche, lo harían. Nickolai iba a probar al director que era posible trabajar mucho y descansar en sábado. También, quería que Yuri lo supiera, y Oleg y cualquier otra persona del campamento que fuera testigo de su persistente lealtad al sábado y a su Dios.

Pero, cuando las sombras se hicieron más largas sobre el paisaje siberiano, Nickolai sabía que no sería suficiente. Tendría que trabajar de noche, también. El sol estaba muy bajo en el cielo, cuando el ruido del carro retumbó por quinta vez en el campamento, y él sabía que necesitaba, por lo menos, una carga más esa noche, si iba a establecer alguna diferencia en los diez barriles extra que necesitaba para el viernes de noche.

Cuando Nickolai terminó de descargar el agua, dio vuelta el carro y se dirigió hacia la salida del campo, para hacer un viaje más hasta el manantial. Pero Maksim tenía otras ideas. Tiró del carro hasta sacarlo del camino y se dirigió hacia el establo, que estaba a unos cuarenta o cincuenta metros. Sin darse por vencido, Nickolai tiró fuerte hacia la izquierda, para guiar a Maksim de vuelta hacia el camino.

Era una batalla entre el hombre y el animal; el cerebro contra la bestia. Maksim no estaba acostumbrado a ir de vuelta al manantial a esta hora de la noche, pero Nickolai sabía que tenían que traer una carga extra de agua. Nickolai utilizó la vara, para convencer a Maksim.

—¡No te entra en la cabezota que estoy haciendo esto para tu propio bien! —gritó Nickolai—. Estoy tan cansado como tú —agregó con determinación tan obstinada que lo sorprendió hasta a él mismo—. ¡Pero, no importa! ¡Vamos a hacer esto, nos guste o no!

Nickolai se sintió mal por haberle gritado a Maksim así. El viejo buey estaba cansado. Había trabajado todo el día tirando de ese carro, yendo y viniendo al manantial. Ya habían acarreado cinco cargas de agua, y caminado lo que Nickolai calculó que debían de ser catorce o quince kilómetros. Y ahora caminarían otros casi tres kilómetros, trabajando durante dos o tres horas más.

Deseaba de alguna manera que Maksim entendiera la idea de que un día de descanso para el hombre en sábado significaría un día de descanso para el buey, también. Pero, se dio cuenta de que tendría que dejarle esa tarea a Dios. Solo el Creador del hombre y de la bestia sabía cómo hacer eso.

CAPÍTULO 23

A la mañana siguiente, Nickolai se levantó antes que todos. Estaba arriba antes de que alguno de los prisioneros se moviera siquiera, y antes que el director o los guardias. Se levantó incluso antes de que el cocinero comenzara a encender el fuego en la cocina. Pero, el sol ya estaba asomando en el horizonte y Nickolai calculaba que serían alrededor de las cuatro de la mañana.

Estaba un poco cansado por causa de la noche corta, y sus piernas estaban un poco adoloridas, pero las flexionó una y otra vez, para calentar los músculos. No podía darse el lujo de dormir o de aflojar ahora. Necesitaba estar arriba y comenzar el trabajo, saliendo hacia el manantial para poder traer todos los barriles de agua necesarios antes del sábado.

El sol todavía no había salido. Ni siquiera había comenzado a levantarse en el este cuando Nickolai se vistió, tomó una cantimplora con agua y se dirigió al establo para levantar al viejo Maksim. Por supuesto que era más temprano de lo que Maksim estaba acostumbrado, pero Nickolai logró ponerlo de pie y engancharlo al arnés.

El viejo buey miró a Nickolai cautelosamente, como si sospechara de cada movimiento del hombre. Y ¿por qué no? ¡Este hombre estaba loco! Instándolo durante todo el día a apurarse, empujándolo a que trabajara hasta cualquier hora de la noche, y ahora lo estaba levantando y sacando del establo a esta hora intempestiva.

Nickolai estaba apurado por salir. Creía que no tenía tiempo para comer un desayuno normal, pero se detuvo en la cocina, para llevarse una vianda. El cocinero ya se había levantado, y le dio un poco de pan y zanahorias para que se llevara. Nickolai sabía que podía ir a la cocina más tarde esa mañana, para comer un poco de *borsch* caliente y un poco de pan ruso; pero por ahora tendría que arreglárselas con esta comida fría.

El hombre y el buey se dirigieron hacia el oeste, saliendo del

campamento y dirigiéndose al manantial. Maksim conocía el camino aun en esta oscuridad. Podía hacer el camino sin que nadie lo guiara; podría haber recorrido el camino con Nickolai durmiendo en el carro. Lamentablemente, no había lugar en el carro. Los barriles eran demasiado grandes y llenaban todo el espacio.

La mañana estaba tranquila a esta hora, con el silencio de la naturaleza a su alrededor. El único sonido que quebraba la quietud de la mañana era el crujido del arnés de Maksim y el chirrido de las ruedas del carro. Aparte de eso, había poco que interrumpiera la mañana.

En la pálida luz antes del amanecer, Nickolai podía ver algunos lemingos que salían de las madrigueras que se habían hecho en los pastos aplastados que bordeaban el camino. Un poco más adelante, vio a una lechuza blanca posada sobre una roca escarpada, que se abría paso en el paisaje siberiano. Y, por supuesto, estaban las liebres árticas de color pardo, ahora en su camuflaje veraniego.

En un momento, Nickolai dio vuelta en una curva y repentinamente contuvo el aliento. Sentado en medio del camino había un lobo grande, con su cuerpo desgarbado, alto y delgado. Nickolai calculó que debía medir unos noventa centímetros de alzada. Y estaba sentado allí, con la mirada fija en el hombre y en el buey.

Maksim se detuvo durante unos pocos momentos tensos. Era obvio que el buey no sabía qué hacer. A Nickolai le pareció que tenía temor, porque podía ver cómo los músculos del cuello y de los hombros del buey se extendían y contraían.

¿Necesitaba preocuparse? ¿Estaba este lobo buscando una comida? ¿Volvería con el resto de la manada? El lobo finalmente se levantó y trotó, alejándose hacia el norte. Nickolai respiró un poco más tranquilo, después de que el lobo se fue. Nadie lo había alertado sobre la posibilidad de que los lobos lo atacaran allí, y Oleg y él no habían encontrado ninguno el día anterior.

Se consoló con la idea de que el lobo, probablemente, no fuese ninguna amenaza para ellos. Había lemingos en abundancia y lie-

bres árticas, para que el lobo cazara y comiera. Por supuesto, cuando llegara el crudo invierno a Siberia en octubre, Nickolai no estaba seguro de en qué lugar de la cadena alimentaria de una manada hambrienta de lobos figurarían él y el buey.

El alimento no era exactamente abundante para el hombre o para la bestia, en esa tierra desierta. El único otro ganado de gran tamaño en las estepas de Siberia era los renos, que viajaban en manadas esparcidas. O así le habían contado cuando le preguntó a Petya, el cocinero, durante una conversación que habían mantenido una noche en la cocina.

CAPÍTULO 24

Había sido en uno de esos días, meses atrás, cuando Nickolai acababa de salir de la caja y estaba tratando de recuperarse. Había logrado renguear hasta la cocina al final del día, para buscar algo de comer. Luego de la cena, se había quedado y ayudado a Petya a lavar la loza y a preparar la masa ácida del pan, para hornear al día siguiente.

Habían trabajado en silencio, hasta que Petya comenzó a hablar de cocina y de la cantidad limitada de ingredientes que tenía en el campamento. Estaba deseando conseguir algo de carne de reno ese invierno.

—Las manadas de renos vienen hacia aquí algunos años; otros años, nunca las vemos—dijo Petya, mientras cubría la masa con una toalla y la ponía a un lado—. Cuando vienen y podemos dispararles a algunos, apartamos la carne para un buen tiempo. Quince o veinte renos es un montón de carne, pero por supuesto, no se puede “estirar” demasiado, con trescientos hombres en el campamento.

Petya miró a Nickolai y arqueó las cejas.

—Supongo que estarás preguntándote dónde están las armas que se usan para cazar renos.

—Bueno, no había pensado en ello. Pero, ahora que lo mencionas, me lo pregunto, ya que no he visto armas en el campamento.

—Eso es porque no sacan las armas, a menos que vengan hacia aquí las manadas de renos. Creo que deben de mantener los rifles bajo llave en la oficina del director, o algo así. Nadie lo sabe con certeza. Nunca me lo dijeron.

Y continuó:

—Por supuesto que solo les dan rifles a los guardias, pero nadie les presta demasiada atención. Todos se contentan con tener algo de carne para comer; la carne de reno es bastante rica.

Petya comenzó a colgar las ollas y las cacerolas, para que se secan, y Nickolai hizo lo que pudo para ayudarlo.

—Si los renos no vienen por aquí, entonces tendremos que contentarnos con repollo, nabos, remolachas y cebollas, que cultivamos en la huerta. Se mantienen bastante bien, y en este clima frío podemos almacenarlos bajo tierra, en camas de paja.

Nickolai pensó en los vegetales que Petya había metido en el *borsch*, mayormente, repollo y remolachas. El *borsch* era algo que los rusos comían todos los días. No tener *borsch* en la comida principal era casi impensable.

Petya tenía brazos gruesos, por su trabajo en la cocina. Hacer pan, cortar los nabos y las remolachas, y lavar las ollas podían lograr eso en una persona. Era un hombre callado, y no parecía tener muchos amigos. Pero era un buen cocinero; todos lo decían.

—Eres un buen cocinero, Petya —le dijo Nickolai—. Especialmente, con los recursos limitados que tienes.

—Dices eso porque no tienes muchos conocimientos —insistió Petya, riéndose de buena gana, y Nickolai se rio también—. Has estado encerrado en esa caja demasiado tiempo. Siempre tienes hambre, y cualquier cosa que toque tu lengua te parece rica —agregó Petya.

Las reminiscencias de Nickolai terminaron cuando llegó al ma-

nantial. Mientras llenaba los barriles con agua, el sol finalmente se abrió paso con toda su gloria. Trabajó rápidamente para completar su tarea, y luego dio vuelta a Maksim y al carro. Parecía que estaban haciendo algún progreso, y Maksim estaba respondiendo bien a la urgencia que sentía Nickolai.

A este paso, Nickolai estaba seguro de que podría llevar al campamento seis cargas de agua: doce barriles. Y ¿quién sabe? Quizá pudieran hacer más que eso. En su mente, Nickolai no descartaba poder hacer siete viajes.

Toda la mañana Nickolai apuró al buey, sin dejar nunca de lado el palo, y no permitiéndole al buey descansar o hacer una pausa en el camino para comer un poco de pasto. Ese día era miércoles. Si podía lograr llevar catorce barriles de agua al campamento antes de irse a dormir, y otros catorce el jueves, solo tendría que llegar a diez el viernes. Eso le daría tiempo de ir y prepararse apropiadamente para el sábado, antes de que se pusiera el sol.

Pero Nickolai se estaba adelantando, y había juzgado mal la naturaleza de una bestia de carga. Cuando la mañana se transformó en tarde y el sol se dirigió hacia el oeste, el viejo Maksim comenzó a caminar más lento. Sus hombros se hundían un poco más, y la lengua le colgaba, cuando se detenían en el manantial o en el campamento para descargar los barriles llenos. Nickolai dejaba, por supuesto, que el buey tomara bastante agua mientras él llenaba los barriles en el manantial. Eso era eficiencia al máximo. ¿Por qué no darle un respiro a Maksim y que bebiera hasta llenarse, mientras Nickolai estaba ocupado llenando los barriles con agua?

Pero, cuando llegaron de vuelta al campamento, Nickolai se detuvo solo lo suficiente como para que Petya le alcanzara un poco de pan y un plato lleno de *borsch* colorado. En estos momentos, Nickolai no le daba a Maksim la posibilidad de beber más que unos sorbos.

Y así siguieron, con Maksim cada vez más cansado, y caminando cada vez más lento en cada tramo del camino. Para el final de la tarde, era obvio que apurar a Maksim le había agotado las energías y su

disposición a seguir; de hecho, el quinto viaje hasta el manantial les llevó más de tres horas. El sol estaba tan bajo en el cielo ahora que Nickolai se dio cuenta de que les iba a costar acarrear la sexta carga de agua, y tendrían que trabajar hasta tarde en la noche, para lograrlo.

Se sentía muy frustrado con Maksim a medida que el tiempo pasaba; pero ¿qué podía hacer? Estaba decidido a que tendría que hacer trabajar más al buey. ¡No tenía otra opción! Tendrían que apurarse más para traer el agua antes del sábado. Nickolai había avanzado demasiado con su plan, como para rendirse ahora.

Con una resolución más firme, Nickolai prometió que ¡haría trabajar a Maksim aunque fuera lo último que hiciera! Pero Nickolai sabía que, para que esto sucediera, algo tenía que cambiar. Tendría que cambiar la forma en que Maksim hacía las cosas. Para modificar la conducta del animal, tenía que obligarlo a obedecer, ya fuera castigándolo por su mala conducta o recompensando su obediencia.

Se avergonzó cuando se dio cuenta, repentinamente, de que eso era exactamente lo que el alcaide había estado tratando de hacer con él. El alcaide lo había puesto una y otra vez, obstinadamente, en la caja de madera, intentando quebrarlo.

—¿Es eso lo que te estoy haciendo? —preguntó incrédulamente Nickolai, mientras observaba a Maksim—. ¿De eso se trata todo esto?

Los lemingos, a lo largo del camino, detuvieron sus chillidos y se sentaron, para escuchar el debate. Las liebres árticas, que exploraban los pastos de la estepa, estiraron sus orejas, para oír el veredicto final.

Durante largos minutos, Nickolai dio vueltas a la idea en su cabeza, pero de pronto saltó de su ensimismamiento.

—¡No hay tiempo para eso ahora! —argumentó, mientras su mente iba y venía en la dirección opuesta—. No tengo tiempo para sentir lástima de un buey que no quiere trabajar duro. ¡Si yo puedo hacerlo, tú también puedes!

Nickolai no aflojó.

—Te empujaré todo el día, Maksim, y toda la noche, si es necesario. ¡No voy a parar a comer o a dormir!

Frustrado, le pegó a Maksim en el anca con el palo, y el viejo buey saltó hacia adelante. Maksim iba a trabajar duro todo el día todos los días, ¡Nickolai se ocuparía de ello!

Por supuesto, al final de la semana Maksim iba a tener el sábado libre, igual que Nickolai. El pastor sonrió, a pesar de su irritación. Cualquier descanso para Nickolai sería un descanso para Maksim, también. Llegado el sábado, estaría acostado en su establo, disfrutando del pasto de la estepa amontonado hasta arriba en su pesebre.

CAPÍTULO 25

El jueves de mañana, Nickolai se levantó todavía más temprano que el día anterior. Pero, sus peores temores del día anterior se habían cumplido: aunque lo intentó con todas sus fuerzas, solo logró acarrear seis cargas de agua.

Mientras pensaba en todo lo que había trabajado hasta tarde en la noche, se descorazonó. ¿Qué más podía hacer que no hubiera hecho? Aparte de darse por vencido, parecía no haber respuestas.

Cuando Nickolai se dirigió a los establos, Maksim parecía apático y cansado, como si ya hubiera utilizado toda su ración de energía para el día. Al salir del campamento, el viejo buey caminaba con la cabeza gacha y sin luz en los ojos. Ni siquiera miró en dirección a Nickolai, cuando el hombre trató de darle su comida preferida, una zanahoria.

Nickolai sabía que estaba pagando el precio de haber forzado a Maksim al límite dos días seguidos. Y, de alguna triste manera, parecía lo correcto. Había ignorado la lógica del sentido común y la bondad de su corazón, que le decía que debía ser más bondadoso con el animal. Prevaleció la justicia de la ley de las probabilidades, y Nickolai no podía negar que debía ser así.

Hora tras hora, el buey caminó lentamente, sin ningún sentido

de la urgencia que sentía Nickolai. Había trabajado horas extra dos días seguidos, y ahora parecía estar pensando que merecía ir un poco más lento. Después de todo, no era su cuello el que estaba en juego. ¿Por qué trabajar más rápido simplemente para cambiar un día por otro? Por supuesto, no sabía nada acerca del sábado de Nickolai ni de la importancia de la confrontación entre el predicador y el alcaide.

El sol pasó su zenit y la mañana se transformó en tarde. Cúmulos blancos de nubes se movían rápidamente, a través del paisaje ahora verde con los cortos pastos del verano. Unas pocas flores blancas de cardamomo miraban fijamente al hombre y al buey, mientras pasaban con el carro del agua crujiendo.

De pronto, un lobo solitario salió a observarlos otra vez. Esta vez, se sentó en una elevación al sur, siguiendo cada uno de sus movimientos como si el hombre y la bestia fueran la mejor fuente de entretenimiento que había tenido en días.

Pero, Nickolai apenas lo notó. Se estaba desanimando cada vez más, a medida que avanzaba la hora. Todos sus esfuerzos por trabajar duro y alcanzar la cuota de barriles para la puesta de sol del viernes no estaban sirviendo de nada; no iba a alcanzar. Nickolai lo podía sentir en los huesos. No había tiempo suficiente.

Nickolai llenó los barriles por tercera vez ese día, y luego dio vuelta el carro nuevamente. Mientras caminaba arduamente por el camino, Nickolai hizo las cuentas una vez más. Se necesitaban 10 barriles de agua por día; 50 para el viernes de noche, para no tener que acarrear ninguno en sábado. Dos barriles de agua por viaje significaban que tenía que hacer 25 viajes en solo 4 días.

Con las 6 cargas que había acarreado el martes y las 6 del miércoles, necesitaba un total de 13 más. Eso significaba que tendría que hacer, por lo menos, 7 hoy, y quizá 6 el viernes.

¿Cómo iba a lograrlo? No había alcanzado a traer 7 ningún día, y hoy Maksim estaba trabajando más lento todavía. Siete cargas parecía un imposible.

A esta velocidad, era imposible que lo lograrán antes del viernes

de noche. Si hubiera comenzado a trabajar el domingo, quizá podría haber hecho un viaje extra por día. Tal vez podría haber llegado a la cantidad requerida de barriles para el viernes de noche.

Ahora, el viejo Maksim estaba cojeando un poco, y su paso se había vuelto cada vez más lento, hasta que casi parecía ir a paso de tortuga. Nickolai, finalmente, detuvo al viejo buey y examinó la pata. Tenía una piedra adherida, así que, Nickolai se la quitó.

Se puso de pie nuevamente y suspiró, antes de palmear a Maksim en el anca. No tenía mucho sentido seguir usando el palo para apurar a Maksim, así que lo dejó seguir a su propio paso.

Finalmente, llegó la noche, aliviando la miseria de Nickolai y la de Maksim. Había que acarrear solo 5 cargas desde el manantial. Diez barriles de agua: esa era una buena cantidad para un día de trabajo, pero no era suficiente para acercarse a la meta de Nickolai.

La confianza de Nickolai estaba desapareciendo. Había pensado que el descanso del sábado sería algo seguro. ¿Acaso Dios no quería que tuviera su sábado libre? ¿Qué había salido mal? ¿Por qué no habían funcionado las cosas entre él y el viejo Maksim? ¿Por qué no lo había ayudado Dios a alcanzar la cantidad de cargas que necesitaba para llenar su cuota el viernes de noche? ¿Tenía Dios otros planes? ¿Quería Dios que pasara otros diez días en la caja? ¿Había sido ese el plan original de Dios para Nickolai?

Nickolai frunció el ceño. No importaba. Sabía que no trabajaría en sábado aun con un ultimátum del alcaide arriba de la cabeza.

¡Parecía no haber salida! ¡No tenía hacia dónde volverse!

CAPÍTULO 26

Ya Nickolai no sabía qué le tenía reservado Dios. Estaba completamente perdido en cuanto a qué esperar, o qué hacer.

Dieciséis barriles de agua. No había forma de que pudiera acarrear tantos barriles antes de la puesta del sol al día siguiente: diez para el viernes, y luego seis más, para completar los diez que se necesitaban para el sábado. No había tiempo.

Nickolai había hecho su parte durante toda la semana, pero le parecía a él que Dios no estaba haciendo la suya. No había respondido las oraciones de Nickolai; por lo menos, no todavía, y ciertamente no de la manera en que Nickolai pensaba que debían ser las cosas. Y todas las apariencias indicaban que la ventana de las oportunidades se estaba cerrando rápidamente.

Todo esto había desanimado a Nickolai por completo. ¿Obtendría el sábado libre? Su fe quería decir que sí, pero su lógica le decía que no. Había trabajado hasta tarde el miércoles, y luego hasta muy tarde el jueves, pero solo tenía cuatro barriles extra de agua para mostrar por todo su trabajo.

Nickolai pasó largo rato sobre sus rodillas, en oración ferviente esa noche; hasta perdió precioso sueño para hablar con su Padre celestial. Tenía que encontrar una manera de resolver su dilema. Tenía que tener éxito, de alguna manera.

Finalmente, cayó en un sueño inquieto. En algún momento de la noche se despertó, aún sobre sus rodillas, en oración.

Mientras Nickolai se subía a la cama, un pensamiento repentino lo golpeó con fuerza. ¿Podría ser que todos sus esfuerzos por traer agua al campamento hubieran sido hechos en sus propios términos? ¿Sería posible que hubiera estado tan ansioso por ganarse el descanso sabático que había comenzado a confiar en sus propios esfuerzos?

Le vino a la mente una historia bíblica, y Nickolai se preguntó si su situación estaba probando ser similar, de alguna manera.

Dios había llamado a Gedeón para que liderara a las tribus israelitas contra un enemigo común, los amalecitas. Los israelitas convocaron a las armas, y miles respondieron al llamado de Gedeón. De hecho, lo hicieron 32.000 personas, ansiosas por ir a la batalla y listas para servir. ¿Era realmente así?

Evidentemente, Dios veía las cosas de manera diferente de como las veía Gedeón.

Se les dieron dos pruebas. Primero, se le dijo a Gedeón que hiciera volver a todos los soldados que tuvieran aunque fuera un poco de temor; y en segundo lugar, se dijo a todos, menos trescientos hombres, que se fueran, porque no estaban realmente preparados.

Gedeón estaba consternado, porque Dios esperaba tanto teniendo tan pocos con los cuales trabajar; y exactamente así se sentía Nickolai en este momento. ¿Cómo iba a guardar el sábado como día santo, si ni siquiera tenía el tiempo o al buey de su lado?

Nickolai esbozó una sonrisa en la oscuridad. En estos momentos, se sentiría feliz si pudiera tener a trescientos bueyes de su lado.

Se sonrió, y trató de volver a dormir. Al igual que Gedeón, Nickolai estaba comenzando a darse cuenta de que aun si fuera posible traer suficientes cargas antes del viernes a la puesta de sol, el triunfo y el crédito no serían de él. Había querido hacer las cosas a su manera, aunque su motivación y sus intenciones habían sido puras. Era solo que los planes habían sido únicamente suyos.

Él sabía que Dios quería que tuviera el sábado libre; no había dudas en cuanto a eso. Desde el día en que Nickolai llegó al campamento de prisioneros, había honrado el sábado; y había sufrido por ello. Pero, Nickolai agradecía cada día a Dios porque no se había dado por vencido ni abandonado su lealtad al santo día de Dios.

Pero, el tiempo de prueba, evidentemente, no había terminado. Esta vez, no estaba siendo probado siendo encerrado en una caja. Era un tipo de prueba diferente, que requería una cantidad increíble de energía, determinación y paciencia.

Pero, al final, sabía que la victoria sería de Dios. Dios sin duda estaba obrando las cosas para un propósito aún mayor que el que podía imaginar Nickolai. ¡Tenía que ser eso! ¿Qué otra cosa podía ser?

Si Nickolai estaba siendo probado como Gedeón, entonces tenía que dejar de lado sus propios planes, para dejar lugar a los planes de Dios. La forma en que Nickolai había estado haciendo las cosas dejaba

poco lugar a que los hombres del campamento le dieran crédito a Dios por cualquier cosa parecida a un milagro. Nickolai estaba comenzando a ver que si Dios hacía las cosas a su manera, no podrían negarlo.

Se sentía bien entregarle todo a Dios otra vez. Nickolai siempre había creído en entregarle el control completamente a Dios. Era como su segunda naturaleza hacerlo, y lamentaba haberse desviado.

En algún momento antes de quedarse dormido, su mente se dirigió una vez más a uno de sus versículos bíblicos preferidos: “A los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados” (Rom. 8:28).

CAPÍTULO 27

La mañana llegó demasiado pronto para Nickolai. Después de todos los momentos de desánimo de los dos días anteriores, Nickolai había comenzado a vacilar en su fe.

Y luego recordó que se había despertado por la noche a un momento de inspiración, a una experiencia de epifanía asombrosa, en el sentido de que su experiencia era en realidad muy bíblica. Al igual que Gedeón, Nickolai se dio cuenta, una vez más, de que tendría que confiar en su Padre celestial. Tendría que colocar su confianza en aquel que podía hacer que todas las cosas obraran para bien.

El día y el último desafío habían llegado, y Nickolai salió a enfrentarlos. Se apresuró hasta el galpón para levantar a Maksim, a fin de realizar la tarea del día. Pero, para su sorpresa, Maksim ya estaba de pie, con las patas inquietas y los ojos completamente alertas.

—¡Bueno, bueno, qué cambio! —musitó Nickolai—. Nunca estás parado tan temprano por la mañana! —dijo al viejo buey dándole un golpecito en el anca, pues cada día que había llegado al establo, siempre encontraba a Maksim acostado.

Pero, ahora Maksim estaba tirando de la cadena, listo para salir. Nickolai le puso el arnés a Maksim sobre el cuello y lo ató.

—¡Vamos, muchacho! —anunció alegremente—. ¡Vamos a trabajar!

Por un momento, el corazón de Nickolai se alegró al pensar en el alto nivel de energía de Maksim. Era alentador, y hasta refrescante, ver al animal finalmente en sintonía con el hombre. Por supuesto que era un poco tarde para eso, pensó Nickolai para sí.

Pero, cuando Nickolai guió a Maksim fuera del cobertizo y lo enganchó al carro, el animal salió corriendo para adelante, como si estuviera en camino a una carrera. A Nickolai le hubiera gustado detenerse en la cocina para buscar algunos nabos fríos y pan ruso, como había hecho otras mañanas de esa semana, pero no pudo. El viejo Maksim salió corriendo del campamento, y lo único que pudo hacer Nickolai fue tratar de mantenerse a la par de él. De hecho, Nickolai terminó corriendo todo el camino hasta el manantial detrás de Maksim y del carro, que iba saltando y rebotando.

Cuando Maksim finalmente detuvo el carro, estaba con la lengua afuera, y su suave piel beige estaba mojada con sudor. Nickolai trató de recuperar el aliento, mientras se acercaba al buey, que también respiraba pesadamente.

—¡Guau! ¿Qué fue todo eso? —fue lo único que pudo decir Nickolai, mientras Maksim estaba parado con la cabeza gacha y con los ojos dándole vueltas.

Nickolai llenó los barriles con agua y sacó una soga del carro, para atarlos bien. En caso de que a Maksim se le ocurriera correr nuevamente, Nickolai quería estar seguro de que los barriles se mantuvieran sobre el carro.

Miró nuevamente al buey. ¿Qué le pasaba a este animal? El día anterior, toda la operación casi se había detenido porque Maksim no tenía energías. Ahora, tenía suficiente energía como para diez bueyes, y parecía que estaba corriendo para batir todos los récords. Era como si alguien hubiera encendido un fuego debajo de él.

Nickolai sabía que no podía darse el lujo de quedarse allí pa-

rado, pensando en este asombroso espectáculo que había ocurrido delante de sus ojos. Necesitaba capitalizar la oportunidad que le estaba ofreciendo Maksim, el regalo que Dios le había dado.

Rápidamente Nickolai puso las tapas de madera sobre los barriles. El viejo buey había hecho el viaje en tan poco tiempo que Nickolai se preguntaba, exactamente, cuán rápido había sido.

Pero no tenía tiempo para pensar en esto porque, repentinamente, como si estuviera respondiendo a una señal, el buey partió nuevamente. Tiró del arnés hasta que el carro comenzó a avanzar a buena velocidad. El viejo buey se estaba moviendo a una velocidad impensada.

Pero, lo más extraño de todo era la forma en que Maksim lo hacía. Su gran cuerpo anguloso se deslizaba en movimientos fluidos. Su marcha era continua y suave; tiraba del carro sin que fuera a los tumbos, como ocurría generalmente en el juego entre el arnés y la barra del carro.

Y de pronto, Nickolai recordó un sueño que había tenido al comienzo de la semana, acerca de Maksim y él corriendo hacia el manantial. Había sido una maravillosa fantasía en ese momento. Ahora, era una emocionante realidad.

Nickolai sabía que nunca más vería algo como esto. Era notable cómo el viejo animal había corrido hasta el manantial en el primer viaje; pero el viaje de regreso fue todavía más increíble. Nadie le creería si se lo contaba. Tendrían que verlo para comprenderlo. ¿Cómo podía explicarles la visión peculiar de un buey trotando a paso vivo con barriles de agua cargados sobre un carro en un camino desierto, en las regiones áridas de Siberia? ¡Todo esto era asombroso!

Y ahora, él y Maksim estaban logrando una velocidad increíble. El viejo buey corría, corría y corría. No había dudas, en la mente de Nickolai, de que Dios era la fuente de la energía inagotable de Maksim. Era maravilloso ver a Dios mostrándose de esta manera milagrosa. Era verdaderamente una maravilla, y una inspiración para el predicador.

La pregunta real era ¿por qué ahora? ¿Por qué había esperado Dios hasta el último día, para ayudar a Nickolai? Por supuesto que Nickolai sabía la respuesta a esa pregunta. Dios quería quitar toda duda de la mente de Nickolai de que había algo que él pudiera hacer para obrar esta historia milagrosa.

CAPÍTULO 28

La mañana pasó volando. Para el mediodía, ya habían hecho cinco viajes. Nickolai estaba mudo de asombro. ¿Qué podía decir? Dios estaba realizando un milagro asombroso, y lo estaba haciendo de una manera que Nickolai nunca habría podido predecir.

Toda la tarde ambos se movieron de prisa. Nickolai se cansó muchísimo de correr detrás del buey y del carro. Era casi ridículo. Toda la semana había estado intentando que el buey corriera, pero había fracasado miserablemente.

Ahora, era él quien corría para mantenerse cerca del buey, y se estaba cansando. Después de sus idas regulares a la caja, sus músculos se habían atrofiado. Pero, esa era otra parte increíble de este asombroso milagro: Nickolai tenía energía y el pleno uso de sus piernas. Es verdad que sus músculos ya no estaban tan firmes y fibrosos como antes, pero no se estaba quedando atrás, y sus piernas no le estaban fallando. ¡Eso era algo asombroso!

Aunque estaba llegando al agotamiento y le faltaba el aliento, no se permitía subir al carro, aunque fuera solo para ir hasta el manantial con los barriles vacíos; sabía que no podía darse el lujo de cansar al buey. El viejo Maksim debía de estar llegando al punto de agotamiento. ¿Cómo podía mantener esa velocidad e intensidad durante tantas horas?

Nickolai seguía pensando que el buey se caería en cualquier mo-

mento, pero no lo hizo. Siguió, y siguió y siguió. ¡No era menos que un milagro! Sin sombra de dudas, nada menos que el Espíritu de Dios estaba manteniendo a ese buey sobre sus patas.

Era emocionante cómo se habían dado las cosas. Nickolai no se animaba a detenerse, por temor a perder el envión que había alcanzado Maksim. Para cuando las sombras de la tarde se estaban convirtiendo en noche, habían completado siete viajes hasta el manantial. Solo les quedaba hacer un viaje más.

¿Lo lograrían antes de la puesta de sol? ¿Estaría forzando su suerte Nickolai, al hacer un viaje más?

Afortunadamente, Maksim tenía sus propias ideas. Cuando Nickolai dio vuelta el carro y se detuvo un momento para observar el ángulo del sol en el cielo, el buey se dirigió hacia la salida del campamento sin ninguna vacilación.

Nickolai estaba muerto de hambre, pero no tenía elección. Tenía que seguirlo. Había logrado tomar un pan cuando pasó por al lado de la cocina cerca del mediodía, pero eso era todo lo que había comido.

El último viaje al manantial fue el más difícil de todos. A Nickolai le parecía que nunca terminaría. Maksim estaba yendo un poco más lento ahora, pero la detención en el manantial le dio un descanso muy necesario. Bebió mucho y por largo tiempo en el manantial, como lo había hecho tantas veces ese día.

Cuando Nickolai puso las tapas sobre los barriles y giró el carro, Maksim salió, como en todos los viajes anteriores. Nickolai nuevamente tuvo que correr para seguirle el paso al buey; pero ambos parecían tener más resistencia ahora, y era como si nada pudiera detenerlos. Dios realmente los había bendecido con la voluntad y la energía para que tuvieran éxito. El descanso sabático se vislumbraba como muy bueno en este momento.

¡Nunca en su vida había esperado con tantas ansias descansar en el día santo del Señor! ¡Nunca había estado tan seguro de que Dios estaba obrando un milagro, detrás de bambalinas, que superaría

todos los milagros! Y todo, a favor de un pastor ruso que se había dedicado a honrar a Dios y su recordativo de la Creación.

Mientras corrían a través de las estepas de las llanuras siberianas, las sombras comenzaron a alargarse más todavía. Muchas criaturas comenzaron a moverse al anochecer. Los lemingos se estaban reuniendo en grupos en las colinas de pastos de la tundra, chillando y conversando en su idioma roedor. Un solitario búho nival nuevamente los observó, desde su percha de pasto de la tundra. Y, en una elevación hacia el norte, media docena de lobos rusos de las praderas estaban sentados, esperando que apareciera la luna. Los observaron con interés, mientras el hombre y el buey pasaban corriendo con el carro golpeando y rebotando.

Asombrosamente, Nickolai ni siquiera pensó en los lobos. En otro momento hubiera tenido miedo por la cantidad, y quizá debería haber estado atemorizado; pero, honestamente, no tenía tiempo para pensar en eso. Tenía que prepararse para el sábado, y el campamento ya estaba a la vista, del otro lado de la curva. Este no era momento para temer el ataque de los lobos. Dios había realizado un milagro para el predicador y el buey, y en este momento Nickolai estaba seguro de que ni cien lobos podrían haberlos detenido.

Maksim entró en el campamento, trotando todavía. Solo cuando el carro se detuvo al lado de la cocina, sus patas dejaron de dar vueltas. Recién entonces el hombre se dio permiso para detenerse y recuperar el aliento.

Allí había ocho barriles llenos de agua, esperando ser usados al día siguiente. El sol todavía no se había puesto, pero estaba muy cerca de hacerlo. Con la ayuda de Dios, Nickolai había completado la tarea imposible que se había propuesto hacer.

Mientras deslizaba los barriles por la rampa colocada junto al carro, Nickolai inclinó la cabeza y dio un suspiro de alivio. ¡El milagro estaba completo! ¡No había otra explicación, para el trabajo que habían podido realizar! Dios verdaderamente había hecho su parte.

En las sombras del día que caía, le vino a la mente un versículo

muy conocido. “No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos” (Zac. 4:6).

Nunca en la vida de Nickolai un versículo bíblico había tenido tanto significado. Nunca un texto había tenido un sentido tan rico. Nickolai había triunfado en la prueba que había amenazado su fe, y la victoria era más dulce que cualquier otra que había experimentado o siquiera imaginado.

CAPÍTULO 29

Los últimos rayos del sol poniente estival estaban atravesando el paisaje, cuando Nickolai llevó a Maksim al establo. Desenganchó rápidamente a Maksim del carro, y le sacó el arnés del cuello y los hombros. Luego, le dio al cansado buey un poco de pasto y unas palmadas en las ancas.

—Quiero que disfrutes de tu descanso, Maksim. ¡Te lo mereces! —se dirigió hacia la puerta del establo, y se dio vuelta hacia el buey por última vez—. Espero que sepas que no voy a venir a buscarte mañana por la mañana. No tenemos que trabajar mañana. Nos hemos ganado un descanso, ambos, ¡y vamos a disfrutarlo!

Nickolai fue entonces hasta uno de los barriles, sacó un poco de agua con un balde de madera, y se dirigió a la barraca. Era hora de un buen baño.

Después de ponerse la única otra camisa y par de pantalones que tenía, se dirigió a la cocina para comer algo, antes de que Petya cerrara la cocina por la noche. Como siempre, llegó tarde a la cena; pero, como siempre, Petya lo esperaba con un plato de *borsch*. También, tenía pan negro y una muy especial tajada de queso.

—¡Bueno, esto sí que es una exquisitez! —sonrió Nickolai, mientras saboreaba cada bocado de queso amarillo—. ¿Dónde lo conse-

guiste? Debe ser el mejor bocado que he visto en el campamento hasta ahora.

—Un anciano que vive no muy lejos de aquí tiene unos pocos renos, que ha domesticado. Ordeña a algunas de las hembras y hace queso. Me sorprendió —agregó el cocinero, cortando una tajada fina para él—. Tiene bastante buen sabor, para ser queso de reno; pero bueno, nunca antes había comido queso de reno, así que supongo que no sé qué sabor debe tener.

Luego de la cena, Nickolai se dirigió tranquilamente hacia la oficina del director, para darle la noticia: había logrado acarrear los barriles de agua necesarios para las horas del sábado.

El alcaide levantó la vista de su escritorio, sorprendido.

—¿Tiene diez barriles llenos de agua aquí, en el campamento?

—Sí, señor.

Nickolai intentó no parecer demasiado feliz. No quería que el alcaide pensara en alguna tarea extra que necesitaba que hiciera. Eso sería un truco sucio, aun para el alcaide, pensó Nickolai.

—Muy bien, entonces, Panchuk. Vaya y descanse. Se lo merece. Entiendo que ha estado trabajando hasta muy tarde.

El alcaide se dio vuelta, para seguir con lo que estaba haciendo.

—Oh, y Panchuk —agregó, mientras miraba a Nickolai por encima de sus anteojos con marco de carey—, ¿qué le pasó hoy al buey? Me dijeron que el animal se había vuelto loco; que no dejaba de correr.

Nickolai sonrió tímidamente.

—Sí, señor, estaba un poco alterado.

—¿Alterado? —el alcaide casi rompió en carcajadas—. ¡De acuerdo con todos los que lo vieron, estaba más bien como... loco!

—Sí, señor, tengo que concordar con usted en eso. Un poco loco. No puedo responder por eso, pero... bueno... estaba... digamos que Dios nos ayudó a traer el agua.

¿Cómo podía Nickolai explicar lo que realmente pensaba? ¿Que Dios había espantado al viejo buey? ¿O le había puesto un bicho en la oreja? ¿O le había dado una inyección de adrenalina?

Quizá debería haberle hablado más al alcaide del poder de su Dios. Probablemente; pero no importaba, porque el alcaide no quería saberlo realmente, y lo estaba despidiendo.

Y así comenzó el sábado para Nickolai. No hizo alarde de su tiempo libre. En lugar de ello, permaneció adentro de la barraca y oró la mayor parte del día. Los otros prisioneros se dirigieron a sus trabajos, así que tuvo tiempo para estar solo. Hasta los guardias lo dejaron tranquilo.

Una y otra vez agradeció a Dios por el milagro realizado en su favor. Dios había hecho en verdad algo maravilloso, y lo había hecho con un buey tonto. Todo esto le recordaba a Nickolai la historia bíblica en la que Dios usó a un asno como su portavoz.

El asno realmente no había querido tomar parte en toda esa aventura. Pero, al igual que Maksim, había sido atraído, sin quererlo, a la gran trama de la historia cuando Balaam decidió desobedecer a Dios. En el camino a Moab, un ángel de Dios trató de evitar que Balaam y su asno continuaran en su misión de maldecir a Israel. Balaam no sabía eso, por supuesto, y dio al asno la paliza de su vida. El pobre asno hizo una buena pataleta y comenzó a hablar.

Nickolai pensó en las similitudes entre Maksim y el asno de Balaam. Al igual que el asno de Balaam, Maksim había sido usado por Dios para ser su testigo. Al igual que el asno, Maksim había formado parte de un maravilloso milagro, que sería relatado una y otra vez a lo largo de los años.

El día resultó ser un gran día de descanso y relajación para Nickolai, y disfrutó con placer del fruto de su labor. No podía recordar cuándo había sentido tanta paz. Durmió un poco. Se lo merecía, pensaba, por todas las noches de poco dormir, y por haber tenido que correr detrás del carro todo el viernes. Calculaba que había corrido unos 24 o 25 kilómetros ese día.

Nickolai se dirigió al comedor cerca de la puesta de sol. Todos los hombres habían comido cuando él llegó, así que Petya lo dejó entrar en la cocina y comer allí, así podían conversar.

CAPÍTULO 30

—¿Es verdad? —preguntó el cocinero, con un brillo de admiración en los ojos.

Nickolai sonrió humildemente.

—¿Estás hablando del viejo Maksim?

—Exactamente. Sé que lograste tu cuota de barriles; pero también escuché que trajiste ocho cargas de agua en un día.

Nickolai se encogió de hombros y siguió sonriendo.

—¡Esos son 16 barriles de agua, predicador!

Nickolai sabía que Petya no se estaba burlando de él. El nombre sonaba más como un nombre afectuoso, al provenir de Petya.

—Es así. Es más de lo que alguna vez pude hacer antes.

—¡Ja! —gruñó Petya—. Oí que es un récord. Más de lo que cualquier otro haya traído en un día.

—No puedo tomarme el crédito por toda el agua que acarreeé ayer.

Petya lo miró con las cejas arqueadas.

—Es así. ¿Sabes? Soy un hombre de oración, Petya. Después de dos años en la caja, aprendí a depender de Dios para todo. Él me ayudó a soportar el dolor y el hambre. Me dio paz mental cuando más la necesitaba. Y le agradezco especialmente por la vida. Le debo mi vida, muchas veces.

—¿Así que tu Dios te ayudó a acarrear toda esa agua? ¿Cómo lo hizo?

—Dándole al viejo Maksim una supercantidad de fortaleza y energía, e inspiración. Fuerza para trabajar todo el día, corriendo constantemente, sin detenerse ni siquiera para comer. E inspiración, para hacerlo en primer lugar. Un poco de agua fue todo lo que tuvo, y unas pocas zanahorias que le llevé.

Petya sacudió la cabeza.

—A mí me parece casi increíble la parte acerca del buey. ¿Se enteró de esto el director?

—No creo. Yo no le dije. Él no me preguntó.

Petya estaba sentado en un banquito, mirando a Nickolai.

—¿Le pediste a Dios que hiciera eso por ti?

—No le pedí específicamente que hiciera eso por mí, porque no sabía que fuese posible —dijo Nickolai, sacudiendo la cabeza—. Pero, sí le pedí a mi Dios que me ayudara a encontrar alguna manera de acarrear suficiente agua para no tener que trabajar en sábado.

—Así que a Dios se le ocurrió eso, ¿no es así? ¡Buena idea! —Petya parecía pensativo—. ¿Ayuda tu Dios a todo el que se lo pide?

—A todo aquel que va a él con fe. Todos los que lo buscan con todo su corazón, su alma y su mente.

—Y ¿eso es lo que tú haces?

—Como pastor cristiano, debo decir que siempre he hecho eso, por su gracia.

Hubo silencio en la cocina por unos cuantos minutos. El único sonido que se podía oír provenía de la cocina caliente, que hacía pequeñas explosiones y chasquidos mientras se enfriaba.

—¿Haría él algo así por mí? —preguntó Petya sinceramente, y Nickolai apenas podía creer lo que escuchaba.

Aquí había un hombre queriendo que Dios entrara en su vida y lo tocara. Este hombre estaba haciendo la pregunta esencial de cada buscador que haya acudido alguna vez a Jesús: “¿Qué debo hacer para ser salvo?”

Nickolai se acostó esa noche inspirado y energizado para otra semana. Qué traería la semana, nadie lo podía adivinar; pero, una cosa era segura: esta semana tendría más tiempo, y ni él ni Maksim tendrían que matarse trabajando. No necesitaría agotar al buey cada día, para traer el agua que necesitarían. Esta semana, debía traer setenta barriles en seis días.

Al día siguiente, más temprano que lo usual, Nickolai estaba en el establo engancho a Maksim al carro. Pero extrañamente, Maksim no tenía ningún apuro por ponerse en movimiento. Era como si toda la energía hubiese desaparecido de sus huesos; como

si hubiera usado el viernes toda la energía del domingo. Intentara lo que intentara, Nickolai no podía hacer mover al viejo Maksim.

Para el final del día, habían logrado traer solo diez barriles de agua, y habían tenido que trabajar después de la puesta de sol, para lograrlo.

El lunes no fue mejor. Parecía que cuanto más apuraba Nickolai a Maksim, más lento se movía el buey. ¿Sabía el viejo buey algo que Nickolai no sabía? ¿Estaba jugando algún juego tonto, solo para hacerle la contra al hombre? ¿Se trataba de otra confrontación, en la que Maksim hacía lo que quería y cuando quería?

¿O nada por el estilo? ¿Había sido el viernes anterior solo un raro accidente de la naturaleza? ¿Había sido un fenómeno increíble, inexplicable, de comportamiento animal, que nadie había visto antes, y que nadie más vería otra vez?

Nickolai había esperado que el martes podría compensar las cargas que no había podido acarrear los primeros dos días de la semana. Pero, el martes fue frustrante también; y el resultado preocupó a Nickolai, dejándolo frustrado y confundido.

Se estaba levantando tan temprano cada mañana que, a veces, se preguntaba si estaba perdiendo su contacto con la realidad. ¿Qué clase de vida era esta? Se acostaba después que todos los demás, y se levantaba antes que alguien se moviera en el campamento. Cuando amanecía, generalmente, él y Maksim ya estaban en camino al manantial.

El miércoles adelantaron algo. El viejo Maksim parecía nuevamente tener nueva vida en sus pasos, y se movió con propósito toda esa mañana.

Para la mitad de la tarde, Nickolai se dio cuenta de que podrían traer, por lo menos, siete cargas ese día. Eran cuatro barriles extra, hacia su meta de diez. Nickolai todavía se aferraba de la esperanza de que podría llenar su cuota antes del viernes de noche.

Maksim se estaba moviendo con ganas ahora, y no decayeron sus fuerzas en todo el día. Nickolai se sentía bien por el promedio que estaban logrando ahora, y se descubrió cantando un antiguo himno.

“Eterno Dios, mi Creador, mi amparo en aflicción, tú has sido mi Consolador en toda ocasión. Mi vida bajo tu ala está, seguro habitare; tu Espíritu me ayudará y en calma andaré”.

Nickolai podía sentir el poder del Espíritu Santo al lado de él allá, afuera, en el solitario camino al manantial. Levantó sus manos al cielo, mientras cantaba la última estrofa del himno con su rasposa voz de barítono.

“Eterno Dios, mi Redentor, confío solo en ti; sé tú mi Guía, oh Señor, en mi camino aquí”.

Esa noche, Nickolai se acostó sintiendo que el día había sido un éxito. Pero, secretamente, temía la llegada de un nuevo día. ¿Qué posibilidades tenía de completar la cuota? Su única esperanza era poder, de alguna manera, acarrear siete cargas ese día. Siete cargas el jueves les daría un total de ocho barriles, de los diez extra que necesitaban; pero sabía que no podía acarrear menos. Y, aun con eso, necesitaba hacer seis viajes el viernes.

Lamentablemente, el jueves fue una bomba nuevamente. Maksim volvió a sus viejos trucos de caminar lentamente, por el camino barrido por el viento hacia el manantial. Si la situación no hubiera sido tan seria para Nickolai, se habría tomado tiempo para sentir lástima por el viejo buey. Ahora, todo el tiempo que tenía era para exasperarse.

Al final del día, solo habían logrado traer diez míseros barriles. Solo habían hecho cinco viajes; dos menos de los que se había propuesto. Ahora les faltaban seis barriles extra, del total que necesitaban antes de la puesta del sol del viernes.

Y, al darse cuenta de esto, de todo lo que le faltaba para lograr su meta, todas las esperanzas de Nickolai se derrumbaron.

CAPÍTULO 31

El viernes de mañana, Nickolai ni se molestó en levantarse temprano. ¿Para qué? Era imposible que terminaran la tarea antes de la puesta de sol. Había demasiados barriles de agua que traer al campamento antes de que comenzara el sábado.

No parecía importar que Nickolai hubiese orado y trabajado duro toda la semana, estirando cada fibra de su ser para aumentar el número de barriles que necesitaban. Todo había sido en vano.

Finalmente, después del amanecer, Nickolai se levantó y se dirigió a la cocina. No había ninguna urgencia. Esta mañana, podía darse el lujo de desayunar.

Camino a la cocina, otro prisionero le gritó.

—¡Sería bueno que vayas al establo, a ver al viejo buey! ¡Me parece que se volvió loco! ¡Está haciendo mucho ruido allí adentro!

Nickolai se detuvo. Quería ignorar el anuncio del hombre, pero una débil esperanza de casi una semana de antigüedad se despertó en su corazón. ¿No era posible, verdad? ¿Podía el viejo Maksim estar pensando en repetir su actuación del viernes anterior?

Nickolai se dio vuelta y se dirigió al establo, y cuanto más se acercaba más optimista se volvía. El viejo Maksim estaba volviéndose loco de verdad, si era él el que estaba haciendo todo ese ruido. ¡Parecía que estaba tratando de tirar abajo el establo, con postes y todo!

—¡No lo puedo creer! —gritó Nickolai, corriendo a través de la puerta abierta del establo.

Allí estaba Maksim, tirando de la cadena y pateando el suelo con impaciencia.

Nickolai contempló la escena únicamente por un momento, y luego entró en acción. Si el viejo Maksim quería acarrear barriles de agua, entonces, eso es lo que harían. Era más tarde de lo que Nickolai hubiese querido, y deseaba ahora con todo su corazón haberse levantado por fe y hecho su parte. Pero no lo hizo, así que

tenía que compensar por la hora que había desperdiciado en la cama, si Dios tenía misericordia de él.

Nickolai tenía un sentimiento extraño y casi cómico, mientras desataba apresuradamente a Maksim de su cadena, le tiraba el arnés encima del pescuezo y los hombros, y lo enganchaba al carro. Toda la semana había trabajado temprano y tarde, para lograr su objetivo. Era lo único en lo que había podido pensar día y noche.

Pero, cuando las cosas no salieron como había planeado, su fe había vacilado y había perdido de vista su meta. *¡Qué vergüenza!*, se reprochó Nickolai una y otra vez. Ahora, cuando necesitaba desesperadamente estar levantado y en camino, había estado durmiendo a la hora de trabajar.

“Perdóname, Señor —oró fervientemente—. No soy digno de tu bondad. Ayúdame a compensar el tiempo perdido. Ayuda a Maksim a hacer su parte; él es más digno de tu gracia que yo”.

Nickolai suspiró, mientras revisaba la cuerda que sostenía los barriles en su lugar con seguridad. A veces, los animales tontos no eran tan tontos. Por lo menos, sabían cómo escuchar la voz de Dios. Pensó otra vez en la historia de Balaam y su asna, y en cómo Dios había obrado a través de las acciones del animal. Cuando Balaam no podía ver la voluntad de Dios, un burro bien dispuesto sí pudo hacerlo.

Y ahora, parecía que Dios estaba listo para usar nuevamente a Maksim. El buey estaba dispuesto; era al hombre a quien le faltaba fe.

Poco después, iban en camino al manantial. Si alguien los hubiera estado observando, habría visto al buey corriendo a toda máquina, con la cola volando y el carro rebotando detrás de él, y al hombre corriendo con todas sus fuerzas, para no quedar atrás. Era como si el buey tuviera una misión. Y realmente era así. Ya no parecía que el hombre fuera el que estaba a cargo; claramente, el buey estaba al control y decidiendo la rapidez con la que trabajarían.

Corría como si estuviera en un frenesí; como si, de alguna manera, se hubiera vuelto loco. Nuevamente, Nickolai sintió que era la

cosa más extraña que hubiese visto alguna vez. Era como si los ángeles hubieran prendido un fuego debajo del viejo Maksim y encendido la mecha de su espíritu, para cumplir la voluntad y el mayor deseo de Dios: que Nickolai fuera recompensado por su deseo de honrar el santo sábado de Dios. Toda la semana había sido Nickolai el que había empujado para traer los barriles extra de agua a la cocina, siempre teniendo en mente que necesitaban setenta barriles, para poder llegar al blanco. Y toda la semana Maksim había hecho su parte; pero había trabajado, mayormente, con menos energía de la que Nickolai hubiese querido.

Ahora era viernes nuevamente, el día de preparación, y Maksim tenía una misión. Realizó el viaje hasta el manantial para la primera carga de agua en tiempo récord. No era totalmente sorprendente que Maksim corriera atolondradamente hacia y desde el manantial. El pastor había sido testigo de una actuación similar el viernes anterior, pero fue un sacudón que lo hiciera por segunda semana consecutiva. Y ayudó a quitar cualquier duda de la mente de Nickolai de que hubiera sido un accidente raro lo de la semana anterior. Mientras Nickolai corría, jadeando, detrás del carro todo el camino hasta el campamento, tuvo que admitir que Dios obra de maneras misteriosas.

Mientras todos en el campamento miraban a Maksim y a Nickolai, se confirmó en sus mentes la idea, aún más que la semana anterior, de que el Dios del cielo estaba obrando nuevamente en favor de Nickolai. ¿De qué otra manera se podía interpretar esto?

Desde que entró en el campamento, Nickolai había sido un testimonio viviente de determinación y lealtad. Los colores de su carácter estaban comenzando a ser obvios para todos, prisioneros y guardias, por igual. Aun el director se había visto obligado a admitir que aquí había un hombre del mayor calibre; alguien que prefería sufrir persecución y dolor antes que deshonorar al Dios a quien servía.

Y ahora, nuevamente estaban siendo testigos de un milagro en acción, evidencia del poder que Dios estaba dispuesto a demostrar a favor de Nickolai. Era una imagen extraña y poco común: un hom-

bre y un buey corriendo a toda velocidad hacia el campamento, con el carro colmado con dos barriles llenos de agua. Y era igualmente extraño ver a Maksim haciendo girar el carro y dirigiéndose nuevamente al manantial, tan pronto como bajaban los barriles llenos de agua y cargaban los vacíos.

Y luego, todo el episodio se repetía una vez más, mientras el hombre y el buey salían corriendo del campamento, a través de las grandes planicies de las estepas siberianas.

CAPÍTULO 32

Toda la mañana trabajaron Nickolai y Maksim, con la transpiración chorreando por sus cuerpos. Era una escena asombrosa, y casi cómica. Cuando se los veía acercarse al campamento, alguien siempre anunciaba su llegada con un grito de: “¡Aquí vienen otra vez!”

Y entonces, todos los que estaban cerca dejaban lo que estaban haciendo, prisioneros y guardias por igual. Petya siempre salía de la cocina, para mirar. Era una buena manera de tomar un recreo. Para cuando Nickolai y Maksim volvieron al campamento por tercera vez, todos estaban animándolos y arrojando sus gorras al aire.

Nickolai apenas tuvo tiempo de oír sus gritos de aliento. Los saludó cansadamente al entrar en el campamento, y luego los saludó otra vez con el brazo, mientras el carro giraba para hacer el siguiente viaje al manantial.

Si Nickolai hubiera estado observando lo que pasaba en su cuarto viaje hacia el campamento, habría notado que hasta el director había dejado su trabajo para salir y observar el asombroso espectáculo.

Para el mediodía, ya estaban emprendiendo el quinto viaje hacia la vertiente. Mientras Nickolai se apuraba para alcanzar al buey,

Petya corrió al lado de él y le entregó una pequeña bolsa, con unos nabos fríos y un poco de pan negro ruso en ella. Nickolai había logrado beber un poco de agua cada vez que se detenían en el manantial y en el campamento, pero no había pensado en comer. Ahora, se dio cuenta de que estaba muerto de hambre, y estaba agradecido por la amistad de este hombre que lo estaba cuidando.

Comió los nabos mientras corría, orando a Dios para que lo ayudara a digerir la comida, a pesar de las condiciones en las que estaba comiendo.

En el viaje de regreso, Nickolai vio cuatro o cinco lobos de las praderas que se asomaron y se sentaron en fila, para ver cómo pasaban corriendo el hombre y el buey. Les tiró un pedazo de pan negro a los lobos, y observó cómo se lo peleaban mientras el carro pasaba corriendo hacia el este.

Comenzó a serle más fácil correr todos esos kilómetros y su respiración menos agitada. Era como si Dios estuviera dando a Nickolai más resistencia, para que pudiera formar parte de ese milagro en acción.

El día fue desapareciendo, mientras hacían viaje tras viaje, hasta que solo faltaba un viaje más. Para esta hora, el hombre y el animal corrían en tándem, como si esta aventura los hubiera transformado en una máquina bien aceiteada.

Y terminaron la tarea con tiempo de sobra. Para cuando el sol se ocultó detrás del horizonte occidental, Nickolai había bajado el último barril de agua, ido a la barraca a higienizarse, y estaba en camino a la cocina, para comer lo que sabía que Petya le había preparado.

Qué día había sido ese, y qué lección de fe para Nickolai. En su corazón, sabía que nunca más dudaría del cuidado amante de Dios y de su habilidad para acudir en auxilio de un alma necesitada. Por supuesto que Nickolai creía en el poder de Dios para proteger y preservar, y conocía la disposición del Señor para actuar a favor de sus hijos en tiempos de necesidad. Pero, nunca había experimentado una exhibición tan dramática del poder de Dios para vindicar a

uno de sus hijos. Y para todos en el campamento, esta había sido una clara demostración de hasta dónde iría el Dios de Nickolai para honrar a este pastor por su fidelidad.

Mientras Nickolai comía en la cocina un plato de *borsch* caliente y bebía una taza de té, el cocinero habló de la electricidad que había encendido el campamento.

—¡Lo lograste otra vez! —exclamó Petya— ¡Fue asombroso!

—¡Lo hicimos! —respondió Nickolai—. Maksim y yo lo logramos. Y se lo debemos a Dios, de quien proviene toda bendición.

Petya sacudió la cabeza incrédulamente.

—¡Me hubiese gustado que pudieras haberte visto con el buey! —se jactó—. ¡Qué espectáculo!

Le pasó a Nickolai otra rebanada de pan negro.

—Ustedes dos son como estrellas ahora, en el campamento. No creo que el alcaide te dé problemas otra vez. No puede. ¡Los guardias no se lo permitirían!

En su camino de regreso a las barracas, Nickolai se detuvo a observar la luna que se levantaba en el oriente. El óvalo anaranjado de luz parecía cálido y acogedor, como el sentimiento que tenía en el pecho. Por primera vez desde que llegó al campamento, hacía más de dos años, se sentía estimuladamente libre.

Y Dios era el responsable. A Nickolai le había llevado un tiempo ver sus oraciones totalmente contestadas, pero al final, las cosas habían obrado para el bien. Dios había sido justificado, y Nickolai se sentía vindicado. Nickolai decidió que siempre era mejor confiar plenamente en los tiempos de Dios, porque solo Dios podía ver el fin desde el principio.

Mientras Nickolai entraba en la barraca, podía oír a los lobos de las praderas aullando a la distancia en medio de la oscuridad, pero el sonido ya no lo hacía sentir solo. Recordaba haberse sentido solo y abandonado cuando recién había llegado al campo. El sonido de los lobos de las praderas lo habían hecho sentir vacío, y hasta se había sentido tentado a sentirse abandonado por Dios. Pero ya no más.

Su fe en Jesús estaba más clara que nunca. Era un momento de verdad para él, y lo emocionaba de la cabeza a los pies el saber que Dios estaba con él en los páramos de la tundra siberiana. Tener una paz como esa valía hasta la muerte; pero, por supuesto, no parecía que eso fuera lo que Dios requería ahora. Había soportado la prueba, y había salido de ella resplandeciente.

CAPÍTULO 33

Nickolai cosechó los beneficios del milagro del segundo viernes aún más que del primero. Nuevamente pasó tiempo en oración, agradeciendo a Dios por el maravilloso regalo del descanso en su santo sábado. Una vez más, tuvo la oportunidad de escapar del trabajo de la semana.

Durante toda la siguiente semana, Nickolai y Maksim trabajaron juntos para traer el agua necesaria al campamento. Y toda esa semana, extrañamente, Maksim trabajó a paso normal.

¡Era asombroso! El paso lento al que marchaba Maksim de domingo a jueves era casi tan fenomenal como su trabajo a toda máquina el viernes. Pero, para el viernes a la puesta de sol, los diez barriles extra de agua para el sábado estaban allí nuevamente, y esperando en la cocina. ¡Todo esto era un milagro espectacular, para Nickolai!

A medida que pasaban las semanas, Nickolai y Maksim fueron armando una rutina. Las semanas de domingo a jueves siempre traían un poco de consternación a Nickolai. ¿Por qué Maksim tenía que andar a paso lento toda la semana, y luego correr como loco los viernes? ¿Qué estaba tratando de probar? ¿No aprendería nunca? ¿O era eso? ¿Estaría Maksim obrando, de hecho, bajo las impresiones instintivas que le daba el Espíritu Santo?

Pero, había otra cosa. Nickolai siempre se sentía raro sabiendo que el viernes el buey correría una maratón. Y se sentía un poco presuntuoso y con culpa, sabiendo que podía relajarse y dejar que Dios hiciera el milagro de los viernes.

Pero estaba fuera de las manos de Nickolai, y aparentemente esa era la manera en que Dios quería que ocurriera. Al final, la preocupación de Nickolai había terminado siendo redundante, de todas maneras. Lo que era más importante ahora era el hecho de que el hombre y el buey estaban siendo un verdadero testimonio en el campo de prisioneros.

El tiempo se puso más fresco en agosto, y con más lluvias de lo que Nickolai recordaba de años anteriores. Muchos días tenía que trabajar bajo la lluvia, y sufría, más que todo, por la humedad. Algunos días, la lluvia se volvía aguanieve y hielo; y los días que no llovía, la helada caía espesa y dura. Petya le prestó un impermeable, por el que Nickolai estaba agradecido. ¿Qué hubiera hecho sin un amigo así?

Muchas noches, después del trabajo, Nickolai pasaba tiempo conversando con Petya. A veces hablaban en la cocina, otras, en las barracas. En ocasiones, hablaban hasta tarde en la noche. Pero, cada vez hablaban menos de la vida en la prisión, y más y más de cosas eternas.

Una noche, en la cocina, Petya fue directo al grano.

—Has sido una inspiración para mí desde que llegaste a este campo. Has sufrido tanto por Dios y, sin embargo, sigues siendo fiel a él. Me siento inspirado por la esperanza que nos has traído a todos.

Petya miró hacia el piso, solemnemente.

—¿Puedes ayudarme a encontrar la paz que tú llevas a todas partes? Quiero el poder de esta paz en mi vida también.

Nickolai apoyó su mano en el hombro de Petya.

—Cree en el Señor Jesucristo —le dijo—. Si haces esto, tendrás la paz de Dios cuando más la necesites.

—Ya has dicho eso antes —Petya levantó la vista, para mirar a Nickolai incrédulamente—. ¿Puede ser cierto que sea tan simple?

—Dios lo ha hecho sencillo, Petya. No quiere que nadie perezca. Confía en mí en esto. Es lo único que me ha dado valor para vivir para él cada día.

Nickolai se restregó los ojos cansados.

Petya apagó la lámpara de querosén, y luego cerró la puerta de la cocina. Mientras los dos hombres salían a la noche, la luna estaba llena y se levantaba rápidamente desde el horizonte. No se oía ningún sonido, excepto el lastimero llamado de una lechuza nival, en alguna parte de la noche.

—Quiero ser bautizado —anunció Petya repentinamente. Su voz era suave, pero tenía una nota de determinación—. Creo todo lo que me has dicho porque he visto el poder de Dios en tu vida.

Nickolai miró sorprendido a Petya. ¡Este hombre había captado más en sus conversaciones de lo que él había pensado!

Hubo silencio por algunos momentos, mientras Nickolai recuperaba el aliento.

—¡Alabado sea Dios! —dijo finalmente, y luego inclinó la cabeza reverentemente. ¡Petya le estaba entregando su corazón a Jesús! La sola idea hacía que el corazón de Nickolai latiera más rápido. ¿Sería este su primer converso en Siberia? Luego de tres largos años en el campo de prisioneros, ¿vería finalmente el fruto de su labor?

—¿Habría alguna manera de que pudieras bautizarme? —continuó diciendo Petya.

—¡Sí, sí, por supuesto! —respondió Nickolai rápidamente. Pero, era más un intento de asegurarse él que a Petya.

—¿Dónde vamos a encontrar suficiente agua?

—Bueno, está el agua que traemos al campamento —Nickolai pensó por un momento—; pero los barriles no son lo suficientemente grandes como para sumergirte en uno de ellos.

—¿Podría ser en el manantial? ¿Hay suficiente agua allí?

—Sí, por supuesto; pero el agua no es muy profunda. Tendré que excavar un poco más.

—¿Puedes hacerlo, pastor?

Nickolai apoyó su mano sobre el hombro de Petya y sonrió. Era la primera vez que Petya lo llamaba personalmente pastor.

—Lo haremos, Petya. Voy a cavar más profundo en el manantial. Quizás, un poquito cada vez que voy allá a llenar los barriles de agua. Encontraremos la manera de hacerlo.

CAPÍTULO 34

Le llevó trabajo, pero Nickolai pudo hacerlo tal y como lo había planeado. Cavar el pozo de agua en el manantial fue bastante fácil. Planificar cuándo realizar el bautismo, fue un poco más difícil.

Un viernes de noche, después de que todos los hombres del campamento se habían dormido, Nickolai y Petya se escabulleron detrás de las barracas y dieron la vuelta hasta el extremo opuesto del campamento. Una vez en el camino, comenzaron la larga caminata hasta el manantial. Era un riesgo: sin duda, los lobos de las praderas estarían observando cada uno de sus movimientos. De todos modos, el bautismo se realizó sin ningún problema. Afortunadamente para ellos, la noche era más cálida que la mayoría en esa época del año. Ambos hombres se pararon en el pozo de agua del manantial, saboreando el gozo de esta sagrada experiencia. Después, caminaron la distancia hasta el campamento cantando un himno que Nickolai había enseñado a Petya, y tiritando por la humedad de la fría noche.

Entonces, el verano se acabó, y el otoño pareció pasarlos por alto completamente. Antes de que se dieran cuenta, comenzaron a caer las ráfagas de nieve, los renos comenzaron a migrar y los gansos volaron por los cielos, hacia el sur.

Para octubre, el invierno ya se había establecido. Nickolai estaba agradecido por la ropa interior abrigada que el alcaide le había dado. A pesar de lo que había pasado, comenzó a sentir un lugarcito

cálido en su corazón hacia el alcaide. A Nickolai le parecía que el alcaide estaba tratando de decirle, de una manera sencilla, que lamentaba todos los problemas que le había causado.

Los días eran cortos, pero eso no cambiaba la cantidad de barriles que se necesitaban cada semana. Para poder traer la cuota requerida, Nickolai y Maksim tenían que trabajar en la oscuridad durante varias horas cada mañana antes del amanecer, y luego tres o cuatro horas después de la puesta de sol.

Se estaba formando una capa gruesa de hielo en el manantial ahora, y Nickolai tenía que usar un hacha para abrirla. Por supuesto, esto llevaba tiempo y hacía que los viajes fueran más prolongados, pero Nickolai tenía otras cosas por las cuales preocuparse.

Durante las frías y largas horas del invierno, Nickolai sabía que tenía que tener cuidado con los lobos. La comida escaseaba ahora en la tundra, por lo que un hombre y un buey podían resultar tentadores para los estómagos hambrientos de los lobos.

Pero Dios fue misericordioso, y aunque Nickolai y Maksim pasaron unos pocos sustos, lograron mantenerse vivos y bien.

De alguna manera, el frío y duro invierno pasó, y luego la primavera dio paso al verano. Para ese entonces, Nickolai había aceptado el hecho de que podría estar en este campo de prisioneros durante mucho tiempo. Cuando se sentía tentado a preguntarse por qué lo necesitaba Dios en este remoto puesto de avanzada en la tundra, recordaba la decisión de Petya a favor de Jesús.

Y contemplaba, también, la salvación de los otros trescientos hombres que estaban presos en este campo. Más que cualquier otra cosa, deseaba que ellos llegaran a conocer a Dios como él. Eventualmente, comenzó estudios bíblicos con aquellos que estaban interesados, y antes de mucho había un pequeño grupo que se reunía regularmente.

Durante siete años más, Nickolai pasó sus días en ese remoto campo de prisioneros en las estepas de Siberia. Durante siete años trabajó con Maksim acarreando agua del manantial. Durante todos

esos años, continuó siendo un testigo constante del poder de Dios en la vida de un cristiano dedicado.

Para los hombres del campamento, la vida y la obra de Nickolai y de Maksim llegó a ser un testimonio viviente. Los visitantes que llegaban al campamento eran testigos reales del fenómeno. Los que se iban de la prisión contaban de un hombre y un buey que corrían todo el día cada viernes, con el fin de poder descansar todo el sábado.

Y entonces, un día, el oficial del ejército que había liberado a Nickolai de la caja volvió al campo de prisioneros. Cuando vio a Nickolai y a Maksim acarreando agua, recordó el incidente de hacía ocho años.

Pero, ahora le contaron una historia muy diferente. Cuando oyó hablar del extraño hábito de Maksim de correr todo el día viernes para traer en un día el suministro de agua de dos días, quedó asombrado. Con gran interés, preguntó a Nickolai acerca de este asunto, y este compartió con él la increíble historia. Le contó cuán desesperado había estado esas primeras semanas, tratando de lograr que Maksim acarreara suficiente agua lo más rápido posible, para ganarse el descanso sabático. Y, ciertamente, le contó lo bueno que había sido Dios con él. Le explicó cómo esta dura experiencia había probado su fe en Dios, y cómo casi se había dado por vencido.

El milagro de la maratón que había corrido Maksim ese primer viernes conmovió el corazón del coronel, y la repetición de esta actuación el siguiente viernes lo asombró más todavía. El coronel se daba cuenta de que Nickolai era un hombre bueno. Podía ver claramente ahora que el predicador no era culpable de insubordinación; de hecho, el testimonio de su vida diaria era prueba de que siempre había estado dispuesto a hacer lo que se le pidiera. Pero, más importante todavía, el coronel percibió que Nickolai había sido fiel a su Dios. Sin ninguna duda, había estado dispuesto a hacer lo que Dios le pidiera.

El coronel, entonces, conmovió a Nickolai llevándolo hasta la

oficina del alcaide, para anunciarle que iba a firmar sus papeles de liberación. Era libre de volver a su casa en el tren, para estar con su familia una vez más.

—Nos has mostrado a todos lo que puede hacer un hombre de carácter, si está motivado —dijo orgullosamente el coronel—. Y nos has mostrado lo que la devoción puede hacer por un hombre que ama a su Dios.

El coronel se rió, y luego agregó:

—Creo que ninguno de nosotros ha visto alguna vez un animal tan loco como tu buey. ¡Si tú y tu Dios pueden lograr que un buey testarudo corra así, probablemente puedan hacer cualquier cosa!

Con lágrimas en los ojos, Nickolai agradeció al coronel por su bondad. Y luego tomó sus pocas pertenencias personales, y siguió al coronel y a su caballo de regreso hasta el tren, comenzando así su largo camino de vuelta a Kiev.

Nickolai volvió a su vida de pastor, y continuó testificando a favor de Dios durante los tiempos buenos, así como también en los malos. Los miembros de su iglesia se regocijaron con él, porque Dios lo trajo de regreso a casa después de su larga prueba, y agradecieron a Jesús por su fidelidad bajo fuego.

Hoy, como todos los demás adventistas del séptimo día en la Unión Soviética, Nickolai Panchuk espera el regreso de Jesús. Un día, pronto él verá a Jesús volviendo en las nubes del cielo y oirá las palabras: “Bien, buen siervo y fiel. Has sido fiel a mí en las cosas pequeñas y en las grandes. Has sufrido por mi causa. Ven, y entra en el gozo de tu Señor”.

CAPÍTULO 35

Pero, ese no es el final de la historia. Luego de que Nickolai se fuera para su casa, llegó al campamento un prisionero nuevo que no sabía nada acerca del hombre y del buey que corría todo el día los viernes para descansar los sábados.

A este nuevo hombre, Gennadi, le dieron el trabajo de traer agua del manantial todos los días, y pronto aprendió a caminar lentamente detrás del carro tirado por el buey. Al igual que Nickolai, sabía que este trabajo era el más odiado por todos los hombres del campo. Nadie más quería hacer todas esas caminatas.

También descubrió que Maksim era terco y que se negaba a hacer cualquier cosa que no formara parte de su régimen regular. El viejo buey se rehusaba a ser apurado. Se negaba a ser intimidado. Se negaba a seguir trabajando después de que oscurecía.

No sorprendía que Gennadi pronto llegara a admitir que él no era el que estaba a cargo, mientras hacían los viajes hasta el manantial: obviamente, era Maksim. Se levantaban cada día apenas amanecía, y caminaban laboriosamente ida y vuelta al manantial, siempre según los términos de Maksim.

Pero, ese primer viernes de mañana, Gennadi recibió la sorpresa de su vida. El viejo buey voló sobre sus patas todo el día, y Gennadi estaba tan confundido que no sabía qué pensar.

Nadie se había molestado en informarle con antelación acerca de los extraños hábitos de Maksim, o de sus “récorde de pista”. Quizá, fue porque querían ver la mirada en el rostro de Gennadi cuando lo presenciara él, con sus propios ojos. Probablemente, estaban esperando oír como el nuevo guía despotricaba acerca de la locura del viejo buey. Tal vez, fue porque todo eso había estado ocurriendo durante tanto tiempo que ya no lo consideraban extraño o inusual.

Pero, ese primer viernes de mañana, cuando Maksim entró co-

rriendo en el campamento, Gennadi venía jadeando detrás de él. Parecía como si el pobre prisionero hubiese estado corriendo una carrera. Cuando finalmente se detuvo, se inclinó con las manos sobre las rodillas, tratando de recuperar el aliento. Le corría la transpiración por el rostro, y tenía la ropa completamente empapada por la traspiración.

Pero, si pensaba que iba a poder descansar, le esperaba una segunda sorpresa. Maksim no dio a Gennadi ni tiempo para volver a respirar normalmente. Apenas habían descargado los barriles de agua del carro, el viejo buey salió corriendo nuevamente, en una nube de polvo.

Y eso es lo último que alguien vio de ellos hasta una hora más tarde, cuando entraron corriendo nuevamente en el campamento. Esta vez, Gennadi venía todavía más atrás.

¿Quién habría pensado que un buey tirando de un carro lleno de barriles de agua pudiera ganarle a un hombre corriendo a pie? Por supuesto, Maksim estaba acostumbrado a esto; lo había estado haciendo durante más de ocho años.

Los dos siguieron así durante toda la mañana. En el viaje hacia el manantial, Gennadi se subía al carro para descansar. Sin embargo, cuando el carro cargaba dos barriles llenos, tenía que correr a pie todo el camino de regreso. Cada vez que entraban corriendo en el campamento, Gennadi se tomaba unos momentos para descansar; pero, sabía que no podía demorarse mucho, por temor a que el buey saliera disparado hacia el manantial de vuelta, con los barriles llenos de agua todavía en el carro.

Para el final de la tarde, Gennadi parecía como si hubiera estado corriendo una maratón, y que se iba a caer de agotamiento en cualquier momento. Parecía que no habría podido soportar la tarde, si Petya no hubiera venido en su auxilio durante los últimos viajes, para ayudarlo a descargar los barriles llenos de agua del carro.

—¿Qué le pasa a este animal? —gritaba Gennadi cada vez que entraba en el campamento a los tropezones—. ¡Me va a matar!

Por supuesto, todos se reían, porque ellos sabían el resto de la historia y estaban divirtiéndose a costa de Gennadi.

Hacia el final del día, Gennadi no daba más. Mientras el sol llegaba a su lugar de descanso más allá del horizonte y el viejo Maksim hubo entrado en el campamento tirando del carro por última vez, Gennadi se dejó caer sobre el suelo, con la espalda apoyada contra la rueda del carro.

—¡Me doy por vencido! —jadeó y cerró los ojos, mientras Petya y varios otros hombres se reunían a su alrededor.

—¡El buey está poseído! —profirió con voz ronca, llevándose las manos a la cabeza—. ¡No hay otra explicación!

—Sí la hay —dijo una voz cerca de él.

Y Gennadi se dio vuelta, para ver al alcaide parado detrás de ellos.

El alcaide hizo una pausa.

—¿Sabes? El predicador de Kiev estuvo entrenando al viejo Maksim durante años. Nickolai Panchuk se negaba a trabajar el séptimo día de cada semana, y él echó a perder al buey con ese asunto. ¡Lo arruinó, y nunca más será el mismo!

El director miró a los hombres que estaban en el círculo, y luego a Gennadi directamente.

—No hay dudas en mi mente: ese predicador hizo del buey un observador del sábado.

Y era así. El viejo Maksim se había vuelto un buey del séptimo día. Pero, en realidad, no había sido obra de Nickolai. El predicador había corrido al lado de Maksim durante todos esos años, con el objeto de traer suficiente agua para todo el sábado. Y siempre había exigido una maratón el viernes, para terminar la tarea cada semana.

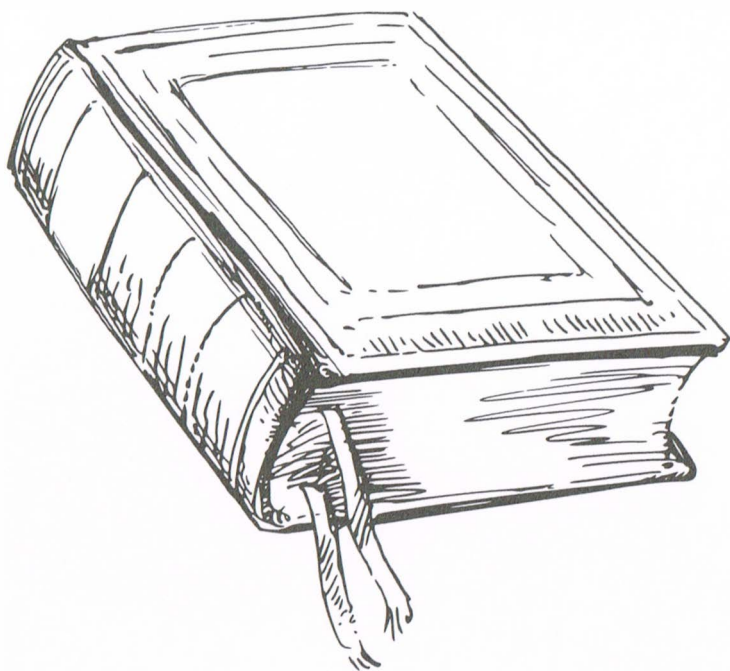
El crédito de tal fenómeno pertenecía completamente a Dios, por supuesto; y todo aquel que había querido saber la verdad la había oído de labios de Nickolai.

Aun después de que Nickolai dejara la prisión y volviera a su casa y a su familia, la influencia de su vida santa siguió viviendo por

el testimonio de un buey. El viejo Maksim continuó siendo fiel a su deber, siempre listo para ser usado por su Creador como un testigo en favor del sábado.

Nickolai Panchuk se había ido. Pero, cuando no quedó nadie más que compartiera la historia del evangelio, allí estaba todavía Maksim, el buey del séptimo día.

*Biblias
para el
desayuno*



CAPÍTULO 1

La nieve chirriaba y crujía bajo los pies de Alexander, mientras caminaba hacia su casa desde la estación del tren. Había sido un día largo, y estaba cansado. Últimamente, todos los días parecían largos a Alexander. Y parecía que siempre estaba cansado.

Miró hacia arriba, al cielo gris acero, que iba oscureciendo rápidamente con la llegada del anochecer. Los bancos de nubes bajas presionaban sobre la ciudad de Novosibirsk, Rusia, deprimiéndolo aún más. ¿Llegaría la primavera alguna vez? ¿Terminaría algún día el húmedo frío del invierno? Los árboles que bordeaban la vereda junto a la calle permanecían mudos y desnudos, en los últimos tramos del invierno. Despojados de toda la dignidad que una vez tuvieran, esperaban dormidos, en su larga vigilia invernal.

En este momento, así se sentía Alexander, adormecido e indiferente, sin esperanza de un tiempo futuro mejor. Una cabeza llena de cabello y hombros derechos lo hacían parecer joven y fuerte, pero los ojos hundidos y las líneas oscuras del rostro le daban una mirada abatida.

Alexander era guardia de seguridad en un banco local. En muchas ciudades, en muchos países del mundo, este trabajo le habría dado un sentimiento de importancia, pero no en Novosibirsk. Ni siquiera el arma que usaba, atada a la pierna en una funda de cuero, lo lograba. Alexander sabía que no había obtenido el trabajo porque tuviera habilidades especiales, ni tampoco porque conociera a alguien importante. Hubiera preferido ganarse el trabajo basado en sus cualidades, pero, tal y como eran las cosas, era un trabajo básico de seguridad, y él medía 1,80 metros y pesaba 90 kilos, por lo que calificaba. Así se repartían los trabajos en Novosibirsk. No era más especial que cualquier otra persona en la Unión Soviética.

La Rusia comunista tenía un eslogan conocido por todos y citado por las masas de la clase trabajadora: “Un trabajo para cada uno,

y cada uno para un trabajo". La expresión tenía la intención de dar una sensación de seguridad y de igualdad, pero, de alguna manera, a Alexander no le sonaba verdadera hoy.

Sabía que debía estar contento y agradecido por su trabajo. Su esposa, Natasha, tenía un buen trabajo estable, como administradora del edificio de departamentos en el que vivían. Dos sueldos eran mejor que uno; pero, aun juntos, sus salarios nunca alcanzaban.

No importaba cómo administraran su dinero, era difícil avanzar económicamente. Sin importar cuánto él y Natasha ahorraran y se las rebuscaran, no podían lograr que sus rublos se estiraran hasta el final del mes. A Alexander le hubiese gustado conseguir un segundo trabajo, pero no estaba permitido. Por supuesto que no tenían auto; casi nadie lo tenía. Además de eso, los muebles de su sencillo departamento eran viejos y poco atractivos.

A veces, también, era difícil conseguir comida; cosas sencillas, como pan, manzanas o sal, por ejemplo. Lo que era bastante abundante era el repollo, las remolachas y las cebollas; pero, si querían algo más especial, tenían que ser pacientes. Alexander recordaba cantidad de veces en las que tuvo que hacer fila durante horas, para conseguir unos pocos rollos de papel higiénico. No parecía correcto, en una nación que pretendía ser la más grande de la Tierra.

Podría haberse contentado con vivir sin lujos, pero hasta las pequeñas cosas de la vida parecían estar fuera del alcance. Habían pasado años desde la última vez que Alexander había podido darle a su esposa algo especial para vestir. Casi se le rompía el corazón cuando la observaba mirar amorosamente un vestido lindo, en una de las pocas revistas extranjeras que llegaban hasta Novosibirsk. El Gobierno hacía lo mejor que podía para controlar esa propaganda, pero, de vez en cuando, hasta los periódicos publicaban fotos de personas con mejor estándar de vida. Las mujeres aparecían vestidas de manera espléndida, con sombreros a la moda, con pieles o lindas botas; y siempre eran las esposas de los oficiales de Gobierno o de los ricos magnates petroleros; o, quizás, hasta de un oficial de la KGB.

En momentos como estos, Alexander se sentía peor, todavía. Si la igualdad era tan importante en la cultura comunista, ¿por qué algunas personas tenían cosas lindas y otras no?

Mientras Alexander caminaba más lentamente, un cuervo solitario aterrizó cerca, sobre las ramas de un árbol. Inclino su cabeza hacia un lado y graznó en tono estridente, como burlándose de Alexander por las desgracias de su vida. Afortunadamente, Alexander ya había llegado a casa, y rápidamente caminó por la vereda que llevaba al complejo de edificios de departamentos.

Alexander entró en el ascensor débilmente iluminado, y subió en él hasta su departamento del quinto piso. Cuando giró la llave en la cerradura, fue recibido por los dos perros de la familia, Boris y Lexi, que fueron corriendo y entusiasmados a saludarlo.

Al igual que muchos rusos, Alexander y Natasha amaban a los perros, y sus dos huskies siberianos eran el orgullo y la alegría de sus vidas. Todavía no tenían hijos, y esto hacía que el lazo de afecto fuera mucho más fuerte entre ellos y los perros.

—¡Boris! ¿Me extrañaste?

Alexander tomó al menor de los dos perros y le dio un gran abrazo, mientras el cachorro, ya grande, saltaba a sus brazos. Lexi, más calmada, se acercó a su amo con dignidad y elegancia. Boris era su cachorro, pero sabía que ella ocupaba el lugar más importante en el corazón de su amo.

El saludo usual de los perros alegró a Alexander, después de la fría y nevada caminata hasta su casa desde la estación del tren. Durante un momento olvidó sus problemas, mientras se empapaba de su afecto. *El perro ciertamente es el mejor amigo del hombre*, musitó mientras le lamían las manos y reclamaban su atención. Su grueso pelaje se sentía cálido y suave al tacto, y él sabía que los perros eran una bendición para Natasha y para él.

Alexander sacó un pedazo de pan negro de una pequeña bolsa.

—¡Bueno, Boris, tengo una rodaja de pan de mi almuerzo de hoy! ¿Quieres un pedacito?

Alexander refregó un poco el pelaje del perro y partió un pedazo de pan para dárselo a Boris, cuya boca cavernosa era un pozo sin fondo. Mientras Boris tragaba el pan, Alexander le dio el pedazo restante a Lexi.

—¿Vamos a caminar después de la cena? —les preguntó a los perros.

Alexander, en realidad, no tenía ganas de salir a caminar esa noche, pero sabía que los perros siempre esperaban con expectativa salir a jugar en la nieve. Y necesitaban el ejercicio, después de haber estado encerrados en el pequeño departamento todo el día.

Lamentablemente, no podían correr libremente afuera, mientras él y Natasha trabajaban. Por un lado, era ilegal; y por el otro, estos perros eran animales muy lindos. Valían algo de dinero, y eran la envidia de todos aquellos que los veían con Alexander, cuando los sacaba a caminar.

Después de la bienvenida de siempre, Alexander tuvo tiempo de saludar a Natasha, su bella esposa. Le dio un beso, fijando su mirada brevemente en sus ojos azules; y luego se sentó a la mesa de la cocina. El suave rostro ovalado de Natasha, rodeado de rizos rubios, lo miraba mientras continuaba preparando el *borsch* para la cena. Cuando vio su mirada tan abatida, se paró al lado de él.

—¿Qué pasa, Alex? —preguntó suavemente.

—Oh, solo estoy sintiendo lástima de mí mismo —confesó él—. Toda la tarde estuve con dolor de cabeza. Y, por supuesto, mi reemplazo en el banco llegó tarde, como siempre, así que tuve que quedarme más tiempo. Ese tipo piensa que puede llegar tarde solamente porque su tío es amigo personal del gerente del banco.

Alexander frunció el ceño.

—Y tuve frío, en el largo camino a casa. ¡El viento del norte estaba terrible! Estos inviernos parece que no acaban nunca, y este año parece peor que la mayoría. No puedo imaginarme lo que sería vivir donde el clima fuera cálido todo el tiempo —Alexander se detuvo en su lista de quejas—. No sé por qué el frío me pone tan mal.

Quizá sea una señal de vejez.

—¿Vejez? ¡Estás loco! Eres un hombre joven todavía. Mira, casi no tienes canas.

Natasha le sonrió a Alexander y pasó sus dedos por la abundante cabellera de color negro.

—Cuando tengas cabello blanco en tu cabeza o no tengas pelo, entonces te tendré lástima.

Se rieron juntos, mientras Natasha continuaba preparando la cena, yendo de la cocina a la mesa, de la mesa a la mesada y nuevamente hasta la cocina. Alexander sabía en su corazón que Natasha era la mejor mujer de todo Novosibirsk. Tenía que serlo. Era hermosa, buena y dulce, y para él, esta era la mejor combinación en una esposa.

CAPÍTULO 2

Alexander y Natasha comieron en silencio, disfrutando de la compañía mutua después de un largo día. El sabroso *borsch* olía tan bien, con sus remolachas, papas, repollo y ajo. Para Alexander, era lo mejor para su espíritu y su estómago, en una noche como esta. Cuando comió *borsch* y pan ruso hasta satisfacerse, alejó su plato y se estiró hacia atrás, en la silla.

—Algo te está molestando esta noche —se aventuró Natasha—. Y a mí no me parece que sea nada más que el tiempo.

—Eres sabia, Tash —Alexander le sonrió, y luego fijó su mirada en el plato.

Cuando ella no se levantó para limpiar la mesa, él finalmente levantó la vista y asintió con la cabeza.

—Tienes razón. Algo me está molestando, pero no creo que tenga arreglo. Estoy desanimado —suspiró, y sacudió la cabeza lenta-

mente—. La economía no anda bien ahora, y los precios están aumentando por todas partes. Necesito un aumento de sueldo, y tú también. Han pasado tres años desde que te aumentaron dos rublos por mes. Ya no es suficiente.

Ella apoyó su mano sobre la de él, pero no dijo nada.

—A veces, me parece que la vida no tiene sentido —espetó—. Quiero decir, ¿cuál es el sentido de todo? ¿Por qué estamos aquí? ¿Qué podemos esperar? Seguramente, tiene que haber algo más en la vida que solo levantarse a la mañana, comer, ir a trabajar, volver a casa, comer nuevamente y acostarse otra vez. ¡Tiene que haber algo más! ¡Tiene que haber una razón para la vida; un sentido para nuestra existencia!

“¡Piensa en esto! —siguió diciendo—. Los bebés nacen, crecen, se casan y tienen sus propios bebés. Si tienen suerte, llegan a viejos y conocen a sus nietos. Y luego, se mueren”.

Sacudió la cabeza nuevamente.

—Pero, esa es la cuestión, Tasha. Tiene que haber algo más, en la vida, que solo la rutina regular de la vida que viene y va cada día.

Natasha se sintió triste, al ver así a Alexander. Alex no era quejoso; no estaba en su naturaleza serlo. Era un buen hombre, un buen trabajador, y no tenía inclinación a envidiar lo que otros tuviesen. Siempre tenía la palabra justa en el momento oportuno, para asegurarle a Natasha su amor y recordarle el futuro que tendrían juntos.

Cuando el padre de Natasha murió inesperadamente, fue Alexander quien hizo todos los arreglos. Las hermanas y la madre de Natasha estaban demasiado confundidas como para atender los detalles; y aun su hermano no sirvió de mucho para hacer los preparativos necesarios para el funeral.

Pero, hoy las cosas eran diferentes, y Natasha tenía que admitir que se había dado cuenta de que algo lo había estado preocupando últimamente. Parecía estar deslizándose hacia un estado de depresión que no podía sacudirse de encima. Era como si estuviera luchando con algo invisible; algo que acechaba bajo la superficie de su sencilla existencia, como decía él.

Y esa era justamente la cuestión. Porque no era algo común; parecía que Alexander no lo podía arreglar. Él era un hombre fuerte y orgulloso, pero esta noche, Natasha sentía que solamente tenía que escucharlo y dejarlo hablar. Quizás eso lo ayudaría.

Unos golpes repentinos en la puerta interrumpieron sus pensamientos. Los dos se miraron. ¿Quién podría ser? Por el sonido de los golpes, debía de ser un extraño; y a esta hora de la noche, eso podía ser un problema.

Alexander se paró para abrir la puerta. ¿Sería un vecino? ¿La policía? O, aun más serio, ¿la KGB? Alexander vaciló al llegar a la puerta, mientras recordaba historias que le habían contado algunos de sus vecinos. Cuando la KGB llamaba, siempre había razones. Y a veces, aunque un hombre y su familia fueran inocentes, igualmente pagaban el precio. Ese era el nombre del juego cuando se trataba de la KGB: temor e intimidación. A la policía secreta, a veces, se le “pasaba la mano”; pero ¿quién iba a detenerlos? La mayoría de las personas tenía demasiado miedo como para desafiar al sistema. De vez en cuando, la KGB se metía en líos políticos, y entonces tenían que abrirse camino con engaños, para salir de los líos en los que se habían metido. Pero generalmente, la KGB vivía por encima de la ley y hacía lo que se le daba la gana.

Alexander dio vuelta la llave en la cerradura, quitó el pestillo y abrió apenas la puerta. Para su alivio, no era la KGB; ni siquiera la policía. Era un extraño bien vestido, con una camisa blanca, corbata y un saco de vestir.

—¡Hola! —saludó el apuesto extraño a Alexander—. Me llamo Leonid Serkovsky. Vendo libros con buenas noticias a los hogares de este vecindario.

—¿Buenas noticias? —se rió Alexander, abriendo más la puerta.

Para este momento, se le había pasado el alivio inicial de no tener que lidiar con la policía secreta.

—¿Qué buenas noticias podría haber? —argumentó—. El invierno no termina; el pan aumentó de precio; el administrador de estos

departamentos se negó a darme el permiso que le pedí hace meses para hacer unos arreglos en mi departamento –Alexander entrece rró los ojos, mientras miraba al vendedor de libro–. ¡Y he estado con dolor de cabeza desde el mediodía!

–Veo que no has tenido un buen día –dijo Leonid, mientras sacudía la cabeza–. El estrés no es bueno. Felizmente, los libros que tengo pueden ayudar a darle nuevo significado y paz a tu vida.

–¡No tenemos tiempo para nada que cueste dinero!

–¿Te gusta leer, camarada? –Leonid era persistente.

–No nos interesa –Alexander hizo ademán de cerrar la puerta, pero repentinamente Boris y Lexi se abrieron paso para pararse de lante de él y comenzar a olfatear al extraño.

–¡Boris, Lexi, atrás! –Alexander trató de tirar de los perros para alejarlos de Leonid, pero ellos se soltaron y siguieron restregándose contra Leonid, para llamar su atención.

–Qué lindos perros tienes –dijo Leonid–. Cuando era chico, yo también tuve un husky siberiano. Se llamaba Gosha. Fue el mejor amigo que tuve alguna vez –comenzó a acariciar el pelaje de Lexi–. Tus perros me recuerdan mucho al mío.

Alexander se sorprendió por la facilidad con que el extraño manejó a sus perros, y comenzó a relajarse. Sonrió, a pesar de su impaciencia.

–Sí, puedo ver que les gustas. Nunca los he visto tan amigables con un extraño.

–Gracias –los ojos de Leonid se iluminaron–. Solo necesito unos minutos de su tiempo. Como mencioné antes, tengo libros aquí, en mi bolso, que traerán esperanza y nuevo sentido a tu vida. Libros buenos, que se pueden leer una y otra vez durante los largos meses invernales.

–Hmmmmm. ¿Qué libro no puede volver a leerse una y otra vez? Para eso son los libros, ¿no es cierto?

–Es verdad –Leonid sonrió ante el humor de Alexander–. Pero, estos libros pueden hacer mucho más –dijo sacando una Biblia de su bolso.

—Este libro, aquí, tiene todas las respuestas para las preguntas de la vida acerca del bien y el mal en el mundo. Y este otro libro es sobre la historia de la iglesia cristiana, desde los tiempos romanos hasta nuestros días —Leonid levantó el segundo libro—. Se llama *El gran conflicto*.

CAPÍTULO 3

Alexander no quería admitirlo, pero de pronto se sintió muy interesado en lo que decía el vendedor de libros. A él le gustaba mucho la historia y leía todo libro de historia que podía conseguir. En la escuela, la historia había sido su materia preferida; especialmente, historia antigua. Cuando se sentaba a la noche con un libro así, era difícil dejarlo de lado. Natasha, a veces, tenía que recordarle que era tarde, y que tenía que guardar algo del libro para la siguiente noche.

—Deberías haber sido profesor de Historia —se reía ella siempre.

El vendedor seguía hablando, pero Alexander todavía no lo había invitado a entrar.

De repente, Natasha estaba en la puerta.

—Alexander, ¿cómo puedes ser tan descortés? ¿Dónde están tus modales? —lo reprendió—. ¡No lo dejes parado en la puerta! ¡Parece un buen hombre, y puedo ver que estás interesado en lo que él está trayendo!

—Lo siento —se disculpó Alexander—. ¡Sí, entra, por favor! No tenemos mucho dinero, pero me interesa lo que dicen tus libros.

Natasha trajo un poco de té a Leonid, mientras él comenzaba a hablar acerca de los dos libros.

—Si alguna vez te has preguntado por el sentido de la vida, estos libros te ayudarán —comenzó diciendo Leonid.

Alexander miró asombrado a Natasha. *¿No habían estado hablando precisamente de esto solo unos pocos minutos antes?*

—En esos días en que le parece que todo anda mal, estos libros pueden hacer maravillas —Leonid le pasó la Biblia a Alexander—. Este libro responderá muchas de las preguntas que tienes acerca de cómo tener una vida saludable, y cómo vivir más. Te ayudarán a no preocuparte por si habrá o no suficiente pan en tu mesa, o si Rusia irá a la guerra o no. Los ayudará a tener paz en el corazón, y a saber qué hay en el futuro.

La voz de Leonid se suavizó.

—Lo mejor de todo es que les presentará, a tu esposa y a ti, al Dios del cielo, que los ama más de lo que pueden imaginar, y que se interesa en lo que sucede en su vida.

—¿Estos libros nos dirán todo eso?

—Todo eso, y mucho más —le aseguró Leonid.

—Es demasiado pedir de un solo libro —Alexander hojeó las primeras páginas de la Biblia—. La... Santa... Biblia —lentamente, leyó las palabras—. He oído hablar de ella. Es un buen libro.

—El mejor del mundo. He vendido más copias de él que de cualquier otro libro.

—Cuéntame más.

Leonid se acomodó en la silla, y observó a la joven pareja, que revisaba ansiosamente el libro. Era obvio, para él, que el Espíritu Santo estaba en esta casa obrando ya en sus corazones.

—La Santa Biblia es un libro inspirado por Dios mismo. Nos habla del plan de Dios de hacer un nuevo mundo, en el que no habrá dolor ni sufrimiento.

—¿Y nos ayudará a vivir una vida mejor *ahora*?

—Sí; eso está garantizado.

—Hmmm. *¿Y qué de este otro libro... El gran conflicto.* Suena como un libro de luchas y guerra.

—En cierta manera, sí. Habla acerca de la guerra entre el bien y el mal; entre Dios y Satanás. Pero, no necesitamos preocuparnos.

Dios ganará esa guerra y pronto vendrá a buscarnos, para llevarnos a vivir con él eternamente en el cielo.

El rostro de Natasha se iluminó, y se inclinó hacia adelante, para poder ver mejor.

—¿Tu libro habla de esto?

—Sí.

Ella sacudió la cabeza, asombrada

—Este libro, entonces, es muy bueno.

—El mejor.

Alexander estudió los dos libros durante unos minutos más.

—Entonces, nos llevaremos los dos —dijo abruptamente.

—¿La Biblia y *El gran conflicto*?

—Sí. Si el mensaje que traen ya nos ha dado esperanza, y ni siquiera los hemos abierto, piensa en cómo cambiarán nuestra vida cuando los leamos.

Leonid escuchó maravillado el testimonio que estas dos personas le estaban dando. Aquí estaban, receptivas al Espíritu Santo y al poderoso mensaje que Dios les tenía reservado.

—¿Tienes aquí, esta noche, algunos ejemplares que podamos comprar ya? —preguntó Natasha, emocionada.

—Bueno, en realidad, no —admitió Leonid—. Pero, puedo volver en unos pocos días y traerles un ejemplar. Mucha gente me pidió libros esta semana, así que, debo volver a casa y buscar los libros. Se los podría traer en unos días. Elijan ustedes qué noche.

—¿Tenemos que darte el dinero ahora?

—Pueden hacer eso, o esperar y darme el dinero cuando vuelva.

Alexander miró a Natasha.

—Creo que debemos darle el dinero ahora. Si no tiene suficientes libros para todos, se los dará a los que ya los pagaron, y entonces tendremos que esperar más tiempo —miró a Leonid con expectativa—. Es así, ¿no?

—Generalmente, así funciona —respondió Leonid, mientras elevaba una silenciosa oración, en su corazón, de alabanza al Cielo.

Esta era una pareja asombrosa. Estaban hambrientos de la Palabra de Dios, y tan llenos de fe que estaban dispuestos a pagar por adelantado y a confiar en que Leonid les traería los libros.

—Bien, entonces quedamos así. Pero, debes quedarte un poco más con nosotros y contarnos más de lo que hay en esos libros.

Alexander se dirigió al dormitorio, para buscar los rublos a fin de pagar los libros, mientras Natasha volvía a llenar las tazas con té caliente. Y Boris y Lexi se acercaron a Leonid, para que les prestara más atención y para conseguir que les rascara detrás de las orejas.

Todo el cielo parecía haberse acercado a la escena que tenían delante de ellos. Solo unos minutos antes, esta joven pareja había estado cargada con los problemas y los cuidados de este mundo. Ahora, podían sentir el poder de Dios obrando en su hogar. Y ya tenían una visión fresca y nueva de la vida.

CAPÍTULO 4

Alexander y Natasha nunca antes habían oído estas cosas. Lo que Leonid les había dicho era verdaderamente asombroso. Era como si sus mentes fueran esponjas, que se llenaban de todas las cosas buenas que él les estaba compartiendo acerca del plan de salvación de Dios para el mundo. Pero, lo más importante, el Señor estaba conmoviendo sus corazones personalmente, haciéndoles ver todo desde una nueva perspectiva.

La pareja estaba sentada lado a lado en el sofá, escuchando a este joven mientras les hablaba desde el corazón. Leonid les habló de la creación del mundo y la caída del hombre, y acerca del pueblo escogido de Dios a lo largo de las edades. Y todas las cosas que les decía parecían tener sentido, aunque eran temas que no habían oído nunca.

La Creación y la Evolución eran ejemplos clásicos. Ni Alexander ni Natasha eran cristianos, así que, por supuesto, habían aprendido solo la Teoría de la Evolución en las escuelas rusas. Nunca habían oído acerca de una explicación alternativa de cómo se formó este mundo. No sabían que solo un grupo de personas en la Tierra realmente creía estas ideas de la evolución, que los peces podían convertirse en anfibios; los anfibios, en lagartos; y luego, los lagartos en aves.

Pero ahora, para Alexander, la idea de la Creación era como una ventana abierta. Parecía liberarlo, para expresar todas las cosas que había querido decir acerca de lo necia que sonaba la Teoría de la Evolución.

—Siempre me pregunté si, siendo que alguna vez en la historia los monos llegaron a ser hombres, ¿sería posible que los hombres se convirtieran en monos nuevamente? —exclamó.

Todos se rieron de eso, y Natasha tuvo que admitir que a veces Alexander se comportaba más como mono que como hombre.

Luego, Leonid les contó la historia del Edén, y de cómo Satanás usó una serpiente para engañar y hacer que Adán y Eva comieran una fruta, cómo cayeron ellos en su engaño y cómo se escondieron de Dios cuando los buscó al atardecer. Alexander y Natasha se quedaron atónitos, cuando oyeron que se tenía que sacrificar un cordero para representar al Salvador que un día vendría a salvar al mundo del pecado. Y a Natasha se le llenaron los ojos de lágrimas cuando oyó cómo la primera pareja tuvo que dejar su hogar en el Huerto. Su pecado había costado, a la raza humana, su vida en el paraíso.

—¿Por qué tomaron Adán y Eva del fruto que Dios les había dicho que no comieran? —quiso saber Natasha—. ¿No tenían suficiente para comer?

Alexander sonrió ante la inocencia de su pregunta; pero luego se entristeció cuando escuchó lo que Leonid continuaba diciendo:

—Sí, tenían suficiente. Dios había sido muy bueno con ellos, dándoles todo lo que podrían desear en su hogar en el jardín. Pero

¿sabe?, Eva sintió curiosidad cuando se alejó de Adán, y de pronto se encontró junto al árbol del que Dios había dicho que ni siquiera se acercaran. Se detuvo a mirar y a escuchar cómo hablaba la bella serpiente. Debería haberse alarmado ante tal cosa, porque nunca había visto una serpiente que hablara. Pero, en lugar de recordar que Dios la amaba y había dado tantas bendiciones a ella y a Adán, confió en las palabras de la serpiente, en lugar de confiar en Dios.

Leonid sacudió la cabeza.

—Me temo que nosotros nos parecemos mucho a ellos hoy. Cuando somos tentados a hacer lo malo, generalmente sabemos lo que es correcto, pero queremos jugar con el pecado. Desgraciadamente, al igual que Eva, no entendemos el poder de Satanás y cuánto odia a Dios. No entendemos que el mayor deleite de Satanás es lograr que hagamos lo malo; lo que, por supuesto, traerá mucho dolor a Dios, porque es nuestro Padre y nos ama mucho.

A Alexander y a Natasha les resultaba difícil de creer que el mal pudo convertirse en una fuerza tan dominante en el mundo tan rápidamente, después de la caída del hombre. Se asombraron de que Dios fuera tan compasivo y paciente con generación tras generación que se apartaba de él para vivir vidas de brutalidad y lujuria. Cuando Leonid les habló de Noé, no se sorprendieron al pensar en que Dios tuviera que enviar un diluvio para destruir un mundo que estaba fuera de control.

Leonid contó a Natasha y a Alexander historias de las personas elegidas por Dios, historias de Moisés, Gedeón y Samuel, y de cómo utilizó Dios a estos hombres para guiar a su pueblo. Les contó historias de dirigentes como Daniel y Ester, que pudieron brindar esperanza al pueblo de Dios.

—A pesar de que Adán y Eva pecaron, Dios tenía un plan—les dijo Leonid—. Su plan era salvar al mundo y traer a la gente de regreso a él. ¡Ningún sacrificio era demasiado grande para alcanzar este objetivo!

—Pero ¿cómo puede Dios salvar a las personas, si ellas siguen queriendo lo malo?—preguntó Alexander—. Quiero decir, la gente es, bá-

sicamente, mala —dijo señalando una biblioteca en una de las paredes de su pequeño departamento—. Tengo unos pocos libros de Historia allí y, por lo que he leído, la historia tiende a repetirse a sí misma. No importa cuán bueno sea un gobernante o cuántas cosas buenas haya hecho por su país, cuando muere, tarde o temprano se levanta un nuevo rey o dictador que es perverso y que solo piensa en sí mismo.

Leonid asintió concordando.

—Un muy buen punto, Alexander. Dio en el clavo. La gente tiende a ser mala; pero, eso no cambia el hecho de que Dios quiere salvarnos. No obstante, él no nos fuerza a hacer algo que nosotros no queramos hacer. Es nuestra elección; debemos *querer ser salvados*. Es estrictamente nuestra elección.

Leonid levantó su Biblia.

—Las personas siempre han podido elegir. Los que vivieron antes del diluvio podían elegir entrar o no en el arca. Era su decisión. Los israelitas podían elegir creer que Dios podía guiarlos a través del Mar Rojo cuando huían de los egipcios. Era su decisión. Debían avanzar por fe o ser dejados atrás. El pueblo de Dios podía elegir, cuando Samuel les declaró que Israel no necesitaba un rey. Samuel les dijo que Dios debía ser su rey; pero, nuevamente, ellos podían elegir. Y ellos eligieron tener un rey de todas maneras.

Alexander y Natasha se debatían entre hacer preguntas o quedarse sentados y escuchar lo que Leonid les estaba contando. Mientras él daba vueltas las páginas de su Biblia para mostrarles dónde constaban estas historias, se sintieron sobrecogidos al ver que todo esto estaba en un solo libro.

Había tanto para compartir. Pero, Leonid sabía que Alexander y Natasha no tenían conocimiento de la Biblia. ¿Cuánto podía compartir con ellos en esta primera noche, sin abrumarlos? No quería excederse, pero estaban absorbiendo todo, sin importar qué historia les contara. A Leonid le resultaba claro que el Espíritu Santo estaba haciendo su obra, al guiarlos en esta conversación.

Pero, cuando Leonid les contó la historia de cómo Jesús vino

como un bebé con el propósito de salvar a la raza humana, Alexander y Natasha dejaron de hacer preguntas. Se quedaron en silencio, mientras escuchaban que Jesús vivió la vida de un hombre pobre, para poder dar esperanza a aquellos que no tenían nada. Se llenaron de asombro porque Jesús trajera sanidad a los endemoniados, y a los sordos y a los mudos.

La historia de Jesús en el huerto, enfrentando en soledad las tentaciones de Satanás, era triste; y la crucifixión, casi demasiado difícil de creer. No podían imaginar tal crueldad hacia alguien; y menos, hacia el Creador del universo.

Alexander y Natasha observaban el rostro de Leonid mientras les hablaba. Sabían que nunca habían visto a alguien tan piadoso y lleno de paz como él. Podían darse cuenta de que Leonid creía verdaderamente lo que decía, y que él realmente amaba a este Dios que estaba en el centro de todas sus historias.

La joven pareja estaba tan interesada en las cosas que Leonid les contaba que se olvidó por completo del tiempo. Cuando finalmente miraron sus relojes, se dieron cuenta de que ya había pasado la medianoche.

CAPÍTULO 5

—¡Oh! ¡Miren la hora! —exclamó Natasha—. Te hemos demorado hasta muy tarde, ¡lo lamentamos! Debes de estar cansado, Leonid.

—Gracias, pero no se preocupen —sonrió Leonid una vez más—. Estoy acostumbrado a esto. Vendo libros para ganarme la vida, y cuando la gente quiere oír acerca de la Palabra de Dios, yo también me olvido de la hora.

—No debemos demorarte más. ¿Vives lejos?

—No muy lejos. A unos veinte minutos en tren.

Alexander se puso de pie.

—¿Puedes volver pronto? Queremos oír más —tomó la mano de Leonid y la estrechó—. Si esta noche estuvo tan bueno, solo puedo imaginarme lo que será la próxima vez.

—Sí, y ¿puedes venir a cenar la próxima vez? —los ojos de Natasha brillaban, mientras miraba ansiosamente a Leonid—. Si comes con nosotros la próxima vez que vengas, podemos hablar acerca de los libros también, mientras cenamos.

—Me gustaría —Leonid guardó los dos libros en su bolso—. Gracias por una velada agradable. Espero verlos otra vez muy pronto.

Apoyó sobre el piso su bolso con libros.

—Antes de irme, me gustaría orar a nuestro Padre en el cielo. Los tres tenemos mucho de qué hablar, y necesitamos que el Espíritu Santo nos ayude y nos guíe cuando conversamos así.

Y así Leonid oró, y la joven pareja rusa se maravilló por la forma en que hablaba con este Ser espiritual que no podían ver. Leonid habló con Dios como si estuviera con ellos allí, en esa habitación. Fue la experiencia más conmovedora que Alexander y Natasha hubiesen tenido alguna vez.

Fue una oración breve, y cuando Leonid terminó, estaba sonriendo.

—Gracias por una velada maravillosa. Espero volver en unos pocos días con sus libros. ¡Pueden estar seguros de ello!

Los perros acariciaron a Leonid con sus hocicos, mientras él se ponía el abrigo y se preparaba para salir. Les dio a Boris y Lexi unas palmaditas más en la cabeza, y luego salió hacia la noche.

Alexander y Natasha estaban emocionados por las buenas noticias que Leonid llamaba “el evangelio”. Todo era tan nuevo para ellos. El tipo de libros que Leonid estaba vendiendo era raro en Rusia en esa época, porque el Gobierno comunista prohibía la producción y la venta de tales libros. Si las autoridades encontraban los libros de Leonid, los confiscarían.

Y el poseer esos libros podía poner en peligro el trabajo de una persona, también. La gente conseguía o perdía el trabajo dependiendo de a quién conocieran y cuán aceptables fueran para los oficiales locales. Si una persona no cooperaba con las autoridades del Gobierno, era muy fácil que los reasignaran a un trabajo menos prestigioso “en alguna otra parte”. Lamentablemente, era así, muy simple.

El trabajo de Natasha no era “importante”, pero le permitía estar cerca de su casa, de manera que podía prepararle la comida a Alexander, cuidar de los perros y mantener su hogar de manera inmaculada, tal y como le gustaba.

El trabajo de Alexander era un poco más importante financieramente, y perderlo podía meterlos en aprietos. El pago era un poquito mejor que otros trabajos, como cajero de un comercio o barrendero de calle. Él y Natasha necesitaban el dinero, y ciertamente no querían la atención que recaería sobre ellos cuando la KGB encontrara en su casa libros como los que estaba vendiendo Leonid.

¿Qué pasaría si los atrapaban con esos libros? Si los libros eran considerados una amenaza política suficientemente seria, o si los oficiales locales querían poner al ofensor como ejemplo, entonces la pena podía ser mucho más seria. Los dueños de tales libros podían ser multados y, a veces, hasta podían ir presos por un tiempo.

Alexander y Natasha hablaron de los peligros asociados con este nuevo conocimiento, y juntos decidieron que no les importaba correr los riesgos. Estos dos libros prometían ejercer un verdadero impacto en su vida. Esos libros ya les habían traído un sentimiento renovado de esperanza y de energía para la vida.

Les preocupaba, sin embargo, los problemas que podría tener Leonid si el Gobierno averiguaba que estaba vendiendo Biblias y otros libros religiosos en su edificio de departamentos. ¿Qué le ocurriría, si lo atrapaban? Después de todo, en la mayor parte de la Unión Soviética era ilegal tener un trabajo diferente del que le hubiesen asignado los oficiales locales. Peor todavía: puesto que el

Gobierno enseñaba a los estudiantes y a sus ciudadanos que Dios no existía, vender libros acerca de él era ilegal y considerado una ofensa criminal.

Atemorizaba el pensar en esas cosas, pero podían ocurrir. Desgraciadamente, todavía no conocían a Dios lo suficiente como para confiar en él, y no sabían orar, pero estaban aprendiendo. Tal y como estaban las cosas, lo mejor que podían esperar era que todo saliera bien, de manera que pudieran conseguir sus libros.

Los ángeles debieron de haber sonreído al ver a esta pareja tan hambrienta por la verdad, y marcado este pequeño hogar ruso, para darle atención y cuidado especiales. Estaba comenzando un nuevo día para Alexander y para Natasha, y los ángeles querían estar allí cuando esta pareja entregara su corazón a Jesús.

Los días pasaron rápidamente, con su tiempo ocupado en las tareas de todos los días. Alexander iba y volvía en tren a su trabajo en el banco, mientras Natasha hacía sus tareas en la pequeña oficina con ventana en el primer piso de su edificio. Alexander se paraba en su lugar habitual cerca de la bóveda del banco, y Natasha mantenía los recibidores de los edificios de departamentos limpios y prolijos.

Antes de que se dieran cuenta, Leonid estaba golpeando a su puerta algunas noches más tarde. La pareja rusa no podía explicar la sensación de vértigo anticipado que había sentido toda la semana, por haber tenido tal invitado en su hogar. Hasta Boris y Lexi lo sentían. ¿Eran las buenas noticias de la salvación que él les traía las que hacían palpar más rápidamente su corazón? ¿Eran las emocionantes historias de tiempos pasados las que les brindaban vislumbres de la verdad y el poder para vivir por Jesús? Por supuesto que también sabían que Leonid les estaba trayendo los dos libros codiciados que habían comprado, y eso tenía mucho que ver con la emoción que había en el aire.

Una vez más, Alexander y Natasha dieron la bienvenida a Leonid a su hogar, y lo hicieron sentir en casa. Y, una vez más, olvidaron todas sus preocupaciones y escucharon, entusiasmados, mien-

tras Leonid les hablaba de las claves para la felicidad y el contentamiento en la vida. Les contó historias asombrosas de la Biblia; pero también compartió historias de milagros en la vida de personas de tiempos modernos, que había conocido mientras buscaban a Dios.

Les contó de una anciana *babushka* que le había estado pidiendo a Dios que enviara a alguien que la ayudara a aprender acerca de él.

—Cuando llegué a su puerta y golpeé, la pequeña mujer abrió la puerta, emocionada. “¡Entre! ¡Entre!”, dijo, mientras sus ojos parecían danzar. “Hace varios días que lo estoy esperando”. Le pregunté a la mujer por qué, y ella me dijo que había estado orando a Dios para que la ayudara. No sabía mucho acerca de Dios, pero sabía que él debía existir, porque ninguna otra cosa tenía sentido. Así que oró, y luego tuvo un sueño, y en su sueño, un hombre resplandeciente le dijo que alguien vendría a su casa con dos libros que hablaban de Dios. Estos libros hablarían de la pronta venida de Jesús desde el cielo.

CAPÍTULO 6

Alexander se quedó mirando expectante a Leonid.

—¿Y el hombre resplandeciente de su sueño venía de parte de Dios?

—Creo que sí —asintió Leonid reverentemente—, porque en su sueño, la mujer vio los títulos de los dos libros en las manos del hombre.

—¿Los títulos? —los ojos de Alexander se abrieron grandes.

—Sí, los títulos.

—Y ¿cómo se llamaban esos libros?

Leonid sacó un ejemplar de la Biblia y otro de *El gran conflicto* de su bolso.

—Estos dos libros.

Natasha respiró entrecortadamente.

—¿Los mismos que tú nos vendiste?

Un santo silencio pareció descender sobre la pequeña sala del departamento, y Natasha apoyó sus manos sobre su corazón.

—Los mismos —dijo Leonid mirando a Natasha y a Alexander, dejando que el impacto de sus palabras se asentara.

—¡Eso es asombroso! —respondió Natasha apenas pudiendo creer lo que escuchaba—. Verdaderamente, este es un milagro directo del Cielo. Dios respondió la oración de la *babushka* de una manera poderosa, y tú eres prueba viviente de ello, Leonid. ¡Qué privilegio el nuestro, de oír esta historia del hombre de Dios que lo vivió!

—Fue realmente un milagro —concordó Leonid—, y la mujer se sorprendió tanto que se puso a llorar. Una y otra vez repetía “¡*Slava boag!* ¡*Slava boag!*” ¡Alabado sea Dios! ¡Alabado sea Dios!

—Gracias por contarnos esta historia —dijo Alexander, estrechando la mano de Leonid—. Como hiciste con esa mujer, nos has traído esperanza y una nueva vida por vivir.

—¡Alabado sea Dios! ¡*Slava boag!* —respondió Leonid humildemente.

—¡*Slava boag!*—repitió Alexander, haciéndose eco.

Los tres estudiaron la Biblia un poco más, y luego Leonid dijo que tenía que ir a visitar a su madre.

—Gracias nuevamente, Alexander, Natasha. Dios los bendiga. Ahora, recuerden: Dios promete, en su Santa Biblia, que no debemos preocuparnos. Él cuidará de nosotros.

Leonid levantó la Biblia y dijo:

—Este libro dice: “No teman, porque yo estoy contigo. No se turben, porque yo soy tu Dios. Yo te fortaleceré y te ayudaré, y te sostendré con mi poderosa mano”.

—¿Podemos encontrar estas palabras en nuestra nueva Biblia? —los ojos de Alexander se iluminaron, mientras sostenía su propio ejemplar del Libro Sagrado.

—Sí, pueden. Se encuentra en una sección llamada Isaías, capítulo 41, creo.

Leonid sonrió y se arrodilló.

—Y ahora, antes de irme, oremos para que Dios los guarde en la palma de su mano, para protegerlos.

Alexander y Natasha se arrodillaron en la gran alfombra redonda en el centro de la sala. Inclinaron la cabeza, mientras Leonid oraba al Dios del universo, que estaban comenzando a amar.

—Padre nuestro, te agradecemos mucho por cuidar de nuestra vida cada día con tu amor —oró Leonid—. Sabemos que te interesas en nosotros porque somos tus hijos. Por favor, quédate con Alexander y con Natasha, mientras comienzan su camino hacia tu Reino. Hazles saber que es tu Palabra la que puede darles las respuestas que necesitan para vivir una vida feliz. Por favor, guarda sus pasos cada día, hasta que nos veamos nuevamente. Y ven pronto para llevarnos a casa, querido Señor. En el nombre de Jesús oramos. Amén.

—Tengo que pedirles un favor especial —dijo Leonid cuando se pusieron de pie—. Voy a irme en tren esta noche a Sokolovo, y no volveré hasta dentro de dos días. Pero tengo esta caja de libros conmigo, que he estado entregando hoy a algunos de mis clientes.

Levantó la caja que estaba sobre el piso de la cocina.

—Lamentablemente, no pude entregarlos todos, porque algunas de las personas no estaban en sus casas, y ahora ya es muy tarde. No tengo tiempo de llevar los libros nuevamente a mi departamento, antes de ir a la estación del tren —dijo mirando su reloj—. Tengo que irme inmediatamente. ¿Sería posible dejar esta caja de libros aquí, con ustedes, hasta que vuelva de mi viaje? Los recogeré cuando vuelva.

Alexander dio unas palmadas sobre el hombro de Leonid.

—¡Por supuesto! ¡Nos sentiremos felices de poder ayudarte! ¡Cualquier cosa, para ayudar a un hombre de Dios!

Leonid respiró aliviado.

—¡Muchas gracias! ¡Ustedes son buenos amigos! Ahora, no tengo que correr tanto para llegar a la estación.

Alexander tomó la caja.

—Quizá tengamos tiempo de mirar algunos de estos libros, antes de que vuelvas a buscarlos —dijo sonriendo como un niño, mientras Natasha se reía.

—No lo creo —dijo ella, mientras le quitaba la caja con libros y la llevaba a una habitación que usaban como depósito—. Estaremos demasiado ocupados leyendo los libros que compramos.

Y tenía razón. Cada mañana, antes de que Alexander se fuera, trataban de hacerse unos minutos para leer mientras desayunaban sus huevos, pan negro y *kasha*, un tipo de gachas hechas con trigo sarraceno y servidas calientes con crema agria. Y luego, apenas llegaba Alexander de regreso a su casa cada noche, cenaban y lavaban la loza apresuradamente, para poder pasar todo el tiempo posible con los libros. Aun así, a menudo leían hasta tarde por la noche.

—¡Esto es tan emocionante! —admitió Natasha la segunda noche en que leían juntos los libros—. ¿Qué vamos a hacer con nuestro tiempo, cuando terminemos de leer los libros?

—Eso es fácil —se rió Alexander—. ¡Los leeremos enteros otra vez!

—¡Y otra vez! ¡Y otra! —se unió, entusiasmada, Natasha.

Una paz especial pareció depositarse sobre ellos, mientras leían juntos. A la mañana siguiente, Alexander bromeó con Natasha antes de irse a trabajar.

—No te pongas a leer trozos de los libros mientras yo estoy en el trabajo hoy.

—¡Ya lo sé! —respondió Natasha, con una sonrisa dulce—. Los vamos a leer juntos la primera vez —le dio un abrazo—. De esa manera, me puedes explicar las cosas desde un punto de vista histórico. Nunca fui muy buena en Historia.

CAPÍTULO 7

El domingo de noche, el tiempo estaba un poco más cálido, y para sorpresa de Alexander y de Natasha, aparecieron el tío Vitelli y la tía Marina. Todos estaban emocionados de estar juntos otra vez, después de haber estado encerrados durante el largo invierno. Y, por supuesto, Boris y Lexi estaban ansiosos de entrometerse en todos los abrazos y los besos que se estaban extendiendo. Fue una noche espectacular, mientras los hombres discutían sobre el clima y la política, y las mujeres hablaban de los últimos chismes.

—¡Alexander! ¡Natasha! Tengo que hacer un anuncio —dijo el tío Vitelli con la pompa de un rey—. ¡Estoy pensando en comprar un auto viejo!

—¿Un auto? —la boca de Natasha se abrió, sorprendida—. ¿Tienes dinero para comprarlo? Los autos son muy caros. No creo conocer a alguien que tenga uno.

—He estado ahorrando durante años —se jactó el tío Vitelli—, ¡y me voy a comprar un auto! A Marina no le gusta mucho la idea, pero ya le va a gustar cuando pueda andar en él.

—¡Esa sí que es una noticia! —Alexander estaba claramente entusiasmado—. ¿Dónde lo vas a comprar? ¿Alguien tiene un auto en venta? Debe de estar roto, si lo quiere vender.

—Todos los autos tienen problemas —dijo el tío Vitelli, haciendo un gesto con la mano, como para dejar de lado la idea—. Es pequeño y es viejo, pero lo estoy consiguiendo a muy buen precio. Un amigo que trabaja en la oficina de Contabilidad de mi edificio dijo que tenía que venderlo.

Alexander escuchó con las cejas arqueadas. Estaba esperando el inevitable lado malo de un negocio así. En Rusia, pocas personas podían darse el lujo de tener un auto, así que, debía de haber una trampa.

El tío Vitelli vaciló, y luego agregó, con ademán ostentoso:

—No funciona. Está en un depósito allí, donde trabajamos, pero el administrador del edificio dijo que hay que sacarlo de allí.

El tío Vitelli sonrió de manera triunfante.

—Lo he visto, y se ve bien. Llevé a mi sobrino para revisarlo, y dice que necesita trabajo, pero que él me ayudará a arreglarlo, si se lo presto de vez en cuando.

—Bueno, eso está bien —sonrió Alexander—. Y ¿cuánto cuesta el auto?

—Seiscientos rublos.

—¿Seiscientos rublos? Ojalá yo tuviera todo ese dinero —confesó Alexander—. Pero no lo usaría en un auto, por cierto.

—¿No? Y ¿en qué lo gastarías?

—No sé. Quizás en viajar. En buenos libros. ¿Sabes? Los libros te pueden llevar a cualquier parte, y cuestan mucho menos que el viaje real.

El tío Vitelli sonrió

—Ah, sí, me encanta leer; pero andar en auto por el camino en un lindo día de primavera es mucho mejor que leer acerca de un viaje así.

—Tienes razón —se rio Alexander.

Por este entonces, Natasha y la tía Marina ya habían vuelto a temas más interesantes para ellas, como el precio de las remolachas en el mercado y dónde podían conseguir un par de medias nuevo, o dónde se iba a teñir el pelo la tía Viktoriya.

Pero, los perros se estaban poniendo inquietos otra vez. Boris tomó con la boca uno de sus juguetes y rogaba al tío Vitelli que jugara con él. Luego, saltó sobre el sillón de la tía Marina y comenzó a ladrar tan fuerte que nadie podía escuchar lo que decía el otro.

—¡Oh, Boris! ¡Abajo! —lo reprendió Alexander—. ¿Es esa la manera de tratar a nuestros invitados? ¡Qué vergüenza! Natasha, pongamos a los perros en la pieza de atrás. Allí se quedarán callados, y podremos tener un poco de calma y de paz.

—Buena idea —dijo Natasha, mientras continuó—. Lo siento tan-

to. Deberíamos haber hecho eso hace rato. Boris es un cachorro todavía, y siempre se está metiendo en todo. ¡Es muy travieso! ¡Mastica todo lo que encuentra! Cuando Lexi tuvo su última camada de cachorros, los regalamos a todos, pero, de alguna manera, nos encariñamos con este.

Ella acarició el pelo del cuello de Boris y lo rascó debajo de la barbilla, mientras le hablaba como a un bebé.

—¡Vamos, bebote! ¡Eres un perro muy grande, ruidoso y torpe! Pero, de todas maneras, ¡te queremos!

Lo tomó del cuello, y llevó a los dos perros hacia la parte de atrás del departamento.

—Entren aquí. Y ¡pórtate bien, Boris! ¡Ven, ven! ¡Buen perrito! —dijo Natasha mientras lo metía en el depósito—. ¡Quédate aquí con tu mamá; aquí, donde debes estar!

Por primera vez en la noche, hubo silencio.

Las dos mujeres prepararon entonces una cena caliente, y ¡qué comida espléndida fue! Había *borsch* colorado hecho con remolachas, repollo y zanahorias. Gruesas rodajas de pan ruso, fetas de queso de cabra importado de la región báltica y, por supuesto, el té que se ofrece en todas las comidas rusas. Para el postre, Natasha trajo una de sus famosas tortas *prianieki*.

—Hablando de libros —dijo Alexander, volviendo a la conversación que estaban teniendo antes de la cena—, el otro día compramos dos libros nuevos.

—¿Libros nuevos? —el tío Vitelli levantó las cejas—. ¿De qué tipo?

—Libros de Historia, de religión; acerca del futuro.

—Te encantarían, tío.

Natasha se metió en la conversación ahora, mientras sus ojos se iluminaban.

—Especialmente, el que habla de historia religiosa.

—¿Tan bueno es?

—¡Absolutamente! No podemos parar de leer. El libro comienza con la historia de los judíos en el Imperio Romano durante el

primer siglo de la Era Cristiana. Luego, sigue con la historia posterior del Imperio Romano. En este momento, estamos leyendo acerca del Renacimiento y la Reforma en Europa, en el siglo XVI.

–Hmmm, y ¿cómo se llama el libro?

–Se llama *El gran conflicto*.

CAPÍTULO 8

Alexander dejó que Natasha hablara al tío Vitelli acerca del libro. Ella podía hacer un mejor trabajo de interesarlo que Alexander. El tío Vitelli, a veces, era demasiado “contreras”. A veces discutía, solo por el placer de discutir, según parecía.

–A ver, miremos –el tío Vitelli parecía realmente interesado ahora.

–“*El gran... conflicto*” –leyó lentamente.

Hojeó el libro, y comenzó a leer de un par de capítulos.

–Esto parece muy interesante –dijo después de unos minutos.

–¡Nos encanta! –dijo Natasha–. Mira, déjame leerte una parte que nos resultó muy interesante.

Natasha estiró el brazo para tomar el libro.

–Está aquí, en el capítulo que habla de los valdenses –dio vuelta las páginas rápidamente, hasta detenerse finalmente y buscar con el dedo un párrafo específico.

–Aquí dice: “Tras los elevados baluartes de sus montañas, refugio de los perseguidos y oprimidos en todas las edades, hallaron los valdenses seguro escondite. Allí se mantuvo encendida la luz de la verdad, en medio de la oscuridad de la Edad Media. Allí, los testigos de la verdad conservaron por mil años la antigua fe”.

–¿Valdenses, eh? Y ¿de qué se estaban escondiendo estas personas? –preguntó el tío Vitelli.

—De los líderes religiosos; de los políticos —Alexander se puso serio—. Gente que no creía exactamente lo mismo que ellos.

El tío Vitelli miró por encima de sus anteojos de marco de carey.

—Eso era cosa seria. Quiero decir, tener que esconderse de todos para poder vivir como uno quiere. ¡Lo odiaría!

Alexander frunció el ceño y bajó la voz.

—Creo que todos hemos estado allí.

—¿Y ahora qué? ¿Dónde dijiste que conseguiste el libro?

—Bueno, en realidad, esa es la parte más interesante de todas —sonrió Natasha—. Un joven vendedor de libros nos trajo los libros. Él sabe todo acerca de la historia de la religión, y puede citar largos pasajes de sus libros.

Natasha levantó el otro libro que Leonid les había vendido.

—Este libro, aquí, es el más antiguo del mundo. Se llama Biblia. Algunas partes de ella fueron escritas mil cuatrocientos años antes de Cristo.

—Leonid nos leyó de este libro, y tiene algunas de las historias más increíbles que hayamos oído alguna vez —se unió diciendo Alexander—. Historias que desafían la imaginación. Y todas son verdaderas.

—Leonid, ¿eh? —el tío Vitelli extendió la mano para tomar la Biblia.

—Así es. Él dijo que la Biblia tiene muchos críticos, pero que todos los años se hacen descubrimientos arqueológicos que prueban más y más que sus relatos son históricamente exactos.

—¿Cómo cuál?

—Como la historia de un diluvio mundial. El diluvio de Noé, lo llaman —Alexander miró al tío Vitelli—. Te gustará esa historia. Está al comienzo de un libro llamado Génesis. Tiene que ver con el mundo científico y todo eso. Aquí, mira, marcamos algunas. Mira por ti mismo —dijo abriendo el Libro Santo y señalándole el capítulo con la historia.

—Y aquí está la historia del hombre que podía predecir el futuro

por medio de sueños –Natasha se inclinó sobre el hombro del tío Vitelli–. Él ayudó a salvar al antiguo Egipto y a las demás naciones mediterráneas de la inanición.

El tío Vitelli dio vuelta las páginas de la Biblia.

–Veo que han marcado todo tipo de historias aquí –dijo haciendo una pausa, y comenzó a leer: “Entonces el pueblo gritó, y los sacerdotes tocaron las bocinas; y aconteció que cuando el pueblo hubo oído el sonido de la bocina, gritó con gran vocerío, y el muro se derrumbó” –el tío Vitelli hizo una pausa, como si estuviera en profunda reflexión–. ¿Sucedió eso realmente? –preguntó, con una expresión extraña en el rostro.

–De acuerdo con Leonid, el vendedor de libros, sí.

El tío Vitelli dio vuelta algunas páginas más, y comenzó a leer nuevamente:

–“Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones. Por tanto, no temeremos, aunque la tierra sea removida y se traspasen los montes al corazón del mar; aunque bramen y se turben sus aguas, y tiemblen los montes a causa de su braveza”.

Cerró el libro y miró su tapa, manteniendo el dedo en el lugar donde había estado leyendo.

–He oído que este libro está en algún tipo de lista de contrabando –dijo mirando a Natasha y luego a Alexander.

–Pensamos en eso –dijo Alexander lentamente–, pero es tan interesante. Y, en realidad, no dice nada en contra de la URSS. El libro ni siquiera la menciona.

–Hmmmm –se encogió de hombros el tío Vitelli–. A mí me parece bueno... Levantó las cejas y dijo:

–Me gustan los libros. Cuando terminen con ellos, mándenmelos.

CAPÍTULO 9

La mañana siguiente amaneció clara y brillante. No había ni una nube en el cielo cuando Alexander se levantó y se preparó para el nuevo día. Mientras se ponía el uniforme de trabajo, Natasha preparó el desayuno. Era una comida muy sencilla, que comían casi todos los días; más *kasha* con crema agria y papas. No era la comida de un rey, pero era lo que podían comprar. A Alexander le hubiese gustado comer salchichas también, pero las salchichas eran caras, y no siempre estaba seguro de que se podía confiar en ellas. Cuando las comían, generalmente Natasha las volvía a cocinar, con el fin de asegurarse de eliminar cualquier bacteria o enfermedad que hubiese en ellas.

—Come más papas —dijo Natasha mientras bostezaba, somnolienta—. ¡Cuidado! ¡La sartén está caliente!

—Mmmmm, huele rico —dijo Alexander mientras se servía una segunda porción—. Muchas gracias, querida.

—Dios es bueno —dijo ella, sonriendo dulcemente—. Pienso que nuestra vida ha cambiado para siempre. Desde la visita de Leonid, parece que nada puede salir mal. Es como si la paz de Dios estuviera en nuestro corazón, y nada nos la puede quitar —Natasha se restregó los ojos, para despertarse.

—Eso es exactamente lo que estaba pensando —Alexander le dio unas palmaditas en la mejilla—. Parece demasiado bueno para ser verdad, ¿no es cierto?

Leyeron algunas páginas de sus libros, y luego Alexander repentinamente se alejó de la mesa.

—Voy a sacar a los perros a dar una vueltita, antes de irme.

Natasha se sentó, sorprendida.

—¡Sí, es cierto! Me olvidé totalmente de Boris y de Lexi. ¡Han estado tan callados! Nunca los sacamos de la pieza del fondo anoche, después de que se fueron los tíos Vitelli y Marina. Busca tu abrigo, Alexander. Los vamos a sacar ahora mismo.

Se dirigió rápidamente a la habitación del fondo, hablándole a Alexander mientras caminaba.

—Me resultó extraño que los perros no nos despertaran esta mañana. Boris no es un perro pequeño; espero que se haya portado bien. Debe de estar listo para salir a correr. ¡Ven, Boris! ¡Lexi, aquí! —llamó, mientras abría la puerta del depósito y encendía la luz.

Y entonces Alexander la oyó dar un grito ahogado.

—¡Oh, no! ¡Perros malos! —dijo en voz alta—. ¡Boris! ¡Qué hiciste! ¡Oh, Alexander! —llamó ella, alarmada—. ¡Esto es terrible!

Para este momento, Alexander había corrido hasta la habitación del fondo y había encontrado a Natasha parada, muda, en el medio de la pieza. Boris estaba corriendo alrededor, excitado, moviendo la cola, mientras Lexi miraba a Natasha con ojos de súplica. Des-parramadas por todas partes, había cosas que habían estado en los estantes del depósito. Sobre el piso, había dos o tres platos rotos, y habían masticado hasta agujerear un abrigo grueso de invierno.

Pero, lo que horrorizó a Alexander y a Natasha, por encima de todo lo demás, fue la caja de libros que Leonid les había dejado. La caja había sido derribada de una pequeña mesa que había en la habitación, y estaba caída de lado sobre el piso. Los perros habían arrastrado fuera las Biblias y los libros, y estos yacían esparcidos por el piso. Había hojas por todas partes, arrancadas, de los maravillosos libros. Las hojas y parte de la encuadernación tenían marcas de dientes, y algunas tapas estaban roídas más allá de todo reconocimiento.

—¡Esto no puede ser! —se lamentó Natasha, cayendo sobre sus rodillas—. ¡Los perros se comieron las Biblias! ¡Las masticaron hasta dejar solo pedacitos! ¡Oh, Alexander! ¿Qué vamos a hacer?

Boris y Lexi trataron de hacer la paz con Natasha, pero ella los alejó.

—¡Perros malos, malos! ¡No vengan acá, a tratar de ser dulces! —los reprendió, enojada—. ¿Cómo hicieron esto? ¡Debería darles una terrible paliza!

—No deberíamos haber dejado a los perros aquí durante tanto

tiempo –rezongó Alexander, con la mano en la cabeza y hundiendo los hombros–. Anoche hablamos y hablamos, y nos olvidamos de ellos –cerró los ojos, exasperado–. ¿Qué vamos a decirle a Leonid?

–¡Todos sus libros maravillosos! –dijo Natasha inclinando la cabeza, avergonzada–. ¡Perdidos! ¡Destruídos! ¡Mira las hojas, todas arrancadas! Desgarradas de los libros y tiradas por todas partes.

–¡Y todas esas marcas de dientes! Parece como si un animal salvaje los hubiera despedazado.

Los ojos de Natasha se suavizaron un poco mientras miraba a Boris, que tenía la cara misma de la inocencia.

–¡Oh, Alexander! Boris no sabía que estaba haciendo mal. ¡Es solo un cachorro!

–Pero arruinó los libros, y ¡ahora vamos a tener que pagarlos a todos! –los ojos de Alexander destellaron de enojo–. ¡Perros malos, malos! –dijo fríamente.

Natasha miró a su alrededor.

–¿Cuántos libros había en la caja, Alexander?

Él suspiró cansadamente, y se arrodilló al lado de ella.

–No lo sé, Tash. Veamos, parece como si esto fuera parte de uno, y este pedazo va aquí, con esto. Y esto debe ser otro –se inclinó–. Y aquí hay otro. Cuatro, cinco... seis... siete... No, esto podría ser parte de este otro, aquí. Ocho... nueve...

Natasha comenzó a contar con él:

–Diez, once... Oh, Alexander, debe de haber más de una docena de libros arruinados aquí –ella se cubrió el rostro con las manos.

–Y eran los libros de Dios, listos para hacer mucho bien; para traer el evangelio a muchas personas en esta gran ciudad.

Alexander se levantó lentamente, desalentado, sacudiendo la cabeza. ¿Qué podían decir? Los libros arruinados habían sido prometidos a clientes que ya los habían pagado. Ahora, la gente tendría que esperar sus libros por más tiempo todavía.

Pero, lo que más temían Alexander y Natasha era la mirada que sabían que verían en el rostro de Leonid cuando le dieran la triste

noticia. Él había sido muy bueno con ellos, al traerles esperanza de una nueva vida con Dios, ¿y así era como le pagaban?

—Ve y saca a pasear los perros —dijo Natasha con tristeza, todavía sobre sus rodillas, entre las hojas y los fragmentos de libros desparramados sobre el piso—. Yo me ocupo de este lío.

Los perros salieron corriendo al oír hablar de la caminata, totalmente inconscientes de la “camicería” que habían dejado detrás.

Mientras Alexander caminaba por las veredas del parque local observando cómo corrían y jugaban Boris y Lexi, deseaba poder estar tan despreocupado como ellos. Pero, sabía que eso no era posible. Los libros arruinados se le aparecían frente a él como una montaña gigante, inamovible.

Alexander alzó un palo y lo tiró, para que los perros lo buscaran. ¡Las últimas horas habían resultado ser un desastre! ¡Una catástrofe! Tan solo la noche anterior, él y Natasha habían estado compartiendo con el tío Vitelli y la tía Marina los maravillosos libros nuevos, que habían llegado a bendecir su vida.

Y ahora esto. En todos sus años de vida, no podía recordar algo que hubiera salido tan mal como esto. Parecía una calamidad de proporciones astronómicas. Reemplazar los libros costaría una cantidad increíble de dinero; pero era más que eso. Había algo que lo estaba molestando más allá de lo obvio. Quizás era lo que los libros representaban. Eran libros religiosos: libros que tenían un propósito real y que habían sido preparados especialmente para llevar las buenas nuevas de salvación al mundo. La tragedia era casi sacrílega de una manera extraña; una profanación de algo santo. No sabía mucho acerca de la historia de los libros, cómo habían sido escritos, o lo que había costado imprimirlos y entrarlos de contrabando en Novosibirsk. Pero, una cosa era segura: Dios mismo estaba involucrado.

Alexander recordó la historia de Leonid acerca de la mujer que había orado, y cómo un ángel se le había aparecido en un sueño, diciéndole que estuviera atenta al hombre con los dos libros. En

su mente, eso los convertía en libros santos. Y el resto de los libros de Leonid ¿eran menos santos? Alexander pensaba que no, y eso hacía que su situación fuera más desesperada todavía. La idea de que Boris y Lexi habían mordido todos los libros de Leonid parecía más que irreverente. Era como darle una bofetada en la cara a Dios.

CAPÍTULO 10

*D*ebo ser fuerte; por lo menos, para Natasha, razonó mientras volvía al departamento, tratando de sacudirse la maraña de pensamientos que amenazaban con abrumar su mente. Estaba muy silencioso cuando entró al calor de su pequeño departamento, pero tenía una mirada determinada en su rostro.

—No te preocupes —le aseguró a Natasha—. Pensaremos en alguna manera de conseguir el dinero para pagar los libros.

Alexander y Natasha se sentaron junto a la mesa de la cocina, para pensar qué deberían hacer a continuación. Revisaron una vez más la caja de libros, con el fin de evaluar el daño. De los más de veinte libros en la caja, catorce estaban absolutamente arruinados.

—¿Qué le vamos a decir a Leonid? —había lágrimas en los ojos de Natasha—. Dios lo envió con un mensaje tan maravilloso para nosotros, y ¿le pagamos así?

—Solo tendremos que pagar los libros; eso es todo.

—Sí, por supuesto; pero cuestan mucho. ¿Cómo vamos a conseguir el dinero para hacerlo?

Alexander suspiró profundamente.

—No lo sé, Natasha, pero debemos hacerlo. Es lo que corresponde.

El día apenas había comenzado, pero a Natasha le parecía que ya se veía cansado. Ella inclinó la cabeza, en sumisión al problema que debían afrontar.

—Quizá tengas razón.

—Dios nos ayudará —Alexander puso la cabeza entre sus manos—. Realmente no fue culpa de nosotros. El diablo está aquí, para traernos problemas.

—¿Te parece?

—Estoy seguro. El diablo no quiere vernos felices. No quiere que aprendamos de Dios o de la verdad en su Santa Biblia.

Natasha abrió grandes los ojos, cuando repentinamente comprendió por primera vez lo que había pasado.

—¡Así que el diablo está enojado con nosotros e hizo que Boris lo realizara!

Se volvió hacia Boris, que la miraba cautelosamente.

—¡Eso es, Boris! ¿Oíste? ¡No deberías haber ayudado a Satanás a destruir esos buenos libros, perro malo! ¡Vergüenza debería darte! —sacudió el dedo ante él y luego miró a la madre perra—. ¡Y Lexi, deberías haber hecho que tu cachorro se portara bien!

—Lo que está hecho, está hecho —dijo Alexander sacudiendo la cabeza gravemente—. Tendremos que decirle la verdad a Leonid cuando venga. Solo espero que lo entienda. Pero Dios tendrá que ayudarnos —agregó—, si tal cosa es posible. No podemos pagar esos libros ahora. Dios tendrá que ayudarnos de alguna manera a encontrar el dinero para estos libros.

Se levantó de la mesa, todavía con el abrigo puesto.

—Ahora, debo irme a trabajar. Debemos orar a Dios, Natasha, como hacía Leonid. Quizá Dios nos ayude a encontrar la manera de pagar esos libros. Podemos hablar de ello esta noche.

Alexander salió del departamento y se dirigió a la estación de tren, donde subió al tren que lo llevaría a la zona comercial. Miró por la ventana del tren, que se movía lentamente. El *click-clack* de las ruedas sobre las vías puntuaba sus pensamientos, mientras pasaban al lado de edificios altos de departamentos, por oscuros túneles subterráneos y, finalmente, por encima de calles congestionadas en la zona comercial donde trabajaba.

¡Qué dilema! Alexander cerró los ojos, y trató de pensar en una solución. La idea de todos esos libros allí tirados y despedazados era siniestra. ¿Cómo iba a pagar los libros que los perros arruinaron? Era un hombre pobre. Mentalmente calculó el costo de reemplazar los libros, y parecía financieramente imposible hacerlo. Ya había dado a Leonid todo el dinero que tenían, para pagar los dos libros que habían comprado. Ese era el dinero que necesitaban para pagar el alimento y los medicamentos para el resto del mes. Alexander no recibiría su salario mensual hasta dos semanas más tarde.

Afortunadamente, el trabajo de Alexander no requería que se concentrara demasiado, porque ciertamente estaba haciendo un trabajo mediocre esa mañana. El área cerrada donde estaban las bóvedas era una sala silenciosa y grande, con poco tránsito la mayor parte del día. Había mucho tiempo para pensar en el problema en que él y Natasha se habían metido; quizá, demasiado tiempo.

Durante toda la mañana, Alexander no pudo sacudirse la sensación de temor con la que habían comenzado el día. Mientras estaba parado en su puesto junto a la bóveda, trató de pensar en qué haría o diría, si estuviera en los zapatos de Leonid escuchando a un cliente decirle que los libros que había confiado a su cuidado estaban arruinados. No podía imaginar que la situación se resolviera fácilmente. Después de todo, ¿había alguna manera buena de decir: “Oh, de paso, nuestros perros se comieron tus libros”?

Intentó orar, pero parecía que sus oraciones no subían más que al cielorraso decorado que se extendía por encima de él, en la quietud de las salas del banco. Finalmente, inclinó la cabeza y dejó su ansiedad delante de Dios.

—No tengo respuestas —oró—. Señor, solo tú puedes ayudarnos a superar este horrible desastre. ¿Quién sabe? Quizás haya una razón por la cual permitiste que esto sucediera. ¿No oí una vez a Leonid decir que todas las cosas ayudan a bien a los que trabajan para Dios?

Alexander sonrió interiormente, aunque su rostro lo traicionaba. Por supuesto, no se podía tomar una cosa así al pie de la letra,

pero algo en su corazón le decía que prefería ser un hombre pobre y estar en paz con Dios, antes que lo contrario.

Mientras tanto, allá, en el departamento, Natasha estaba intentando poner las hojas arrancadas y rasgadas nuevamente en los libros, pero era imposible. La mayor parte de los libros estaba arruinada más allá de toda reparación posible. Centenares de páginas habían sido arrancadas, y despedazadas y mojadas con saliva perruna, y las tapas de los libros estaban llenas de marcas de dientes. ¡Se sentía tan mal! Mientras contemplaba ese revoltijo sin esperanza, se dio cuenta de que no había absolutamente nada que ella pudiera hacer. No había nada que alguien pudiera hacer. Y no había nadie con quien hablarlo, tampoco; aunque eso no importaba demasiado. Todo el problema era demasiado deprimente para las palabras. Hasta Boris parecía triste por lo que había pasado.

Natasha pensó en las Biblias y los libros durante todo el día. A menudo, detenía su trabajo para secarse las lágrimas de los ojos. *Ya es suficientemente malo que los libros se hayan arruinado*, pensó Natasha. *Los libros son preciosos para la gente de Rusia; son como viejos amigos. Los libros se leen y se releen, y luego se comparten con otros. Pero, estos libros eran libros de Dios. Se imprimieron para llevar el evangelio a la gente que está buscando a Dios. Los pusieron a nuestro cuidado para que los guardáramos, ¡y son tan caros! ¿Qué vamos a hacer?*

En un momento de la mañana, ella literalmente cayó sobre sus rodillas y oró llorando, casi con desesperación. “Por favor, Señor, no quisimos arruinar los libros. Estamos tan contentos porque hayas enviado a Leonid hasta nosotros; pero, nos sentimos muy mal porque los perros destruyeron los libros. Por favor, ayúdanos a encontrar la manera de pagarlos”. Y luego, casi como una ocurrencia tardía, farfúlló: “Señor, no te conozco realmente. Leonid dice que eres el Dios del universo y que, sin embargo, te interesas en nosotros. Por favor, Dios, si quieres, yo sé que tú puedes ayudarnos a encontrar un camino”.

De alguna manera, orar pareció ayudar, aunque ella nunca antes había orado sola. Sus oraciones le dieron valor para secarse las lágrima-

mas y seguir con su trabajo. Y trabajar también la ayudó un poco, al obligar a su mente a concentrarse en otras cosas. Sin embargo, para la hora en que Alexander llegó a la casa esa noche, Natasha estaba agotada, por el largo día de preocupación y ansiosa oración.

CAPÍTULO 11

—Oh, Alexander —corrió a recibirlo a la puerta—, estoy tan feliz de que hayas llegado a casa. ¡Pensé que este día no iba a terminar nunca!

Lo abrazó con mucha fuerza, como si tenerlo allí haría que todos sus problemas desaparecieran.

—He estado preocupada todo el día, y orando, como tú dijiste; pero, me siento muy mal.

Ella lo miró ansiosamente a los ojos.

—¿Se te ocurrió alguna manera en que podamos conseguir el dinero para pagar los libros?

—No —dijo Alexander mientras, desalentado, dejaba caer la cabeza—. Pero, también estuve orando —los ojos se le iluminaron un poco—, y sé que todo saldrá bien. Tiene que ser así —suspiró mientras se quitaba el abrigo—. Tenemos los libros nuevos y la verdad que estos nos han traído, y nos tenemos el uno al otro. Eso vale más que cualquier otra cosa, ¿no te parece?

—Sí —Natasha parecía esperanzada por primera vez en el día—. Creo que tienes razón.

—Y encontraremos la manera de pagar esos libros, siempre y cuando Leonid esté dispuesto a esperar un poco —Alexander miró confiado a su hermosa esposa—. Y he pensado en algo más. Si tenemos que pagar los libros, seremos dueños de ellos. ¿Quién sabe? Quizá, Dios haga algo especial con esos libros de alguna manera.

Natasha lo miró, con una mirada de perplejidad en el rostro, pero luego sonrió y le dio otro abrazo.

—Creo que eso es posible. ¿Acaso no leímos con Leonid, en alguna parte de la Santa Biblia, que con Dios todo es posible?

El sol se estaba poniendo, y sus últimos rayos de luz dorada se colaban por la ventana de la cocina. Durante unos pocos minutos, el calor de la cocina y la quietud del momento capturaron algo especial para la joven pareja rusa. Sabían que Leonid vendría esa noche a buscar sus libros; en realidad, llegaría en cualquier momento. Pero ya esto no los atemorizaba, como temprano esa mañana. Todavía no tenían ningún plan, pero la paz de Dios estaba en su hogar, de manera que nada más parecía importar.

Y de repente, alguien estaba golpeando a la puerta, y ellos sabían que debía ser Leonid. Había llegado el momento de la verdad, y ambos se miraron, buscando fuerzas en el otro.

—¡Oh, Alexander! ¿Ya está aquí? —los ojos de Natasha repentinamente se llenaron de angustia nuevamente—. ¿Qué le diremos?

Alexander se acercó a la puerta.

—Si es él, tenemos que decirle la verdad, y debemos hacerlo ahora. ¡Terminemos con esto!

Abrió la puerta, y allí estaba Leonid nuevamente; el apuesto y joven vendedor.

—¡Alexander! ¡Natasha! ¡Qué bueno verlos! —dijo sonriendo—. ¿Cómo han estado? Estuve pensando en ustedes toda la semana, y esperando pasar tiempo juntos otra vez.

Boris y Lexi estaban exultantes de ver a Leonid. Boris le saltó como si siempre hubiera sido un miembro de la familia. Leonid sonreía como un niño escolar, y esto hizo que Alexander se sintiera más nervioso, al verlo tan feliz. No podía evitar preguntarse cómo se sentiría Leonid cuando le dijeran la verdad acerca de los libros.

—¡Nosotros también hemos estado esperando que regresaras! —Alexander trató de encubrir sus verdaderos sentimientos—. ¡Pasa! ¡Es bueno verte nuevamente! ¿Cómo fue tu viaje?

—¡Dios es bueno! Tuve un buen viaje. Mi mamá no se ha estado sintiendo bien en estos últimos meses, pero ahora, ¡alabado sea Dios!, está mucho mejor. Mi pastor vino a visitarla, y oramos y la unguimos, para ayudarla a sentir mejor —Leonid tenía una mirada de santa paz en el rostro.

Alexander pensó en lo que Leonid decía. ¿Habían ungido a su madre? Fuera lo que eso fuese, sonaba interesante, pero luchó contra su curiosidad. Tendrían mucho tiempo para hablar de eso más tarde. Ahora, lo único que quería era darle la noticia de los libros arruinados, y sacarse eso de encima. Antes de decir cualquier otra cosa, o siquiera acerca de la taza de té acostumbrada, que pudiera encubrir la verdad, Alexander quería decir lo que tenía en la mente. Esto era importante. ¡Ya les había quitado suficientes horas de felicidad y paz!

—Leonid, siéntate, por favor —invitó Alexander a su visitante, antes de perder el valor de decir lo que tenía que decirle—. Tenemos malas noticias para ti. Nosotros... —Alexander trató de juntar valor—. Esto es algo muy difícil de decirte, Leonid. Pero...

Natasha no pudo soportar más la tensión y, para sorpresa de Leonid, se echó a llorar.

CAPÍTULO 12

Leonid se daba cuenta de que algo estaba muy mal, pero a pesar de la ansiedad de Alexander y de Natasha no tenía idea de qué podía ser. ¿Estaría enfermo alguno de los dos? ¿Habrían cometido un crimen o alguna otra cosa? Natasha estaba llorando tan fuerte que apenas podía entender lo que decía, pero de pronto comenzó a darse cuenta de lo que estaba tratando de decir, a medida que salían a la luz, uno tras otro, los horribles detalles.

—¡Oh, Leonid! Los perros han destruido tu hermosa caja de libros. ¡Se los comieron todos! Lo lamentamos tanto. Hemos pensado cómo, cómo... — y se echó otra vez a llorar.

El vendedor de libros se quedó sentado allí, con una expresión de bondad en el rostro. Los miró con tanta compasión y simpatía que Alexander pensó que no había entendido lo que Natasha había dicho.

Alexander miró a Leonid, con los ojos llenos de tristeza.

—Anoche vinieron unos parientes a cenar —dijo—, y pusimos a los perros en la pieza de atrás, porque no se quedaban quietos. Y los dejamos allí toda la noche, por accidente —Miró a Natasha y dejó caer la cabeza—, en la misma habitación donde pusimos tus libros cuando te fuiste, y nos olvidamos de ellos, y los perros se metieron con el cajón de libros y los destruyeron. Estamos muy enojados con los perros —agregó—, pero no pudimos hacer nada al respecto.

Era triste oír la historia, pero Leonid no se inmutó.

—¿Dicen que los perros se los comieron?

—¡Los mordieron a todos! —agregó Natasha—. Y los destrozaron y los destruyeron. ¡Qué vergüenza! —dijo aspirando—. ¡Eran libros de Dios! ¡Maravillosos! No te imaginas cuánto lo lamentamos. Y ahora vamos a pagarlos. Es lo único que podemos hacer.

Leonid se conmovió por la confesión de la joven pareja.

—Natasha, Alexander —sonrió—, tienen razón. Es una mala noticia para todos. Pero no es una mala noticia para Dios. Dios es el dueño de todos los libros que hay en el mundo. Si él permitió que Boris y Lexi arruinaran los libros, entonces es cosa de él. Él se ocupará de esto a su manera.

Pero Natasha no estaba tan segura. Aspiró nuevamente en medio de sus lágrimas, y luego miró a Boris y a Lexi, que estaban echados tranquilamente debajo de la mesa.

—¡Boris! ¡Perro malo! —le dijo bruscamente—. No deberías haberte comido los libros. ¡Y Lexi! ¡Tú no ayudaste, tampoco!

Los perros miraron para otro lado, y hundieron más la cabeza y

el cuerpo contra el piso. Era como si entendieran lo que ella decía, y estuviesen tratando de mantener un bajo perfil por ello.

—Bueno, bueno, se portaron mal —sonrió Leonid—; pero, Natasha, Dios también ama a sus criaturas. Él hizo a Boris y a Lexi. Lo que hicieron es algo natural para ellos. No debes sentirte mal con ellos o contigo misma por esto.

Leonid apoyó una mano sobre el hombro de Alexander.

—No podemos culparnos siempre a nosotros mismos cuando las cosas no salen como queríamos. Recuerden: las personas son más importantes que las cosas, aun si hablamos de libros sagrados.

Entonces, se agachó y dio unas palmaditas a Boris en la cabeza.

—Dios es un Dios de milagros. No está limitado por nuestros problemas terrenales. Solo por nuestra fe.

Entonces comenzó a contarles más historias de la Biblia, en las que Dios transformó los desastres en milagros. Les contó la historia de cómo Dios utilizó diez plagas para ayudar a los israelitas a huir de la esclavitud en Egipto, y el milagro de cómo cruzaron el Mar Rojo sobre tierra seca. Les habló de Daniel, quien fue arrojado al foso de los leones porque se negó a deshonrar a Dios, y cómo Dios cerró la boca de los leones. Les contó historias acerca de los milagros que Jesús hizo para liberar a las personas del horrible poder de Satanás.

Natasha y Alexander miraban a Leonid sin poder creer lo que oían. ¿Quién era este joven? De verdad, ¿quién era? Su nombre era Leonid y era vendedor de libros cristianos, pero ¿quién era realmente? ¿Cómo podía perdonarlos así nomás? ¿Cómo podía olvidar que sus perros habían destruido más de una docena de libros santos escritos y dedicados a divulgar el evangelio? Ahora sabían que era verdaderamente un santo hombre de Dios, listo a ponerse de su lado en la hora de su necesidad.

Podían darse cuenta de que Leonid *realmente creía* en el poder de Dios. Podían ver la convicción de fe en sus ojos, y el hecho de que los libros arruinados no lo frustraba en lo más mínimo. Era real-

mente sorprendente, y los ayudó a convencerse de que quizá Dios tampoco estaba molesto con ellos por los libros arruinados.

Entonces todos inclinaron la cabeza, mientras Leonid oraba para que todo obrara para bien; que Dios se ocupara de los libros arruinados y los bendijera, a pesar de todo lo que había pasado.

Cuando terminó de orar, Natasha expresó sus pensamientos de que quizá Satanás podría haber sido responsable, en parte, de lo que había pasado con los libros.

—Leonid, nos preguntábamos si sería posible que el diablo no quiera que estos libros se vendan —ella levantó las cejas con expectativa—. Y que por esto, quizás, hizo que los perros hicieran algo así.

Leonid le sonrió.

—Es posible, absolutamente posible. Y yo creo que, probablemente, esta sea la principal razón por la que los perros arruinaron los libros. Satanás no quiere que estos buenos libros sean leídos, porque traen la verdad de la salvación a quienes los tienen y los leen.

Los ojos de Natasha todavía se veían tristes, pero Leonid podía ver que estaba comenzando a relajarse.

—Tráeme los libros —pidió Leonid finalmente—. Tal vez no sea tan malo como ustedes dicen. Quizá se pueda hacer algo para arreglarlos, después de todo.

—¡Oh, no, Leonid! —dijo Natasha, mirando a Leonid con los ojos grandes como dos platos—. No se puede hacer nada por esos libros —insistió—. ¡Están completamente arruinados!

—Bueno, entonces, ¡Boris y Lexi, veamos qué es lo que han hecho! —dijo Leonid, mirando serio a los perros.

Natasha sacudió la cabeza, y luego se dirigió a un depósito en el pasillo y sacó la caja con libros.

—Mira, hasta la caja está mordida —dijo, y luego colocó la caja sobre la mesa de la cocina y comenzó a abrirla.

Todavía tenía los ojos colorados e hinchados de llorar.

—Pusimos todos los pedazos de los libros rotos aquí adentro. Es una pena, porque...

- De repente, dio un grito ahogado.
 - ¡Alexander! ¿Qué pasó aquí? ¿Cómo puede ser? –exclamó, mientras miraba dentro de la caja–. ¡No puedo creer lo que ven mis ojos!
- Alexander y Leonid se pusieron de pie de un salto, y vinieron a mirar lo que había dentro de la caja.
 - ¡Es imposible! –seguía exclamando Natasha–. ¡Es imposible!
 - ¡Y realmente era imposible!

CAPÍTULO 13

La mirada de confusión en el rostro de Natasha era verdaderamente asombrosa. Al principio, ella y Alexander solo se quedaron mirando la caja, pero luego Alexander comenzó a sacar los libros de la caja, uno por uno. Para su asombro, no había ni siquiera un solo libro con marcas. Las hojas no tenían marcas de dientes en ellas, y estaban en los libros como si nunca hubiera habido algo fuera de lugar. Natasha y Alexander se quedaron mudos.

–¡Es un milagro! ¡Es un milagro! –comenzó a repetir Alexander una y otra vez–. ¡Estaban todos rotos y despedazados! ¡Estaban arruinados! –dijo, mientras miraba a Leonid–. ¡Había marcas de dientes aquí, Leonid! ¡Te lo juro! ¡Y había muchas hojas sueltas! ¿Cómo puede ser esto?

–¡Es verdad! –susurró Natasha–. Los libros estaban todos mordidos y comidos. ¿Dónde se fueron? ¡Nosotros los vimos! ¡Había más de una docena de libros destruidos, y estaban aquí, en esta misma caja!

■ Leonid sonreía ahora. Miró a Alexander, luego a Natasha y de vuelta a Alexander.

–¡No, de verdad! –protestó Alexander, incrédulo y maravillado, mientras observaba la expresión en el rostro de Leonid–. ¡Nosotros vimos los libros con nuestros propios ojos! ¡De veras! ¡Esta mañana

estaban en la pieza del fondo, hechos pedazos, rotos! ¡Había pedazos por todas partes, y los recogimos y tratamos de arreglarlos como mejor pudimos!

Natasha asintió con la cabeza.

—Y estábamos muy enojados con los perros. Boris todavía es un cachorro, pero nos sentimos muy mal por lo que había hecho. Estábamos tan preocupados por qué te diríamos y, y...

Leonid seguía sonriendo.

—Dios proveyó —dijo finalmente—. Dios escuchó sus oraciones, Alexander y Natasha, porque ustedes clamaron a él. Él, en su poder, recompensó la fe de ustedes porque confiaron en él.

—¡Es así! ¡Es así! —exclamó Alexander, en gozosa reverencia, mientras contemplaba los libros otra vez, y mientras tomaba la mano de Natasha en la suya—. ¡Oh, Natasha! ¿Cómo podemos volver a dudar del poder de Dios? ¡Este es un milagro directo del Trono de Dios en el cielo! —inclinó la cabeza—. Dios sabía que no podíamos arreglar los libros por nosotros mismos, ¡así que, debió haber enviado a sus ángeles para que los arreglaran!

Natasha se quedó mirando a su esposo.

—¡Es verdad! —sus labios comenzaron a temblar nuevamente—. Dios y sus ángeles nos han cuidado. Han venido a nuestro hogar, y nos bendijeron con ayuda celestial. ¡*Slava boag!*

Ella cayó una vez más sobre sus rodillas en el piso de la cocina, con una mirada de dulce reverencia en el rostro. Leonid y Alexander se arrodillaron al lado de ella, e inclinaron la cabeza reverentemente, ante el increíble milagro tan claramente demostrado en favor de ellos.

Boris y Lexi no sabían qué hacer, pero parecían captar el profundo significado del momento. Se echaron, apoyaron la cabeza sobre el piso entre sus patas, y esperaron en silencio.

—Señor, Dios de nuestros padres —oró Leonid—. Estamos arrodillados, maravillados, delante de ti esta noche. Tú eres fiel, Señor, y tus misericordias son nuevas cada mañana. Gracias por este asom-

broso milagro que ha restaurado los libros extraordinarios que el diablo quería destruir. ¿Cómo podemos agradecerte por este regalo? Oro para que nunca dudemos otra vez, por la bondad que nos has mostrado en este día.

No fue una oración larga, pero ciertamente fue una oración de agradecimiento por el maravilloso milagro que Dios había realizado. Era claro que Dios había intervenido y restaurado los libros. Era incuestionable que lo había hecho de una manera profunda, para que nadie pudiera dudar de ello.

Y luego Alexander oró también, de manera sencilla. Dios, en su misericordia, había enviado a sus ángeles desde el cielo para reparar los libros, y Alexander solo podía dar el crédito a quien le correspondía. Era la primera vez que podía decir que había visto un milagro de proporciones sobrenaturales, y su oración fue su testimonio.

Cuando finalmente se levantaron de sus rodillas, Natasha se secó las lágrimas de los ojos una vez más.

—Nunca olvidaremos este día mientras vivamos, Leonid. Tú nos trajiste la Palabra de Dios. El diablo trató de arrebatárnosla, pero los ángeles de Dios nos la trajeron nuevamente.

Y luego miró a sus dos perros.

—¡Boris y Lexi! —dijo ella con cariño, mientras les acariciaba la cabeza—. Quizá no sean tan traviosos como pensábamos. Ustedes decidieron que la Palabra de Dios era buena también para ustedes, así que se comieron las Biblias en el desayuno.

—¿Biblias en el desayuno? —se rió Leonid—. ¡Eso es algo nuevo para mí!

Y todos se rieron, mientras Boris y Lexi corrían alrededor de la mesa de la cocina, ladrando como si lo hubieran entendido completamente.

Pan del cielo



CAPÍTULO 1

Era una noche cálida. La primavera estaba en camino a la ciudad de Cahul, y el pastor Sergei Petrovich estaba feliz de verla llegar. La primavera era su estación preferida, con sus famosos huertos florecidos e hilera tras hilera de viñedos.

Había llegado el atardecer, cambiando la luz por la oscuridad. Los arbustos de lilas, de dulce aroma, estaban ya florecidos, y su fragancia se colaba por la ventana abierta de la pequeña casa que Sergei compartía con su esposa, Lena. Cerca de la ventana abierta, los grillos estaban afinando, para acompañar a una reinita cabeciderada que cantaba un soneto nocturno.

Sergei leía sentado en un sillón, enfrascado en algunos pasajes bíblicos, preparándose para el mensaje que debía presentar el sábado de mañana. Ajustó sus lentes de lectura, dio una mirada al reloj de carrillón que estaba sobre la pared, y luego se volvió hacia su linda esposa, Lena, que estaba sentada frente a él en la pequeña sala de su hogar. Ya era casi la hora en que debía salir para una de sus reuniones secretas con los dirigentes de la iglesia. Esta noche, elegirían a un nuevo presidente de Asociación para la iglesia en el país de Moldavia. Los líderes siempre mantenían las reuniones en secreto, a fin de que el Gobierno comunista no se enterara de los asuntos de la iglesia.

Hasta un día o dos antes de cada reunión, nadie sabía bien cuándo o dónde se realizarían. Y por buenas razones. Si se anunciaba la reunión con demasiada anticipación, a menudo, la noticia llegaba hasta las oficinas de la KGB.

En lugar de eso, el mensaje se enviaba, estratégicamente, a través de la red social. Las esposas de los pastores compartían la información en forma disimulada de una a otra en el mercado de agricultores, o mientras trabajaban en grupo haciendo mantas. O, a veces, los pastores salían juntos a caminar en la noche, para poder hablar.

Así era como funcionaba la red, y lo hacía bastante bien.

Pero, ninguno de estos trucos iba a detener para siempre a la KGB. En muchas ocasiones, Sergei había sido detenido en la calle por oficiales de la KGB, para preguntarle cuándo y dónde tendría lugar la siguiente reunión secreta de la Asociación. Por supuesto, siempre Sergei podía responder que no lo sabía, porque honestamente no lo sabía. Hablando en general, es de conocimiento público que no pueden usar en contra de nosotros lo que no sabemos.

De manera interesante, a pesar de todo lo que hacía la KGB para amenazar a los cristianos moldavos, de vez en cuando, el Gobierno soviético hacía anuncios públicos indignantes acerca de los derechos humanos, como aquel que decía que se les garantizaba libertad de religión y adoración a todos los moldavos.

De acuerdo con la ley, los miembros de iglesia podían reunirse para adorar, siempre y cuando fuera durante las horas diurnas. Esos cultos eran considerados reuniones abiertas. Esto significaba que en cualquier momento podían aparecer espías de la KGB, para observar todo lo que ocurría en los cultos y a todos los que asistían.

No sorprendía, entonces, que a la KGB no le gustara que se realizaran reuniones secretas con el objeto de elegir nuevas autoridades para la iglesia. Les gustaba tener el control, y por esto eran como una espina para la iglesia, siempre en busca de la oportunidad de atrapar a la Junta de la Asociación en una de sus reuniones secretas.

Sabían que la Junta estaba compuesta por oficiales de la Asociación y, lo más importante, por pastores. Sabían que la Junta se reunía por lo menos tres veces por año, y que siempre trabajaban de noche. Su meta era conseguir información interna de cuándo se realizaría una reunión, y siempre estaban tratando de sobornar a los miembros para que les sirvieran como informantes.

Pero, en la iglesia parecía prevalecer un santo respeto por la obra de Dios en Moldavia y en su capital, Kishinev. Parecía que todos, tanto cristianos como no cristianos por igual, tenían demasiada reverencia por la iglesia como para servir como informantes o como traidores.

Dios siempre había bendecido a las iglesias adventistas locales y, afortunadamente, la KGB nunca había tenido éxito en lograr su objetivo.

Y ahora, justo esa mañana, Lena había traído la noticia de que era el momento de tener otra reunión secreta con los líderes de la iglesia. Esta vez, se reunirían en la casa de un creyente que era miembro de un pequeño grupo de hermanos. Este hogar había sido elegido específicamente porque los líderes sentían que era el lugar menos probable en que la KGB podría buscarlos. Era una casa muy pequeña en las afueras de Cahul, lejos de calles o caminos importantes.

La agenda para esa reunión, tarde en la noche, era conversar sobre la evangelización en el país de Moldavia, y luego elegir un nuevo presidente para la organización de la iglesia allí. Este era un asunto bastante importante para la iglesia que operaba legalmente a la luz del día, pero que trabajaba en secreto y de manera subterránea porque sabía qué pensaba realmente el Gobierno comunista acerca de su organización.

No tenían alternativa. El Gobierno tenía una doble norma, obviamente, y la KGB estaba jugando sucio. Los funcionarios del Gobierno decían cosas lindas acerca de los adventistas del séptimo día, en las reuniones públicas o cuando los visitaban en las iglesias. Siempre hablaban de cuánto querían cooperar con los dirigentes de la iglesia; pero, detrás de escena, la KGB estaba siempre planificando estrategias que debilitaran la efectividad de la iglesia.

Otras iglesias cristianas locales también habían sufrido bajo la notoria mano de la KGB. Algunos grupos informaron tratos severos, que bordeaban en una absoluta opresión. Era común que los oficiales de la KGB fueran de corazón duro y, a veces, hasta crueles en sus tácticas, especialmente si no vivían en la zona. Uno de estos oficiales había sido apodado "Iván, el Terrible". Un truco común que utilizaba era enviar espías que se mezclaran con los miembros y averiguaran dónde se realizarían las reuniones secretas. Más tarde, él y sus secuaces aparecían repentinamente con bates de béisbol y perros, para detener la reunión.

Pero, Dios había bendecido a las congregaciones adventistas y a los pastores que las servían. Hasta el momento, siempre habían logrado reunirse sin ser detectados. Nadie podía siquiera recordar algún momento en que la KGB hubiese tenido éxito en detener una reunión secreta. Sergei sabía que, en parte, era porque los adventistas eran respetados y tenían pocos enemigos. Siempre hacían mucho bien en la comunidad.

Por ejemplo, cuando había una epidemia de alguna enfermedad en un pueblo o ciudad, siempre eran los adventistas del séptimo día quienes sabían qué hacer. Y tenían remedios y tratamientos naturales, que parecían obrar como mágicos.

Y los adventistas eran personas tranquilas. No interferían con la política de los gobiernos locales, sino que se ocupaban en ayudar a otros y en difundir un mensaje de esperanza. Y, aunque estaba prohibido realizar reuniones públicas con propósitos de evangelización, todos sabían qué creían los adventistas y a quién ir, si tenían preguntas acerca de Dios.

Sergei, finalmente, se levantó de su sillón y fue a ponerse los zapatos; era hora de la reunión secreta. Mientras lo hacía, sonrió al observar la comodidad de su hogar.

Lena era una excelente ama de casa y mantenía el lugar immaculado. Las habitaciones de la casita siempre se veían frescas y ordenadas. La cocina siempre estaba sumamente limpia. Cuando llegaba a su casa a la noche, siempre lo recibía el aroma de pan recién horneado o de alguna torta, y Lena siempre tenía un mantel lindo sobre la mesa de la cena.

Y los pisos siempre estaban limpios. Sergei entendía que una de las razones de ello era que se quitaba los zapatos antes de entrar en la casa. Dejar los zapatos junto a la puerta era una costumbre en los hogares rusos, y Lena se ocupaba de que todos siguieran esa regla. Pero ¿qué hombre con una esposa como Lena podría quejarse por eso?

Sergei le dio un beso a su esposa y salió a la noche. La oscuridad era completa, y con ella, sus sombras. Eso era bueno, porque así

evitaría ser detectado por la KGB. No podía darse el lujo de que alguien sospechara del lugar al que se dirigía.

CAPÍTULO 2

La noche estaba fresca, haciendo que su caminata nocturna fuera vigorizante. Sergei se preguntó exactamente en qué lugar estarían los espías de la KGB esa noche. ¿Sabrían de la reunión secreta para elegir un nuevo presidente de Asociación? ¿Lo estarían siguiendo ya? ¿Interrumpirían la reunión y arrestarían a todos?

Tantas preguntas, pero Sergei sabía lo que tenía que hacer, en el caso de que hubiera problemas. Si llegaba a sospechar que alguien lo seguía, sencillamente, debía hacer como que había salido a dar una caminata nocturna, y volver oportunamente a su casa.

Mientras Sergei caminaba rápidamente calle arriba, pensó en la vida que llevaba como pastor. Los tiempos eran difíciles en Cahul y, como todos, él y Lena estaban sintiendo aprietos económicos. Los miembros de las iglesias de Sergei no podían darle mucho; apenas podían pagar sus gastos, y les era difícil contribuir al salario de él.

Pero Dios es bueno, pensó Sergei. Ese era el lema de su vida, y lo vivía con una sonrisa. Era verdaderamente un hombre de Dios, siempre dando, siempre listo para dar una mano de ayuda; y era un hombre de oración. Los miembros de sus iglesias lo amaban, y buscaban en él guía espiritual y consejos.

Al acercarse a la casa en la cual se realizaría la reunión, Sergei hizo más lentos sus pasos y buscó a su alrededor, en la oscuridad, señales delatoras de algún informante de la KGB. No había nadie bajo el farol de la calle. No había agentes parados en la vereda, fumando un cigarrillo en las sombras. No podía darse el lujo de correr algún riesgo.

Para estar doblemente seguro, Sergei pasó de largo por la casa y siguió caminando. Dio vuelta a la izquierda en la esquina, y luego siguió caminando tranquilamente por otra calle. Finalmente, dio vuelta y volvió por otra ruta.

Pero, no había nadie a la vista. Sergei sonrió en la oscuridad. Dios nuevamente había ayudado a los líderes a disimular el lugar de su reunión. Por todas las apariencias, parecía que todo saldría bien.

Después de dar algunas miradas más hacia las sombras, Sergei finalmente se sintió lo suficientemente seguro como para relajarse. Evidentemente, no había nadie por allí afuera. La KGB había fracasado una vez más.

Sergei se dirigió hacia la parte de atrás de la casa y golpeó suavemente la puerta, usando unos golpes secretos previamente concertados. Pronto se abrió la puerta, y Sergei entró en la casa, recibido por uno de los pastores. La casa estaba completamente a oscuras, y aunque le llevó un tiempo que sus ojos se ajustaran a la oscuridad, pronto Sergei pudo distinguir débilmente las siluetas. Había catorce personas. Ellos lo saludaron cálidamente en tonos bajos, y como Sergei fue el último en llegar, enseguida inclinaron la cabeza en oración, para comenzar la reunión.

Durante unos minutos compartieron informes de los últimos esfuerzos de evangelización que habían hecho, y de las necesidades que más tenían que tener en cuenta. Había iglesias y pequeños grupos de creyentes que estaban surgiendo por todas partes. El Señor estaba obrando de manera poderosa para traer el evangelio al pueblo de Moldavia. La gente estaba hambrienta de la Palabra de Dios, y aunque el Gobierno prohibía todo tipo de evangelización abierta, no podía controlar el anhelo por Dios en los corazones del pueblo moldavo.

Después de esta conversación, se abrió el principal punto de agenda de la noche: ¿Quién sería el próximo presidente de la Asociación en Moldavia? Se discutió una lista de candidatos potenciales, y se hicieron muchas preguntas acerca de cada uno de los nom-

bres. ¿Eran personas piadosas? ¿Poseían la sabiduría para guiar al pueblo adventista del séptimo día durante épocas de persecución? ¿Lo apoyaba la esposa y la familia completamente?

La discusión finalmente se redujo a cuatro nombres, y el que más atención recibía estaba sentado en la sala, con ellos. Su nombre era Víctor Petya, y tenía una excelente reputación en las iglesias locales y entre los directivos de la Asociación. El pastor Petya también tenía años de experiencia como evangelista y editor.

Durante años, trabajó traduciendo la Biblia y otros libros inspiradores al idioma moldavo. Consiguió la ayuda de algunas mujeres de las iglesias locales, para que hicieran las copias a máquina. En cierto momento, tuvo cuatro mecanógrafas simultáneas trabajando 24 horas, con el fin de preparar libros para imprimir. Para hacer muchas copias a la vez, insertaban dos o tres hojas de papel carbónico entre las hojas de papel en la máquina de escribir.

Y luego, a través de una serie asombrosa de eventos, el pastor Petya había logrado adquirir una pequeña prensa manual, en la cual duplicaba las Biblias y los libros. Cuando los libros estaban listos, los dirigentes adventistas los llevaban a escondidas a las distintas ciudades y pueblos en que la gente los necesitaba.

Algunos eran vendidos secretamente de casa en casa, por vendedores adventistas de libros. Otros eran utilizados para hacer obra misionera en ciudades donde los pastores llevaban a cabo reuniones secretas de evangelización, en la red de iglesias subterráneas.

Pero, una de las formas más interesantes de distribuir libros y Biblias era por medio de los miembros regulares de las iglesias. Y eso funcionaba de la siguiente manera: un diácono o un anciano llevaba un sábado de mañana uno de los libros del pastor Petya a la iglesia y lo dejaba en el suelo, debajo de uno de los bancos de la iglesia. Luego, en algún momento, quizás ese sábado o el siguiente, alguna persona que necesitara un libro o una Biblia buscaba debajo del banco y se llevaba el libro a su casa. De esta manera, permanecía oculto el lugar en que se había impreso el libro, como también la

identidad de quien había dejado el libro. Si atrapaban a alguien con el libro en la mano en la calle o en su casa, podía decir honestamente: “No sé de dónde provino el libro originalmente, o quién lo imprimió”.

De esa manera, el nombre del pastor Petya seguía apareciendo, para sus colegas, como un hombre con experiencia en el liderazgo, con amor por el evangelio y con una devoción imperecedera por su iglesia.

Después de varias horas de deliberación, los hombres estuvieron finalmente listos para votar. Se pasaron papelitos, y se dijo a cada uno que escribiera el nombre de la persona que pensaba que era la más calificada para la tarea como presidente. Luego, se juntaron los papeles y los llevaron a otra habitación interior de la casa, donde se contaron los votos a la luz de las velas.

Y así, el pastor Víctor Petya fue elegido esa noche unánimemente como el nuevo presidente de la Asociación. Los hombres felicitaron al pastor Petya en su nueva tarea. Luego inclinaron la cabeza para orar y pedir a Dios que lo bendijera como su nuevo dirigente. Finalmente, todos abandonaron la casa y se fueron por caminos diferentes.

Sergei volvió a su hogar por un camino distinto del que había hecho de ida. Cuando llegó a su casa, Lena ya estaba durmiendo, así que se deslizó en la cama sin despertarla. Una brisa fresca movía las cortinas que colgaban en la ventana abierta del dormitorio. Sergei podía oír a los grillos nocturnos, que todavía cantaban sus canciones chirriantes, y más lejos, por la calle, a un perro solitario que ladraba.

Se acomodó sobre la almohada blanda, y repasó los sucesos de las horas anteriores, aliviado porque hubieran podido realizar esa importante reunión y porque la policía secreta, una vez más, había sido engañada en cuanto al lugar en que los dirigentes de la Asociación estarían celebrando una reunión. Había sido una buena noche.

Pero, si Sergei pensaba que todo estaba bajo control, estaba tris-

temente equivocado y listo para ser sorprendido. Se había quedado dormido placenteramente, cuando de pronto se oyeron golpes inesperados y violentos en la puerta del frente de su casa.

CAPÍTULO 3

Al comienzo, la mente aturdida de Sergei no podía captar lo que estaba sucediendo, pero los golpes continuaban. ¿Estaba soñando? ¿Era su imaginación, que trabajaba tiempo extra, aun a estas altas horas de la noche, cuando todos deberían estar durmiendo? ¿Había alguien llamando a la puerta? Luchó para despertarse del profundo sueño en el que había caído, y finalmente, entre las telarañas del sueño, comenzó a darse cuenta de que en verdad había alguien a la puerta.

De repente, Lena se sentó en la cama y comenzó a sacudirlo, para que se despertara completamente.

—¡Es la policía secreta! —susurró con voz ronca—. ¡Tiene que ser la policía secreta!

En un instante, Sergei saltó de la cama para contestar a los golpes incesantes. Cuando abrió la puerta, varios policías corpulentos uniformados se abrieron paso al interior.

—¡Señores! —dijo Sergei, mientras buscaba a tientas el interruptor de la luz—. ¿Qué pasa?

Aunque estaba completamente despierto, todo le parecía como un sueño, mientras entrecerraba los ojos ante la luz que ahora inundaba la habitación.

Un hombre bajo y fornido, bien vestido con un traje azul oscuro, entró en la casa detrás de los policías. Tenía un mentón cuadrado, sus bigotes le otorgaban distinción, y tenía un sombrero que se veía costoso. Dio una mirada rápida alrededor de la habitación, y luego se volvió hacia Sergei.

—¡Hemos venido para llevarlo a nuestras oficinas centrales! —le anunció enérgicamente—. ¡Vamos!

—¿Por qué? ¿Qué hice? —Sergei miró confundido al oficial—. ¿De qué se me acusa?

—Por realizar reuniones ilegales durante horas de la noche, e intentar ocultarlo.

A pesar de las maneras bruscas del hombre, Sergei podía darse cuenta de que sentía culpa por molestarlos a esa hora.

—¿Tienen pruebas de esas acusaciones?

—La KGB no necesita pruebas —el oficial recorrió la habitación otra vez con su mirada, sin molestarse en mirar a Sergei a la cara—. Solo necesitamos sospechar de esas acciones. ¡Vístase! —ordenó impaciente—. ¡Debemos irnos!

Sergei sabía que los cargos eran serios. Realizar reuniones secretas era considerado un acto de traición que se podía castigar con palizas, prisión y, en raras ocasiones, hasta con la ejecución. Sergei elevó una oración: “Ayúdame a ser fuerte, Señor. Sabía que algún día vendrían por mí, y ahora parece que finalmente llegó ese momento”.

Su mente se movía como un rayo, mientras contemplaba su siguiente movimiento. ¿Le dejarían llevar algo? No lo sabía. ¿Debería llevar más ropa? ¿Necesitaría comida? ¿O libros? ¿Cuánto tiempo estaría detenido? No lo sabía. La verdad es que no sabía nada.

—¿Tengo que llevar algunas cosas en un bolso? —preguntó Sergei.

Ahora estaba pensando claramente; pero, si tenía ninguna ilusión en cuanto a la generosidad de la KGB, estaba por despertar bruscamente.

—¡No hay tiempo para eso ahora! —el oficial de la KGB fue enfático—. ¡Debemos irnos inmediatamente!

Sergei se dio vuelta, y vio a Lena parada detrás de él en el pasillo; estaba temblando. Quería decirle que todo iba a estar bien; que no había nada de qué preocuparse. Pero, sabía que no era verdad. Había mucho de qué preocuparse. La KGB no irrumpía en la casa de al-

guien a una hora intempestiva, a menos que tuviera una buena razón.

—Todo va a estar bien, querida —le dijo Sergei—. Todo está en las manos de Dios.

Luego, miró al oficial de la KGB.

—Quisiera despedirme de mi esposa, señor. ¿Me permitirá hacer eso?

El oficial de la KGB, simplemente, asintió con su cabeza en dirección a Lena.

Lo que Sergei dijo durante los siguientes segundos, él probablemente nunca podría recordarlo, pero Lena sí.

—Dios es bueno, Lena —Sergei la tomó en sus brazos—. Jesús ha estado protegiéndonos y sosteniéndonos en la palma de su mano desde el día en que nacimos. Él no nos abandonará ahora.

Sonrió valientemente, mientras temblaba por dentro. ¿Dónde lo llevarían estos hombres, y qué le harían?

—Si no te veo por un tiempo, trata de ser valiente, Lena. Dios estará contigo. Él estará con los dos —Sergei tragó saliva—. Quiero que le escribas a tu hermano, y veas si puedes ir a quedarte con él y con su familia por un tiempo. Ustedes se llevan bien, y no quiero que estés sola.

Sergei miró al oficial de la KGB y luego nuevamente a Lena. La condujo a una silla donde ella se sentó, se cubrió la cara con las manos y comenzó a llorar suavemente.

—Lena, escúchame —la voz de Sergei era suave pero seria, y algo en ella hizo que Lena levantara el rostro por un momento y dejara de llorar—. No sé qué van a hacer conmigo. Jesús nos dijo hace mucho que, si lo servimos, quizá tendremos que sufrir por causa del evangelio —sacudió la cabeza lentamente—. Bueno, ahora estamos sufriendo decididamente por Cristo, pero está bien —le aseguró—. Y si... —se detuvo, e intentó nuevamente decir lo que estaba en su corazón— y si no nos vemos nuevamente en esta Tierra, te buscaré en el cielo.

Los ojos de Lena se agrandaron por el temor, y Sergei la acercó a su pecho, para sofocar un nuevo ataque de llanto.

—Vamos —ordenó el oficial de la KGB acercándose a Sergei—. Hemos desperdiciado demasiado tiempo.

Lena se aferró del brazo de Sergei, pero uno de los guardias tiró de él, para que ella se soltara.

—Por favor, sé valiente —le recordó Sergei—. Dios cuidará de nosotros. Él no nos pediría que suframos por él si supiera que no podemos soportarlo.

Sergei miró a su esposa con ternura.

—Te amo, querida. Recuerda: todo obra para bien de aquellos que son llamados a ser parte del plan de Dios.

Y entonces, se lo llevaron.

CAPÍTULO 4

Al llegar a las oficinas de la KGB, Sergei fue llevado inmediatamente a una sala de interrogatorios. Allí, se quedó sentado más de una hora, hasta que el oficial de la KGB que lo había arrestado entró finalmente. Con él, había un segundo oficial, un hombre con fríos ojos azules en un rostro lleno de ira. Era más alto que el oficial que lo había arrestado, tenía un rostro anguloso y estaba vestido con algún tipo de uniforme militar. Y era un fumador compulsivo. Sergei se asombró por la manera en que encendía un cigarrillo tras otro, como si estuviera en algún tipo de maratón de tabaco.

Y entonces comenzaron las preguntas, una detrás de otra.

—¿Dónde realizaron la reunión secreta? Sabemos que tuvieron una reunión secreta de la iglesia durante las últimas 24 horas. ¿A qué hora, exactamente? ¿Quiénes estuvieron en la reunión? ¿Quién es el nuevo presidente de su organización?

Durante tres horas, los oficiales de la KGB interrogaron a Sergei, pero él siempre les daba la misma respuesta:

—No puedo revelar esa información, señores. No estaría bien. Los miembros de mi iglesia son como mi familia.

El oficial de bigotes con traje azul comenzó a impacientarse, e hizo señas al otro oficial, que todavía estaba fumando un cigarrillo detrás de otro.

Este se inclinó acercándose al rostro de Sergei, con un cigarrillo colgando de su boca.

—Si no nos das las respuestas que queremos —gruñó—, usaremos otras formas de persuasión.

Sergei sabía que el hombre hablaba en serio. Los oficiales de la KGB eran conocidos por su brutalidad. Lo asombraba que hubiera pasado tanto tiempo antes de recurrir a la fuerza.

Los dos oficiales salieron, y entonces entró un soldado y se llevó a Sergei. Lo llevó a un depósito cercano, lo ató a un poste y comenzó a golpearlo con una manguera de goma.

Sergei cerró los ojos y se puso a orar: “Por favor, sé conmigo, Señor”. Podía sentir la manguera de goma silbando en el aire antes de golpearlo, pero, para su sorpresa, no sentía mucho dolor; de hecho, apenas lo sentía. *¿Cómo puede ser?*, se preguntaba. Había sido azotado antes por la KGB, y esa siempre había sido una experiencia aterradora.

Pero entonces, Sergei recordó una historia que había leído en un libro llamado *El gran conflicto*. Era una historia acerca de John Wesley, quien fue un gran reformador de la iglesia en Inglaterra en el siglo XVIII. A una turba que recorría las calles no le gustaba su predicación, y estaban tratando de echarlo de la ciudad. Comenzaron a golpearlo con palos y ladrillos, y con los puños. Wesley podía sentir la sangre que le corría por la cabeza y por la cara, pero la paliza parecía no tener ningún efecto sobre él. De hecho, no sentía dolor.

Sergei tuvo que admitir que su situación era muy parecida a la de John Wesley. Podía sentir la manguera de goma que le cortaba la camisa y las ampollas que se le formaban; pero, extrañamente, no sentía dolor. *¿Por qué, Señor?*, se preguntaba. *¿Por qué me perdonas la*

vida? No lo hiciste con Jesús.

Finalmente, el soldado lo llevó nuevamente a la sala de interrogatorios. Ya eran las horas tempranas de la madrugada, y Sergei sabía que debería sentirse cansado, pero no lo estaba. Era como si tuviera nuevas energías, y nada podía desanimarlo.

Sergei hizo una oración pidiendo fuerzas, mientras esperaba lo que vendría a continuación. Pidió a Dios que estuviera con él durante esta prueba, y que lo ayudara a serle fiel: “No permitas que te falle ahora, Padre. No permitas que tambalee en mi resolución de honrarte. Tú enviaste a tu Hijo para vivir y morir por mí. Lo menos que puedo hacer por ti, Señor, es sufrir por causa del evangelio. Lo haré con gozo, y con toda mi alma, mis fuerzas y mi mente”.

Y luego, oró fervientemente a Dios para que ayudara a Lena a ser valiente: “Sé que tiene miedo, Padre, pero ella también puede ser fuerte”. Casi sonrió para sí mismo, al recordar su lado obstinado. Ella era perseverante, no se la persuadía fácilmente en contra de su voluntad, y eso le era natural. Los padres de ella eran de origen judío, y habían pasado por severas persecuciones y el exilio, a comienzos de ese siglo.

Ella lo logrará, pensó Sergei. Es una mujer fuerte, y sé que Dios la ayudará a recordar de qué está hecha su familia.

Después de una o dos horas, volvieron los oficiales de la KGB, y ofrecieron café y pan negro ruso a Sergei. Sergei aceptó el pan, pero declinó el café. Mientras comía el pan, pensó en todos los héroes bíblicos que habían sido perseguidos porque se pusieron de parte de lo que era correcto: José, Jeremías, Daniel, Pedro, Pablo y, por supuesto, Jesús. Lo conmovía pensar en su valor y fe bajo la prueba. Y lo hacía querer ser aún más fiel a Dios en medio de las pruebas y las persecuciones.

Cuando Sergei terminó el pan, los dos oficiales comenzaron a interrogarlo nuevamente. Lo interrogaron implacablemente, lo amenazaron, se pusieron de pie de un salto y le gritaron en la cara, pero él no cedió. Era obvio que Sergei no iba a traicionar a los miembros

de su iglesia.

Finalmente, el oficial de bigotes dijo:

—Hemos terminado aquí. Tenemos órdenes de hacerte hablar, pero si no hablas, entonces no nos queda otro remedio que darte la pena máxima para los criminales de tu tipo.

Se dio vuelta hacia su compañero de la KGB y asintió otra vez. El oficial alto se acercó a la silla de Sergei y lo miró a la cara. Sus fríos ojos azules parecían sin vida, mientras anunciaba gravemente:

—Ahora, eres candidato para la prisión de la ciudad de Briceni. ¡Ellos saben cómo tratar allá con personas como tú!

Sergei tragó saliva. ¿Así que ahora era un “criminal”? ¿Un criminal? ¿Por asistir a una reunión secreta, tarde en la noche? Si esto era lo peor con lo que la KGB tenía que enfrentarse cada día, entonces sí que tenían una vida fácil, razonó. Pero, por supuesto, eso no lo ayudaba para nada ahora. Sin importar cual fuera el “crimen”, parecía que la KGB iba a hacer pagar a Sergei, y mucho.

Sergei no sentía resentimiento ni ira en su corazón hacia los hombres. Era como si el Espíritu Santo hubiera descendido sobre él y le hubiera dado absoluta paz.

Pero, para esta hora estaba comenzando a sentir los efectos de no haber dormido en toda la noche. Finalmente, llegó otro guardia y llevó a Sergei por un pasillo muy largo hasta una celda. El angosto catre se veía tan tentador que inmediatamente se acostó, y se quedó dormido instantáneamente. Cuánto durmió, nunca lo supo; pero cuando se despertó, un guardia le traía un plato de comida a su celda.

Sergei todavía tenía su reloj de bolsillo y lo sacó, para descubrir que ya eran las últimas horas de la tarde. Comió el *borsch* y el pan negro que había en su plato, y luego preguntó al guardia si podía escribirle una carta a su esposa. Cuando el guardia le trajo papel y lápiz, Sergei escribió varias páginas y luego inclinó su cabeza en oración.

Estaba dispuesto a sufrir cualquier privación por Dios, pero se sentía mal porque Lena tuviera que sufrir también. Pero, entonces se dio cuenta de que su esposa y él estaban juntos en esto, no por-

que él fuera pastor, sino porque eran un equipo para toda la vida. Habían prometido permanecer juntos en los tiempos buenos y en los malos, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte los separara. Sergei no sabía si volvería a ver a Lena alguna vez, o si la muerte los separaría pronto, pero pensaba que esta no debía ser la pregunta más importante en sus mentes. Lo más importante era: ¿serían fieles a Dios, sin importar qué sucediera?

Sergei se sentó en el borde del catre y pensó en todo lo que había ocurrido en las últimas 24 horas. Había sido arrestado por la KGB y lo habían sometido al peor de los interrogatorios. Pero ahora, después de que todo esto hubo sucedido, le vino a la mente otra cosa: ¿estaban a salvo los demás pastores? Sergei no podía preguntar a nadie; si lo hacía, la KGB podría ir a buscarlos a ellos también, y eso sería un desastre. Podrían arrestar entonces a catorce hombres, y eso sería trágico para la iglesia.

CAPÍTULO 5

Sergei volvió a acostarse en el catre, puso sus manos detrás de la cabeza y miró hacia el techo. La pregunta más grave en su mente ahora era cómo supo la KGB que habría una reunión. Alguien, evidentemente, había oído lo suficiente como para hacer la conexión. ¿De qué otra manera habría sabido lo suficiente el oficial de la KGB, como para ir a la casa de Sergei y arrestarlo? Pero, nuevamente, ¿quién podía saberlo? Como había dicho el oficial de la KGB, no necesitaban pruebas, tan solo sospechas de una acción así, y una buena excusa para arrestar a un predicador adventista.

Sergei había estado detenido toda la noche. Había pasado por todos los procedimientos usuales de interrogación de los que había oído hablar: interrogatorio persistente, gritarle a la víctima en la

cara, luces fuertes, y amenazas para intimidarlo psicológicamente. Y, por supuesto, la golpiza.

Sergei tenía que ser honesto consigo mismo. Él había esperado un trato así por parte de la KGB. Como testigo de Jesús, realmente ni siquiera podía decir que lo habían tratado injustamente. No, si elegía aceptar el desafío de Jesús de que los cristianos que predicaran su nombre sufrirían por causa del evangelio.

Y, después de todo, había quebrantado la ley. Las leyes de aquella tierra decían que no podían hacerse reuniones secretas bajo el manto de la oscuridad. Sergei y sus compañeros pastores habían tratado de ocultar la reunión, y desde ese punto de vista, lo habían hecho ilegalmente. Eran culpables, y ahora Sergei estaba pagando el precio.

Pero, las leyes de la Tierra no podían competir con la Ley de Dios. Sergei sabía que no podía permitir que las tácticas intimidatorias de la KGB interfirieran con la comisión evangélica de Dios para el mundo. Jesús había pedido a Sergei que hiciera su parte en esparcir el mensaje de salvación a Moldavia, y Sergei había aceptado el desafío a despecho del precio.

Si Jesús sufrió por crímenes que nunca cometió, entonces, Sergei pensaba que él podía hacer lo mismo. El Hijo de Dios fue humillado y azotado, y luego ejecutado. ¿Por qué podría asombrarse un mero pastor en el corazón de Moldavia, si Dios le pedía lo mismo?

Mientras Sergei estaba acostado en su catre en la celda de la prisión, recordó las palabras de un pasaje que había memorizado mucho tiempo antes: “Cristo fue tratado como nosotros merecemos, a fin de que nosotros pudiésemos ser tratados como él merece. Fue condenado por nuestros pecados, en los que no había participado, a fin de que nosotros pudiésemos ser justificados por su justicia, en la cual no habíamos participado. Él sufrió la muerte nuestra, a fin de que pudiésemos recibir la vida suya. ‘Por su llaga fuimos nosotros curados’ ”.

Estas palabras inspiradoras, más que nunca, ayudaron a Sergei a poner en perspectiva el gran sacrificio de Jesús. Estas palabras hacían que quisiera “ir una milla más”, y soportar cualquier prueba

por Jesús. Su oración era que fuera tenido por digno de sufrir por causa de Jesús.

Pero, la seguridad de Lena también pesaba mucho en la mente de Sergei. Él esperaba que ella no tuviera que sufrir algo que estuviera más allá de sus fuerzas. Este era el clamor de su corazón a Dios, mientras yacía en el duro catre de su celda en la prisión. Su mente ahora giró hacia la suerte que le estaba destinada.

Briceni. La KGB lo estaba enviando a la infame prisión de máxima seguridad en Briceni, conocida por sus prisioneros, hombres que tenían notables reputaciones por su vida de crímenes. ¡Estar preso en Briceni sería una experiencia singular! ¡Ese era el eufemismo del año! ¿Viviría cada día con temor? ¿Peligraría su vida? No podía imaginárselo de otra manera. El tiempo lo diría, pero por ahora, sabía que debía esperar y confiar en que Dios se ocuparía de todo.

Mientras Sergei contemplaba su destino, escenas de su hogar se abrieron paso en su mente. Recordó la pequeña cocina y la habitación de adelante, con su sillón en el que le encantaba leer. Con los ojos de su mente, podía ver la mesita en la que siempre apoyaba su Biblia y los demás libros, mientras preparaba sus sermones. Probablemente, todavía estaban allí las notas que había tomado para su sermón, apoyadas sobre su Biblia abierta. Lena guardaría todo, para ponerlo a salvo antes de irse a la casa de su hermano. ¿Podría volver a predicar alguna vez?

“Creo que el sermón tendrá que esperar”, suspiró Sergei irónicamente, mientras se estiraba en el catre y cerraba los ojos. Por ahora, tenía un sermón más grande e importante que presentar. Su propio “sermón sobre zapatos” estaba por comenzar, y sabía que sería mucho más vívido que cualquier sermón de palabras que pudiera dar desde el púlpito. Y mucho más efectivo. Dios se encargaría de eso, estaba seguro.

A la mañana siguiente, Sergei fue puesto sobre un tren de marcha lenta, que se dirigía a Briceni. La ciudad norteña estaba a menos de doscientos kilómetros de Cahul, pero el tren se detenía fre-

cuentemente, para recoger y dejar pasajeros a lo largo del camino.

Durante gran parte del día, Sergei estuvo sobre el tren junto con otro prisionero. Los dos estaban esposados, y solo les dieron una escasa ración de pan y de agua al mediodía. Sergei sonrió ante la magra comida. Recordaba las promesas de la Biblia que le aseguraban que su pan y su agua serían seguros. “Estás cumpliendo tu promesa”, le recordó a Dios con un irónico sentido del humor.

Sergei miraba por la ventana de vez en cuando, observando cómo pasaban los huertos de durazneros y de ciruelos. La región sur de Moldavia era conocida por sus viñedos, y la vista era muy pintoresca desde la ventana del tren. Apenas podía creer que esa visión de tanta serenidad podía ser suya esa mañana, mientras iba camino a la prisión. Una y otra vez se encontró inclinando la cabeza y orando, para que Dios lo sostuviera en las pruebas que vendrían.

Otros pasajeros que viajaban a diversos destinos ocupaban el mismo vagón que Sergei. Aunque iban dos guardias transportando a los prisioneros, eran bastante tolerantes, y permitían a los prisioneros pararse y estirar las piernas de vez en cuando. Para media mañana, Sergei estaba conversando con los otros pasajeros que estaban cerca de él en el vagón.

Algunos lo miraban con sospecha. Como iba esposado, seguramente pensarían que se trataba de alguna clase de criminal. Pero, Sergei era un hombre agradable y no se desanimaba fácilmente por las circunstancias. Y no era alguien que se compadeciera de sí mismo, aun bajo esas circunstancias. Se inclinó hacia uno de los pasajeros, y con un brillo especial en los ojos le dijo:

—Se me ha pedido que vaya a Briceni a representar al Dios del cielo. El Gobierno me eligió a mí para la tarea, porque saben que soy un hombre de principios.

La gente estaba escuchando, pero también observaba cautelosamente a los guardias. Si Sergei era un prisionero, ¿por qué estaba siendo tan agradable? ¿Por qué hablaba de Dios con tanta alegría? Por el otro lado, si realmente era un criminal de algún tipo, no querían mos-

trar demasiado interés en él o que se pensara que simpatizaban con él.

Los guardias parecían casi indiferentes a Sergei y a su habilidad de entretener a los pasajeros, y finalmente se dirigieron a la puerta de atrás del tren, para fumar un cigarrillo. En ese momento, la gente comenzó a prestar más atención.

—¿En qué trabaja? —preguntó un hombre más o menos de su edad.

—Soy pastor —dijo Sergei calmadamente—. Dios me llamó a predicar el evangelio de Jesús en mi ciudad. Las buenas nuevas del evangelio son que Jesús, el Hijo de Dios, vino a morir por nosotros y a salvarnos del pecado, porque somos sus hijos.

El vagón estaba en completo silencio ahora, y todos los ojos estaban fijos en él. Sergei se dio cuenta de que se le había dado la oportunidad de dar un miniestudio bíblico, y no estaba por desaprovechar esa oportunidad. Podría estar en camino a la prisión, pero iba a compartir el evangelio tan ciertamente como si estuviera en el púlpito allá, en su ciudad.

CAPÍTULO 6

El *click-clack* de las ruedas del tren puntualizaba los comentarios de Sergei.

—Hoy, Jesús está en el cielo, preparando un hogar para todo aquel que elija creer en el Hijo de Dios —dijo mientras dirigía su vista hacia el cielo—. Un día, Jesús volverá en las nubes del cielo, para llevarnos a vivir con él en el cielo. Esto pondrá fin al pecado, la enfermedad y el dolor, como lo conocemos hoy.

—Usted parece un joven tan bueno —dijo susurrando una pequeña *babushka*, con voz temblorosa—. Entonces, ¿por qué está esposado?

—Soy siervo de Dios —sonrió Sergei—. El Gobierno trató de obligarme a darles información acerca de mis compañeros dirigentes de

la iglesia, pero ellos son como mi familia. Me negué a traicionar su confianza.

Los guardias volvieron y comenzaron a darse cuenta de que este hombre estaba recibiendo más atención de los pasajeros de lo que esperarían de un prisionero del Gobierno. Sergei habló unos minutos más acerca del amor de Jesús, hasta que finalmente uno de los guardias lo señaló con el dedo.

—¡Deténgase! —gritó el guardia, obviamente molesto con Sergei—. ¡Venga conmigo! —ordenó, caminando por el pasillo del vagón hacia la puerta de atrás.

Sergei supo que había terminado su oportunidad de testificar de su fe, pero agradeció a Dios el haber podido presentar a Jesús a todo ese vagón lleno de pasajeros.

Cruzaron varios vagones más, hasta que el guardia finalmente abrió la puerta del vagón del equipaje.

—Puede quedarse aquí el resto del viaje —gruñó.

Hizo un gesto con la cabeza, cuando el segundo guardia entró en el vagón detrás de ellos.

—Mikhail, aquí, te hará compañía —dijo con malicia.

Sergei se sentó sobre el frío piso de metal, se apoyó contra la pared y cerró los ojos. Este era un caso claro de encierro solitario, con la intención de aislarlo de los demás pasajeros. El diablo había interrumpido su estudio bíblico y su oportunidad de hablar de Dios en el tren, y ahora se había cerrado esa ventana de oportunidad.

Pero, Dios no había terminado con Sergei todavía.

Mikhail sacó un cigarrillo de su abrigo y lo encendió. Mientras aspiraba el cigarrillo, observaba a Sergei. Finalmente, se sentó al lado de él sobre el piso.

—¿Así que eres predicador? —dijo, mientras seguía fumando su cigarrillo—. Cuando yo era chico, iba a la misa dominical.

—¿En serio? —se interesó en saber Sergei.

—Mi madre y mi padre me llevaban a la Iglesia Ortodoxa Griega. Esos eran los buenos tiempos —musitó—. Vivíamos en Straseni, y

mis padres eran muy religiosos. A pesar de lo que decía el Gobierno acerca de la superioridad del comunismo, mi padre siempre decía que Dios era la única respuesta verdadera a los problemas de un país.

Mikhail dejó caer al piso la colilla de su cigarrillo y la apagó con el pie.

—Mi padre no tenía educación formal; no mucha más que la escuela preparatoria. Abandonó el colegio después de su noveno año, pero le gustaba leer. Fue un hombre autodidacta, y aprendió un montón sobre historia y política soviéticas. Mi madre dice que piensa que él hablaba demasiado, porque un día vino la KGB y se lo llevó. Nunca más lo vimos —el rostro de Mikhail parecía amargado—. Yo tenía siete años.

—Lo lamento mucho —fue todo lo que Sergei pudo decir—. Lo lamento mucho.

—¡No importa! —respondió Mikhail indignado—. ¡Desde entonces, Dios no me sirve para mucho! Mi padre fue un hombre religioso y Dios ni siquiera pudo protegerlo contra su propio Gobierno.

—¿Y unirse al Ejército rojo comunista? Tampoco te ha ayudado mucho, ¿no es cierto? —dijo Sergei, mirando al guardia uniformado.

—Se podría decir eso —Mikhail se quitó la gorra verde militar.

—¿Pero? —Sergei estudió el rostro serio de Mikhail.

Mikhail miró, curioso, a Sergei.

—Usted es muy perceptivo —comenzó a reírse—. ¡Ya sé! ¡Ya sé! Va a decir que no hay peros cuando se trata de Dios. ¡Suena igual que mi padre!

—Y tú todavía lo crees también, ¿no es cierto?

—Quizás... —Mikhail comenzó a hacer girar su gorra una y otra vez alrededor de su mano.

—Tu padre era un hombre sabio —dijo Sergei—. No murió en vano, ¿sabes?

—Eso era lo que mi madre decía siempre. Si valía la pena creerlo, entonces valía la pena vivir y morir por ello, decía ella.

—Siempre he pensado lo mismo —asintió Sergei—. Y cuando se

trata de ponerse del lado de Dios, es doblemente así.

Mikhail entrecerró los ojos en dirección a Sergei.

—Creo que lo dice en serio. Y ¿cómo funciona eso, para usted?

—Es sencillo. Jesús vino a este mundo y se opuso a los líderes religiosos de su tiempo. Nunca cedió, y al final lo crucificaron sobre un cruz cruel —la voz de Sergei era solemne—. Jesús no tuvo temor de hacer eso por mí. ¿Cómo puedo hacer menos por él? Recibiré mi recompensa pronto, cuando regrese nuevamente, para llevarme a su hogar en el cielo. Por ahora, estoy contento con representarlo aquí, y contar a tantas personas como sea posible las buenas noticias del evangelio.

—¡Guau! —Mikhail inclinó la cabeza en señal de respeto—. Suena tan seguro de usted mismo...

—Y lo estoy. Y tú también puedes estarlo, Mikhail. ¡Créelo! Esta es tu oportunidad de estar seguro de tu salvación. ¿Por qué no hacerlo aquí, ahora? Podemos orar por eso, si tú quieres.

Así que, oraron después de esta conversación de corazón, y Mikhail entregó su corazón a Jesús. Fue tan conmovedor que Sergei no sabía cuánto tiempo habían viajado o cuánto faltaba para llegar. Solo cuando el tren comenzó a ir más lento y los frenos comenzaron a chirriar, se dio cuenta de que el viaje casi había terminado.

La próxima etapa de su prueba estaba por comenzar. ¿Cómo serían las cosas en la prisión gubernamental? ¿Qué le harían? ¿Sufriría mucho? ¿Permanecería fiel a Dios?

No había duda, en la mente de Sergei, de que por medio de la fortaleza de Dios podría lograrlo; y de que, a pesar de todo, continuaría siendo un testigo valiente para Dios. Tenía que serlo. ¿Cómo podía hacer alguna otra cosa? Después de todo, Jesús había sufrido mucho por él.

CAPÍTULO 7

Al final de la tarde, Sergei llegó a la prisión gubernamental de Briceni y fue entregado al alcaide. Al ver las gruesas paredes de piedra de la prisión, se sintió desalentado. Había altos cercos con alambre de púas que rodeaban la prisión también, por si alguien intentaba escapar.

Cuando el alcaide oyó los cargos que traían contra Sergei, salió de detrás de su escritorio, y miró a Sergei con el ceño fruncido y nariz a nariz. Su cuerpo corpulento se erguía como una torre frente a Sergei, y su cabello gris con corte militar lo hacía parecer un duro sargento de marina.

—¡Así que te han traído a mí! —alardeó—. Estoy seguro de que has oído hablar de la prisión de Briceni. ¡Mi reputación como alcaide me precede, supongo!

Sergei solo asintió cortésmente con la cabeza. ¿Qué podía decir?

—¿Tienes algo que decir en tu defensa? —ladró el alcaide, mientras sus ojos, negros, pequeños y brillantes, parecían abrir un agujero a través de Sergei.

Sergei dudó por un momento. Sin atreverse a mirar al alcaide a los ojos, dijo:

—Estoy aquí porque soy un pastor cristiano. Si eso me convierte en criminal, entonces soy culpable.

—¡No te hagas el vivo conmigo! —espetó el alcaide, con el rostro tan duro que parecía haber sido tallado en piedra—. ¡Eso es exactamente lo que eres: un criminal! ¡Y no lo olvides!

“Tengo la intención de convertirte en un ejemplo —continuó diciendo—. ¡Lo que vas a obtener es un encierro solitario por un tiempo! ¡Veremos si eso te hace entrar un poco en razón! —gruñó, dejando a la vista sus dientes—. Si tienes que pasar hambre por un tiempo, quizás eso ayude a enderezar tus ideas. Posiblemente, eso te enseñe a no desobedecer las órdenes de un funcionario del Gobierno”.

Dos guardias los acompañaron, mientras el alcaide encabezaba el grupo dirigiéndose a una hilera de pequeñas celdas de concreto, en el primer nivel del complejo de la prisión.

—¡Bien, aquí estamos, predicador! ¡Estoy seguro de que encontrará el alojamiento a su gusto! ¡Lindo y solitario! ¡Ja, ja, ja! —se burló, con el rostro lleno de odio.

Sergei no podía recordar haber visto alguna vez a alguien más enojado y amargado.

El alcaide le dio un empujón a Sergei, haciéndolo entrar en la celda.

—¡Aquí puedes pasar todo el tiempo que quieras con tu Dios! ¡Ja, ja, ja! —se rió nuevamente—. Por otro lado, si estás dispuesto a dejar de lado estas tontas ideas acerca de tu Dios, podríamos arreglar que recibas algo de rico pan ruso, ¿eh? ¿Qué dices a esto? —el alcaide rugió una carcajada, mientras cerraba la puerta de hierro con un golpe.

Sergei inclinó la cabeza en silencio. ¡Nada de comida! ¡Nada para comer! ¿Cuánto tiempo podía durar sin comer? Había ayunado durante dos o tres días seguidos antes, pero esto no se parecía en nada a aquello. No sabía exactamente qué había esperado. Una paliza, quizás, o más interrogatorios, pero ¡nada de comida! Sin comida, ¿cómo se mantendría caliente, en este clima frío?

—¡Te pregunté qué dices a esto! —exigió el alcaide otra vez, mientras miraba fijamente a Sergei por la diminuta ventana de la puerta de la celda.

Sergei vaciló. ¿Qué podía decir a este hombre malvado? El alcaide tenía en sus manos el poder para hacer lo que quisiera con Sergei. Podía matarlo de hambre, azotarlo, hasta matarlo si quería, y no había nada que alguien pudiera hacer para ayudarlo.

—¿Asustado, eh? ¿Estás volviendo a tus cabales, no? —el alcaide se rió y comenzó a alejarse—. Bueno, eso está bien. Este asunto de Dios tiene que desaparecer. ¡No hay Dios, y tú lo sabes tan bien como yo!

—¡No! —gritó Sergei al alcaide repentinamente, sabiendo que

debía decir algo—. ¡Hay un Dios! —sus ojos brillaron con justa indignación—. Él es mi defensor, y debo ser fiel a él. Su Hijo, Jesús, murió por mis pecados, para que pueda tener vida eterna. No puedo hacer menos por él de lo que él ha hecho por mí —Sergei estaba mirando fijamente a los ojos del alcaide ahora, a través de la pequeña ventana de la puerta de la celda, y su valor tomó por sorpresa al alcaide.

—¡No puedo darle la espalda a Jesús! —agregó Sergei—. ¡Mi Dios puede suplir todas mis necesidades por medio de su Hijo, Jesús! Puede hacerlo; pero, aunque no lo haga, seguiré siéndole fiel. Así me ayude Dios.

—¡Suplir todas tus necesidades! ¡Ja! —el alcaide había recuperado la compostura para ese momento—. ¡Escúchame! —rugió, con el rostro contorsionado por la ira—. ¡Te lo digo yo: no hay Dios! ¿Qué les pasa a ustedes, los cristianos? ¡Estás loco! —cerró el puño y lo sacudió, enojado, frente a Sergei—. ¿Sabes qué, predicador? ¡Eres hombre muerto! —gruñó, acribillando a Sergei con la mirada—. ¡A partir de este momento, no recibirás nada de pan de mí! ¡Solo agua! ¡Y juro que te dejaré morir de hambre, antes de alimentarte otra vez! Si tu Dios es tan fuerte, ¡que él te traiga pan!

El alcaide señaló a Sergei con el dedo, con una mirada diabólica en los ojos.

—¡Volveré en otro momento, cuando estés dispuesto a hablar racionalmente! ¡Nadie en sus cabales se comporta así! —se dio vuelta y se alejó caminando, diciendo por encima del hombro—: ¡Veremos qué hace ahora por ti tu Dios!

Sergei observó cómo se marchaba el alcaide, antes de observar su celda. Había muy pocas cosas en ella. Solo una cama con un colchón muy finito y una manta sobre él, una silla de madera y una bacinica, ya que no había baño.

Encima de la cama, había una pequeña ventana con barrotes. Podía sentir el viento de la noche que soplaba por la ventana, pero no podía ver a través de ella. La ventana era lo suficientemente grande

como para dejar entrar un poquito de luz, pero demasiado pequeña como para escapar a través de ella, aunque se pudiera romper las rejas. Sabía que no había esperanza de escapar. Y si escapaba de la prisión, ¿adónde iría? Con seguridad, los guardias lo encontrarían y lo atraparían nuevamente. Sabía que no simpatizarían con un hombre religioso. Los militares enseñaban a sus hombres que la religión era para almas patéticas, débiles.

Sergei se asomó por la pequeña ventana de la puerta de su celda una vez más. Los guardias podían observarlo de vez en cuando, y Sergei podía mirar hacia afuera y ver lo que pasaba en el patio de la prisión. Parecía que permitían a los presos salir de sus celdas a ejercitarse un poco, pero Sergei dudaba de que le dieran a él esa oportunidad en algún futuro cercano. Parecía que el confinamiento solitario era el nombre del juego en esta prisión, cuando querían castigar a alguien.

El sol se puso sobre Sergei en esa solitaria y pequeña celda. Mientras desaparecían los últimos rayos de sol en el frío de la oscuridad, las horas pasaban lentamente. Era comienzos de la primavera, así que los pisos y las paredes de piedra hacían que la celda se sintiera más fría todavía. Sergei se arrodilló y oró. Sabía que necesitaba tener coraje y fuerza para Dios. Esta no era la primera vez que lo habían encarcelado por su fe, pero no recordaba otra ocasión en la que se sintiera tan solo y abandonado.

“¡Oh, Dios de mis padres! —oró Sergei—. Te necesito ahora más que nunca. La persecución puede ser una cosa difícil, Señor, y no sé cuán malas se pondrán las cosas, antes de mejorar. No me has fallado en el pasado, Señor. Mi fe puede ser débil, pero tú eres fuerte. Por favor, ayúdame a ser fiel a ti ahora, aquí, en la prisión”.

Una vez más, Sergei pensó en Lena. ¿Qué estaría haciendo en este momento? ¿Cómo se las estaba arreglando? ¿Continuaría dirigiendo los cultos en su iglesia? ¿Se sentiría tan sola y asustada como él? Sergei sabía que tendría que confiar en que Dios estaría cuidando de ella mientras él estaba allí, en la prisión, sin importar

el tiempo que fuera.

—Por favor, Señor —oró—, que mi sufrimiento valga todo el riesgo que Lena y yo hemos corrido por ti y por la iglesia allá, en casa.

Sergei se acostó en la cama para dormir. Tiritaba, dentro de su delgado abrigo. La manta, comida por las polillas, no valía de mucho en el aire frío de la noche que entraba por la ventana abierta. Y su estómago gruñía como un animal hambriento. Sin nada que le diera energía, sabía que iba a ser una larga y fría noche.

Mi Dios suplirá todas mis necesidades por medio de Cristo Jesús, se recordó valientemente Sergei a sí mismo.

CAPÍTULO 8

Temprano a la mañana siguiente, antes siquiera de que Sergei abriera los ojos, oyó un ruido extraño, como si alguien estuviera rasguñando el antepecho de la ventana encima de su cama. Se sentó para escuchar mejor, y se dio vuelta para ver qué era lo que producía el ruido; pero, la ventana estaba demasiado alta. Finalmente, se paró sobre la cama, extendió el brazo hasta el borde de la ventana y tanteó, hasta que su mano se apoyó sobre algo suave. Parecía un pedazo de pan, pero sabía que no podía ser. ¿Qué iba a estar haciendo un pedazo de pan sobre el borde de la ventana?

Lo bajó para examinarlo y, para su asombro, ¡en verdad era pan! Pan negro ruso.

“¿Qué es esto? —Sergei no podía creer lo que veían sus ojos— ¿Es esto posible, Señor? ¿Ya enviaste a alguien para que me trajera pan para comer? ¡Es pan ruso, como el que hace mi Lena todos los días en casa!”

Pero ¿cómo llegó hasta allí?, se preguntaba Sergei. ¿Algún guardia compasivo habría escuchado la conversación que Sergei ha-

bía mantenido con el alcaide? ¿Habría sentido lástima de él alguno de los guardias, y le había traído el pan en secreto? Sergei solo podía adivinar.

Se bajó de la cama, y se arrodilló para agradecer a Dios. No había comido nada desde el mediodía del día anterior, pero el Señor había provisto alimento para él y ahora podía comer. “Señor, ¡eres tan bueno conmigo! ¡Tu poder no conoce límites! Fui necio, Señor, y muy débil, al dudar de ti. ¡Gracias por este maravilloso regalo!”

Luego de pedir la bendición sobre su magra comida, Sergei se sentó sobre la cama para disfrutar del pan. Era solo una rodaja, pero era alimento, y le parecía una comida digna de un rey. Y entonces, de repente se le ocurrió que si comía el pan el alcaide no tendría ninguna prueba de la buena suerte de Sergei. El alcaide nunca sabría que Dios en verdad había provisto alimento para Sergei.

¡Tengo que aprovechar esta oportunidad para mostrar al alcaide lo que mi Dios ha hecho por mí! Sergei pensó en cuál sería su siguiente movimiento. *Si el alcaide me pregunta si mi Dios proveyó para todas mis necesidades, tengo que poder mostrarle la prueba.* Se apretó su estómago vacío, que estaba volviéndose más ruidoso que nunca. *Pero, tengo tanta hambre. No he comido nada desde ayer, cuando el guardia me tiró un pedazo de pan en el tren.*

Sergei no sabía qué hacer. Recordó la promesa bíblica, que se había recitado a sí mismo la noche anterior, acerca de que su pan y su agua serían seguros. Bueno, aquí estaban su pan y su agua, pero si no tenía un poquito de autocontrol, el alcaide nunca vería la prueba; no, si Sergei se la comía.

—¡Oh, no, no! —se lamentó Sergei en voz alta, ante su pensamiento.

No quería pensar en seguir ayunando. Pero, cuanto más pensaba en ello, más sabía qué era lo que tenía que hacer. Tenía que mostrar al alcaide el cumplimiento de la promesa de Dios: que Dios había provisto para todas sus necesidades. Por Dios, por el evangelio y por el alcaide, no tenía alternativa. ¡Tenía que hacerlo!

De mala gana, Sergei puso el pan a un lado. Tendría que guardar la rodaja, para que el alcaide la viera cuando viniera a comprobar cómo estaba Sergei. Pero ¿dónde podía ponerla? Si la guardaba fuera de la vista, se vería menos tentado a comérsela. Y entonces pensó en el colchón y lo levantó. Podía dejar el pan allí, para que las ratas no lo encontraran tan fácilmente. Sergei no había visto ratas allí todavía, pero sabía que probablemente habría algunas. Levantando el colchón de paja, puso el pan negro sobre las tablas de madera, y luego apoyó nuevamente el colchón.

Sergei esperó pacientemente toda la mañana, para mostrar el pan al director de la prisión; pero, el hombre no vino. A veces, Sergei sacaba la rodaja de pan para mirarla. Quería comérsela, pero cuando pensaba en la cara del alcaide al ver el pan, la guardaba otra vez.

CAPÍTULO 9

Para la tardecita, Sergei tenía mucha hambre. Era casi la puesta de sol, y Sergei comenzó a pensar en comerse la rodaja de pan. Pero, de pronto escuchó nuevamente el ruido como de alguien rasguñando cerca de la ventana. El ruido se hizo más fuerte, pero no podía ver nada. Sergei se paró sobre la cama otra vez y tanteó sobre el borde de la ventana. Para su asombro, allí había otra rodaja de pan. Bajó el pan y lo puso sobre la silla. Luego, tomó la primera rodaja de pan de debajo del colchón y la colocó sobre la silla, al lado de la segunda rodaja.

Un sentimiento de temor reverente se apoderó de Sergei.

—¡No puedo creerlo! —dijo en voz alta, con los ojos bien abiertos—. Bueno, en realidad, lo creo —sonrió—; pero ¿dos veces? Esto es demasiado bueno para ser verdad. ¿Estoy soñando, Señor? —levantó los ojos hacia el cielo y se rió—. Me has bendecido dos veces, aunque

no he probado todavía tu bendición.

Dos rodajas de pan. No era por casualidad que el pan hubiese aparecido sobre el borde de la ventana por segunda vez. Sergei estaba seguro de ello. Alguien, allá afuera, conocía la situación de Sergei y le estaba trayendo pan. No había otra explicación.

Lo que más quería Sergei era subirse y mirar por la ventana, para ver de dónde podría haber venido el pan, pero la ventana estaba demasiado alta. Siguió mirando por la ventana, y finalmente decidió que si daba vuelta el catre y se subía sobre él, podría ver por ella. Sin embargo, cuando trepó lo suficiente como para ver hacia afuera, no había nadie a la vista. Todo lo que podía ver era un árbol cerca de la ventana, y el patio abierto de la prisión, con el cerco de la prisión más allá. No había nadie a la vista. Quienquiera que fuera la persona que le traía el pan, evidentemente no quería ser descubierta, y Sergei no la culpaba. Si era un guardia, y seguramente lo era, Sergei sabía que sería severamente castigado por el alcaide; o algo peor. Sergei no quería ni pensar en esa posibilidad.

Sergei se bajó, y acomodó la cama y el colchón otra vez en su lugar. Pensó que realmente no importaba cómo había llegado el pan hasta el borde de la ventana. Dios había arreglado para que así fuera, y eso era suficiente para Sergei.

Sergei se sentó, y miró fijamente el pan sobre la silla. Ahora tenía dos rodajas: una, para comer; y la otra, como reserva para que el alcaide tuviera una prueba de la comida milagrosa que Dios le estaba trayendo.

Podía comerse la primera rodaja, la de la mañana anterior, antes de que se pusiera demasiado vieja, y podía guardar la segunda rodaja para mostrarla al alcaide. Pero, primero agradecería a su Padre celestial por proveerle de pan para comer en su solitaria celda.

Inclinó la cabeza para orar, pero entonces se detuvo. Si una rodaja de pan sorprendería al alcaide, había que pensar qué podrían hacer dos rodajas como testimonio del poder de Dios. Pero, la idea de hacer tal cosa le daba un sentimiento de desesperanza. ¡Tenía

tanta hambre!

Sergei puso la cabeza entre sus manos y contempló lo que debía hacer. Decidir no comer el pan requería mucho autocontrol; pero, cuanto más lo pensaba, más seguro estaba de que eso era lo que debía hacer. Debía guardar las dos rodajas de pan. Tiernamente, casi con reverencia, puso nuevamente la primera rodaja de pan en su lugar debajo del colchón; luego puso la segunda rodaja al lado de la primera, y acomodó el colchón de vuelta encima del pan.

Nuevamente, deseó que no hubiera ratas por allí. Si las ratas se comían el pan, ¿cómo se lo mostraría al alcaide? Pero, nuevamente pensó que si Dios podía darle pan en primer lugar, también protegería las dos rodajas.

“¡Por favor, Señor! —oró Sergei—. Dame la fuerza para resistir esto. Ayúdame a ser valiente y paciente”.

La oscuridad llegó nuevamente, y con ella el aire frío de la noche. Como no tenía libros para leer ni tampoco luz en la celda como para hacerlo, las noches se le hacían largas. Después de otro tiempo de oración, Sergei se acostó y trató de dormirse. Pero, el sueño no llegaba. El frío de la noche lo hacía tiritar incontrolablemente, y se aferró más de la manta, tratando de mantener el calor.

La idea de que tenía dos rodajas de pan debajo del colchón casi lo volvía loco. Se había prometido a sí mismo que no comería el pan; pero, sin nada en el estómago, se le estaba haciendo difícil mantener el calor, y ¿para qué? ¿Para que el alcaide tuviera una prueba de que Dios podía proveer para todas las necesidades de Sergei? ¿A quién le importaba el alcaide? ¡Era solo un viejo cascarrabias sin corazón, a quien le importaba muy poco el sufrimiento que estaban pasando sus prisioneros! Esa era una forma de mirar las cosas.

Pero luego, Sergei pensó un poco más en la situación. Probar al alcaide que Dios podía satisfacer las necesidades de Sergei sería, más bien, como probar, en primer lugar, que hay un Dios. ¡El alcaide ni siquiera creía en Dios! Cuando Sergei lo pensó de esta manera, de repente todo adquirió mucha más importancia. No comer las

dos rodajas de pan que había guardado debajo del colchón ahora era realmente una cuestión de vida o muerte. Quizá no para él, pero sí para el director de la prisión.

—¡Alabado sea Dios, de quien fluye toda bendición! ¡Alábenlo, todas las criaturas de la Tierra! —comenzó a cantar Sergei, para mantenerse caliente y levantar el ánimo—. ¡Alábenlo, huestes celestes! ¡Alaben al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo!

Sergei se frotó el estómago, que gruñía, y sintió que le sobrevinía una sensación de paz y de calor. ¡Era asombroso! ¿Cómo había ocurrido eso? Entendía lo de la paz; había sentido paz muchas veces, después de orar a Dios. Pero, el calor que sentía era increíble. ¡Inesperado! Sabía que la temperatura debía rondar los cero grados centígrados, y sin embargo sentía calor. ¡Era asombroso, realmente! ¡Más bien, milagroso! Todo lo que tenía puesto era una camisa y una chaqueta liviana. La delgada manta podía producir poca diferencia, y sin embargo, inexplicablemente, sentía calor.

—¡Gracias, Señor! —susurró—. ¡Lo has hecho otra vez! ¡Asombroso! ¡Realmente asombroso!

Y, con eso, se quedó dormido.

CAPÍTULO 10

Los ojos de Sergei se abrieron repentinamente. Ya era de mañana, y algo lo había despertado. Los débiles rayos del amanecer estaban extendiendo sus dedos color rosado a través de los barrotes metálicos de la ventana de su celda. A pesar del frío, esa mañana se sentía descansado, como si hubiera dormido una noche completa en su casa, en su propia cama.

Se quedó acostado allí unos momentos, recordando el calor que había sentido cuando se durmió la noche anterior. Le había dado un

maravilloso sentimiento de paz, y todavía sentía el calor. Entonces, recordó las dos rodajas de pan que había debajo de su colchón. Esperaba que el alcaide viniera pronto a su celda, para mostrarle las rodajas de pan; entonces, todo esto llegaría a su fin y podría comerse el pan. O, quizás, el alcaide se daría cuenta de que no tenía sentido seguir privando a Sergei de comida, y le permitiría comer junto con todo el resto de los prisioneros.

Sergei se deslizó fuera de la cama y se arrodilló. El fresco aire de la mañana hacía que el piso estuviera más frío todavía, pero él ignoró esa sensación. “Gracias, Señor, por cada cosa buena de la vida”, oró.

Y luego, casi al instante, oyó un sonido y miró hacia la ventana. ¿Había regresado el guardia otra vez, a dejarle una rodaja de pan sobre el borde de la ventana? ¿Que ocurriera por tercera vez, sería fenomenal!

Todavía no estaba lo suficientemente claro como para ver bien, pero a Sergei le pareció ver una débil sombra, y luego escuchó nuevamente ese ruido como de un rasguño. Trató de ver a través de la oscuridad del amanecer, pero sin suerte. No podía ver nada.

Cuando se subió a la cama y estiró la mano hacia el borde de la ventana, allí encontró otra rodaja de pan. La bajó con cuidado y la sostuvo en sus manos. Ahora tenía tres rodajas de pan. ¡Qué milagro, y qué parecido al pan de Lena! Suave y fresco; probablemente, hecho la noche anterior.

—¡No lo puedo creer, Señor! —Sergei aspiró profundamente el aroma del pan, mientras lo acercaba a su nariz—. Bueno, en realidad, lo creo. ¡Ya van tres veces! —miró hacia la ventana nuevamente—. ¡Parece demasiado bueno para ser verdad, Señor! ¿Estoy soñando? —se rio—. Me has bendecido tres veces ya.

Sergei inclinó el rostro en gratitud, y una sensación de alivio lo inundó. Finalmente, podía comerse una rodaja de pan. Tenía dos rodajas de pan guardadas debajo del colchón, y otra en la mano. Dos rodajas para probar al alcaide que Dios lo había estado cui-

dando. Sergei mostraría al alcaide que él servía a un Dios real, que podía proveer comida de verdad para sus hijos.

Colocó sobre la silla el nuevo trozo de pan, y luego sacó las dos rodajas que tenía debajo del colchón. ¡Tres rodajas! ¡Qué vista maravillosa!

Pero, algo en su interior no le permitía comerse ninguna de ellas. Algo de toda esta situación parecía no estar resuelto todavía. Miró fijamente las tres rodajas sobre la silla. ¿Es que nunca volvería el alcaide? Sergei no se iba a morir de hambre, por lo menos, no mientras el guardia, o quienquiera que fuera, le siguiera trayendo pan.

Sergei pensó mucho en el director de la prisión. Obviamente, era un hombre amargado y enojado. Sergei pensó que sabía qué era lo que alcaide quería obtener de esta situación, pero ¿sería así? ¿Acaso el alcaide odiaba tanto a los pastores cristianos? ¿Era un sádico, que se deleitaba en matar de hambre a Sergei, o era alguna otra cosa? ¿Quería el alcaide probar algo? Cuando había hablado a Sergei dos días antes, parecía estar muy decidido a probar que no había Dios. “¡No hay Dios!”, había gritado. “¡Este asunto de Dios tiene que terminarse!”

Sergei afirmó la mandíbula, y un brillo extraño iluminó sus ojos. El alcaide quería probarle a Sergei, más que nada, que no había Dios; o quizá quería probárselo a sí mismo. Sergei cerró los ojos y pensó en esto. El hombre debió de haber tenido algunas malas experiencias.

Bueno, Sergei no iba a ayudar al alcaide a seguir con esa idea más tiempo. El alcaide quería probar que Dios estaba muerto, o que no existía, pero Sergei estaba decidido a probar que Dios estaba bien vivo. Quería que el alcaide supiera que Dios se interesaba tanto en un pastor moldavo como para ocuparse de que tuviera pan todos los días, en una solitaria celda de una prisión estatal.

Sergei sabía lo que debía hacer. El alcaide vendría en algún momento a ver lo que estaba haciendo Sergei, y si una o dos rodajas de pan podían parecer un milagro de Dios, entonces sería mejor to-

davía si tenía tres rodajas. Era una decisión complicada, pero sabía que debía hacerlo. Levantó el colchón, y colocó las tres rodajas lado a lado sobre las tablas de la cama. Luego, apoyó el colchón rápidamente, antes de que cambiara de idea.

Mientras Sergei se sentaba sobre el borde de la cama, pensó en la historia bíblica de cuando los cuervos alimentaron a Elías. Era una historia asombrosa, y se preguntó: *¿Será posible que Dios me esté alimentando aquí con cuervos, en esta celda?* No había oído ningún graznido ni ruido de alas, pero la sombra que había visto contra la primera luz de la mañana era oscura. Cuanto más pensaba en esto, más emocionado se sentía. Y si le había enviado pan tres veces, ¿cuántas veces más recibiría pan?

El día pasó lentamente, y esa noche apareció milagrosamente otra rodaja de pan en el borde de la ventana. A la mañana siguiente, apareció otra. De hecho, durante tres días, a la mañana y a la tarde, llegaron las rodajas de pan y Sergei las siguió guardando, hasta que tuvo seis rodajas de pan negro alineadas bajo el colchón. A veces, sentía cuando el pan era colocado en el borde de la ventana y a veces no, pero siempre aparecía allí al amanecer y al oscurecer.

Ahora, la decisión de Sergei era firme. Podía esperar a que el alcaide viniera, sin importar cuánto demorara, y entonces el alcaide vería cuán generosamente Dios había provisto para Sergei. Tenía muchísima hambre, pero también era fuerte. Había ayunado antes con los miembros de iglesia, cuando querían orar por alguna cuestión especial en la iglesia. Había estado en prisión antes, así que, sabía lo que era tener mucha hambre. Podía ser terrible; pero, en este momento, se sentía muy bien sabiendo que el Señor estaba obrando de manera poderosa. Aunque Sergei sentía mucha hambre, cada rodaja de pan que añadía a las demás debajo del colchón era un testimonio del poder de Dios. Era una prueba de que Dios existe, y que podía y quería proveer para los que dependían de él. Cada vez que Sergei pensaba en esto, sacaba fuerzas de ello y se sentía seguro de que, al final, Dios tendría la última palabra.

—¡Si vivo para contarlo! —bromeaba Sergei consigo mismo—. ¡El alcaide está tratando de matarme de hambre y, mientras tanto, yo me niego a comer la evidencia que ha estado debajo del colchón todo este tiempo! —sonrió, mientras se sentaba sobre la cama—. Pero, aunque muera, el alcaide igual verá el pan. Tiene que hacerlo. Cuando vacíen mi celda, encontrará la evidencia aquí, debajo de mi colchón.

Sergei levantó la vista hacia el cielo.

—Señor, tú pasaste cuarenta días sin comida, así que, supongo que yo también puedo esperar unos pocos días. ¡Pero, por favor, apúrate, Señor! ¡No quiero arruinar tu plan! No quiero debilitarme y ceder, ante el hambre.

CAPÍTULO 11

Era la mañana del quinto día de Sergei en la prisión soviética en Briceni. La noche había estado fría, como siempre, pero Sergei había dormido bien nuevamente. No podía explicar cómo era que descansaba tan bien. A pesar de las temperaturas frías de la celda, con solo una camisa y una chaqueta liviana, sentía calor. Para Sergei, este era un milagro inexplicable.

Y también estaban las rodajas de pan negro, que eran en sí mismas una cadena de milagros. Sergei había recibido seis rodajas de pan de algún proveedor benevolente, pero, milagro o no, sentía que no podía comer ni una: le darían la maravillosa oportunidad de testificar al alcaide.

Mientras yacía en su cama, despertándose a los rosas y ámbar del horizonte, Sergei se preguntó: ¿Habría otra rodaja de pan en la ventana esa mañana? La rutina se había establecido ya durante tres días, pero ¿necesitaba realmente más pan? Tenía suficiente como para servir de testimonio del poder de Dios para proveer, pero si el

alcaide no venía pronto, en algún momento del futuro cercano Sergei, probablemente, tendría que comenzar a comerse el pan. En el frío aire de la primavera, el pan se mantenía bastante bien, pero no duraría eternamente. Todavía no había aparecido ninguna rata en la celda de Sergei, pero no podía estar seguro de que se mantendrían lejos siempre; especialmente a la noche, mientras dormía.

Sergei estuvo atento al ruido de rasguño que oiría arriba de su cabeza sobre el borde de la ventana, pero no oyó nada. Finalmente, rodó fuera de la cama, se arrodilló, y comenzó a orar como lo hacía todas las mañanas a esta hora. Agradeció a Dios por la buena noche de descanso y por el pan, que sabía que le enviaría.

Luego se le ocurrió una idea: quizá, ya había llegado el pan. Tal vez se había quedado dormido, y el proveedor ya había venido esa mañana. Pero, cuando se subió a la cama y tocó el borde de la ventana, no había nada. ¿Dejaría de venir el pan ese día? *Seis rodajas son suficientes para mostrar al alcaide, ¿verdad?*

De pronto oyó pisadas, y Sergei reconoció la voz del alcaide. Un revoloteo de ideas le cruzaron por la mente, al darse cuenta de que el alcaide había llegado, finalmente. De un salto se puso de pie, con el corazón latiéndole rápidamente mientras le temblaban las manos. Ahora podría mostrar al alcaide las seis rodajas de pan. Ahora, el alcaide vería que Dios en verdad provee para quienes confían en él. Ahora creería en el poder y en la existencia misma de Dios.

El alcaide se acercó a la pequeña ventana de la puerta de la celda y miró hacia adentro.

—Bueno, predicador, ¿ha suplido tu Dios todas tus necesidades? —se burló, con sus ojos redondos y brillantes cerrándose de gusto.

—No me puedo quejar —dijo Sergei, inclinando la cabeza humildemente.

—¿No te puedes quejar? —se mofó el alcaide—. ¡Apuesto a que tienes hambre!

—Es cierto, tengo hambre —dijo Sergei.

El alcaide lo miró de arriba abajo con desdén.

–Bien, veo que no estás peor, por tus días en encierro solitario. Un poco más flaco, y quizás un poco más pálido, pero apuesto a que estás más sabio, ¿no?

–Mucho más sabio, señor.

–¡Entonces, has vuelto a tus cabales, y has decidido terminar con esta tontería de la que hablamos antes! ¡Estas tonterías acerca de tu Dios, quienquiera que sea!

–Señor, en realidad, esta mañana estaba agradeciendo a mi Dios por todo lo que me ha dado. La vida, un cuerpo sano y...

–Pero ¿te ha dado lo que más necesitas: comida?

–En realidad, sí. Lo ha hecho –Sergei tenía una mirada pícaro en los ojos.

–¿De veras? –el alcaide frunció el rostro, asombrado.

–Sí, señor. Lo hizo. Es solo que... bueno... no me lo he comido todavía.

–¡Que no lo has comido! ¿Qué quieres decir? –interrumpió el alcaide, con una mirada de confusión en el rostro.

–Mi Dios ha suplido todas mis necesidades –repitió Sergei—. Solo que yo quería que usted lo viera.

Por primera vez, Sergei vio una mirada de incertidumbre en el rostro del alcaide. Parecía tan brusco como siempre, pero su mirada de desprecio se había transformado ahora en una de sorpresa.

–Vea usted, señor. Él me dio pan –Sergei sonrió, con timidez.

Había llegado el momento. Era hora de mostrar al alcaide la evidencia. Dios en verdad había provisto para toda las necesidades de Sergei. Por lo menos, así le parecía a Sergei. No había esperado nada más que la paz de Dios en su corazón; pero Dios le había dado mucho más. Le había dado valor en el tren hacia Briceni. Le había dado calor en las noches frías, y le había dado pan cada mañana y cada noche. Pero, tan importante como esto, Dios había regalado a Sergei la disposición de testificar de Jesús. Le había dado el dominio propio suficiente para no comer el pan.

Sergei caminó hasta la cama, levantó el colchón y señaló las seis

rodajas de pan.

—Mire aquí, señor. Mi Dios suplió todas mis necesidades por medio de sus riquezas en Cristo Jesús. Mi Dios prometió que, si soy fiel a él, nunca me dejará ni me abandonará; y esta es una prueba viviente de que ha cumplido su promesa.

Una paz increíble inundó el alma de Sergei, mientras miraba al alcaide por la pequeña ventana de la puerta de su celda. Era como si a Sergei no le importara más lo que pudiera ocurrirle. No importaba qué podía hacerle el alcaide, Sergei estaba seguro de que Dios lo ayudaría a atravesar la prueba. Dios estaba aquí, en la prisión, satisfaciendo todas las necesidades de Sergei, y mucho más.

Le llevó un momento, pero de repente el alcaide se dio cuenta de lo que estaba pasando.

—¿Qué? —balbució—. ¡No lo entiendo! ¿De dónde vino este pan?

Tiró del pestillo, abrió la puerta y entró corriendo a la celda, para mirar el pan.

—¿De dónde salió este pan? —gritó—. ¿Quién hizo esto? ¿Quién te trajo pan?

Tomó a Sergei de los hombros y comenzó a sacudirlo. Sergei tuvo que admitir que esto no era lo que estaba esperando. De alguna manera, había pensado que el alcaide se quebrantaría y que le pediría disculpas a Sergei, y que quizá confesaría que había un Dios en el cielo, después de todo.

—¿Cuál de los guardias hizo esto? —exigió saber, enojado—. ¡Lo haré azotar!

Sergei se quedó mirando al alcaide sorprendido; pero sabía que debía decir algo.

—En realidad, señor, yo no sé quién lo trajo. Todo lo que sé es que cada mañana y cada tarde oigo un ruido como de un rasguño en la ventana, y cuando me subo a la cama y reviso el borde de la ventana, allí está el pan.

—Pero... pero... ¿quién está haciendo esto? —rugió el alcaide.

Sergei se encogió de hombros.

—Todo lo que puedo decir es que confié en el Señor, y él ha provisto para todas mis necesidades.

CAPÍTULO 12

El alcaide no dijo nada por unos momentos. Solo se quedó mirando a Sergei, como si estuviera comenzando a creerle un poquito, quizá. Pero solo por un momento.

—¿Quién te trajo pan? —exigió saber una vez más—. ¡Esta es la última vez que te lo voy a preguntar!

Entonces, sucedió lo inevitable. Mientras el alcaide protestaba y echaba chispas acerca de quién podría estar trayéndole pan a Sergei, se oyó el ruido de rasguño en el borde de la ventana. Y entonces, Sergei vio una sombra que oscurecía la abertura en la pared encima de su cama. Apenas había luz suficiente como para ver, pero el amanecer se abría paso, con su luz, con cada minuto que pasaba.

Hasta el momento, Sergei no había visto nunca a su benefactor. Quienquiera que fuera el que le traía pan, obviamente no quería ser descubierto. No quería que lo atraparan trayéndole pan a un prisionero, a quien el alcaide había jurado matar de hambre.

Sergei levantó la vista hacia la ventana. ¿Era en verdad un guardia el que le había estado trayendo el pan? El guardia podría haberse subido al árbol; eso era seguro. ¿O sería alguien, o algo, diferente? Sergei entrecerró los ojos contra la luz. ¿Sería un cuervo? ¿O podría ser un ángel? Pero, los ángeles no hacen sombra, ¿o sí? No importaba. Ya fuera un cuervo o un ángel, igualmente era un milagro.

Los dos hombres dieron un paso hacia atrás, para poder ver mejor quién podía ser.

Y de pronto, para sorpresa de Sergei y del alcaide, en el borde de la ventana apareció un gran gato negro con un pedazo de pan en

la boca. Ambos hombres quedaron allí, mudos de asombro, con la boca abierta por la sorpresa.

Sergei fue el primero en recuperar la voz.

—¡Alabado sea Dios, de quien fluye toda bendición! ¡Era un gato! ¡Mi Dios suplió todas mis necesidades... enviando a un gato!

Miró al gato, y luego al alcaide. ¡Esto era mejor todavía de lo que había imaginado!

Pero, por la mirada en los ojos del alcaide, Sergei supo que algo todavía más increíble había sucedido. Y tenía razón.

El alcaide hizo girar sus ojos y comenzó a repetir:

—¡No puedo creer lo que ven mis ojos! ¡No puedo creerlo! ¡Es imposible! —sus ojos parecían sinceros ahora y, en lugar del entrecejo fruncido, tenía una mirada de asombro.

—Nunca he visto un milagro así —confesó—. Tu Dios existe, después de todo. Y hoy será mi Dios, también.

Sergei podía ver que la lucha en el corazón del alcaide había llegado a su fin. El hombre había dado una vuelta completa, y ahora veía la luz.

—Hoy se me ha mostrado lo que me negué a ver durante todos estos años —el alcaide inclinó la cabeza, humilde y avergonzado—: tu Dios no solamente te envió pan mañana y tarde durante estos días, ¡sino también lo hizo como un regalo de mi parte! Porque ¿sabes, predicador?, este... que este... —tropezó con las palabras y tragó saliva—. ¡Este es el gato de mi hija, y ese pan en su boca es el pan que hace mi esposa, y proviene de la mesa de mi propia cocina!

El buey adventista

No conocía a nadie. No había nadie a quien le importara lo que podía sucederle. Mientras se agitaba y daba vueltas tratando de dormirse, su mente comenzó repentinamente a entrar en pánico y a gritar en protesta: ¡Cómo me metí en esto!

Nickolai Panchuk, un pastor que vivía en la Rusia comunista, luchaba, como prisionero de la KGB, para encontrar su propósito. Perseguido por su fe cristiana, Nickolai permaneció en un campo siberiano durante ocho años, negándose a sacrificar su fe y sufriendo las consecuencias. Hostigado, golpeado y abatido, Nickolai encontró esperanza en la fuente más improbable: un viejo buey, llamado Maksim.

Con la ayuda y la fortaleza de Dios, Nickolai y Maksim trabajaron juntos para realizar un milagro semanal, testificando por Cristo aun inmersos en las peores circunstancias, y ganando almas en el camino.

El buey adventista. Más otros relatos de milagros en Rusia describe la fidelidad de algunos cristianos durante tiempos de persecución, y de animales que fueron usados por Dios para ayudarlos. Contra todas las probabilidades, estos testigos depositaron su confianza en Dios, y demostraron un compromiso inquebrantable con su fe, a despecho del costo.

Bradley Booth ha sido docente en colegios adventistas de los Estados Unidos, África occidental, y en Rusia. Las historias de este libro fueron tomadas de relatos personales, con la esperanza de que los lectores reaviven su amor por la evangelización y proclamen el evangelio bajo cualquier circunstancia en la que se encuentren.



ISBN 978-987-701-142-5



9 789877 1011425

